DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

MI PADRE, MI HIJO

EL AGENTE NARANJA, LEGADO ACTUAL DE LA GUERRA DEL VIETNAM

21

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

Muchas fueron las víctimas de la guerra de Vietnam: algunas de ellas obvias, otras no. Los militares caían abatidos por las balas, las minas, los cohetes y las bombas. Los civiles eran víctimas de los programas de pacificación, de los ataques aéreos, o simplemente de la violencia aleatoria y arbitraria de la guerra. Viudas y huérfanos tuvieron que reconstruir sus vidas. Muchos excombatientes, víctimas del estrés postraumático, han sido incapaces de superar sus experiencias en el frente o de adaptarse a la vida civil.

Pero hay víctimas de otra categoría, de naturaleza horripilante y de consecuencias aterradoras. Son las víctimas del agente naranja. Fetos malformados, abortos, trastornos mentales, cánceres... esto y mucho más forma parte del legado de un producto químico con que se roció generosamente Vietnam del Sur durante más de seis años, desde agosto de 1964 hasta febrero de 1971. La operación *Ranch Hand* vertió una total de 42,47 millones de litros de agentes naranja sobre bosques, manglares, pantanos y sembrados. Inevitablemente, las tropas de tierra entraron en contacto con él.

Cuando en 1968 el almirante Zumwalt tomó el mando de las tropas navales estacionadas en Vietnam, se dio cuenta de que la única manera de reducir el elevadísimo número de marinos muertos mientras patrullaban por los ríos y canales de Vietnam del Sur era privar al enemigo de la protección de la vegetación, y el medio más efectivo de lograrlo era el agente naranja. Una de las ironías más terribles de la guerra de Vietnam fue que su propio hijo entró en contacto con la herbicida mientras patrullaba por aquellos ríos, y más tarde contrajo cáncer por tal causa. La ironía es todavía mayor si tenemos en cuenta que el nieto del almirante sufre graves deficiencias de aprendizaje. Este es el terrible legado del agente naranja, legado que nos obliga a formular esta pregunta con respecto al futuro: "¿Cuántas generaciones deberán sufrir aún el infortunio de la maldición?"

Mi padre, mi hijo es un historia dolorosa, pero que debe ser contada. Como dice uno de sus personajes, víctima también él del agente naranja: "Yo morí en Vietnam. Sólo que entonces no lo supe."

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 21 - Mi padre, mi hijo

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración. Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Junio 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

MI PADRE, MI HIJO

ALMIRANTE ELMO ZUMWALT, JR., Y TENIENTE ELMO ZUMWALT III

Con John Pekkanen

Capítulo 1 2
Los inicios

Capítulo 2 11
Vietnam

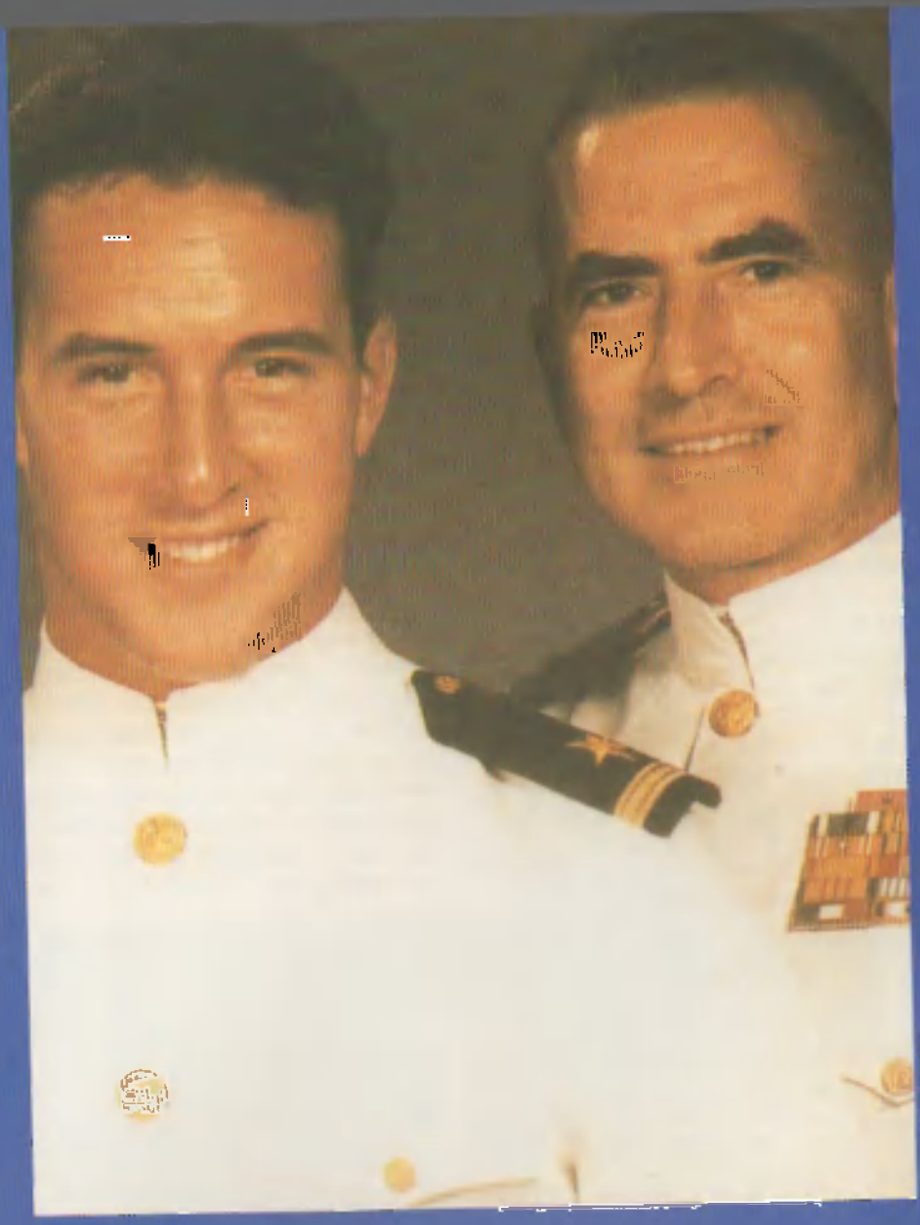
Capítulo 3 25
PCF 35

Capítulo 4 45
El legado

Epílogo 64

TM PAGE

ARRIBA: *Lancha rápida patrullando en el estuario de Ca Mau.* DERECHA: *Padre e hijo: Almirante Elmo Zumwalt, Junior (derecha) y teniente Elmo Zumwalt III (izquierda).*



Capítulo 1

LOS INICIOS

CAPÍTULO 1 LOS INICIOS

John Pekkanen: Esta es la historia de una extraordinaria familia norteamericana de apellido Zumwalt. En cada una de cuatro generaciones hay un varón de nombre Elmo, y yo he tenido el placer y el privilegio de conocer a tres. No hace mucho que conozco a los Zumwalt, pero he llegado a intimar con ellos Constituyen una familia de honor, de candor, de humor y de gran humanidad. Estas cualidades se combinan con un amor mutuo devoto e incansable.

Almirante Elmo "Bud" Zumwalt Jr.: Elmo nació en Tulare, California, el 30 de julio de 1946. Aquel día yo estaba en Newport, Rode Island. Cuando, nueve días más tarde, regresé a Tulare, papá (que asistió en el nacimiento de Elmo) me mostró el certificado de nacimiento. Decía:

Hijo: Elmo Russell Zumwalt III
Padre: Elmo Russell Zumwalt, Jr
Médico· Elmo Russell Zumwalt.

Papá me dijo que Elmo tenía un murmullo cardíaco. Añadió que muchas veces estos problemas remiten espontáneamente, pero Mouza y yo estábamos preocupados. En cuanto a lo demás, Elmo parecía ser un niño normal y sano

El día de Acción de Gracias de 1948 nació nuestro segundo hijo, Jimmy. Nuestras dos hijas, Ann y Mouzetta, nacieron varios años después

> Los médicos nos dijeron que Elmo tenía parálisis en los músculos del cuello, pero que no sabían si sería permanente.

En junio de 1950 nos mudamos a Charleston, Carolina del Sur. Acababan de ascenderme a capitán de corbeta y me daban mi primera asignación: un destructor escolta, el *Tillis*.

Una año después, a causa de la movilización por la guerra de Corea, fui trasladado al acorazaso *Wisconsin*, donde serví como oficial de navegación. Dejar a mi familia para irme al mar siempre me ha sido doloroso. Siempre me asaltaba un extraño presentimiento de que algo iba a ocurrir y yo no estaría presente cuando me necesitaran. Esta vez, mi presentimiento se hizo realidad Recibí un telegrama que decía que Elmo, que entonces tenía cinco años, había contraído la polio. Sólo quien tenía hijos en los 40 o 50 puede apreciar cuán terrible es la polio para los padres. Yo estaba horrorizado y profundamente preocupado, y no tenía idea de la gravedad de su enfermedad. Sólo pensaba en términos de parálisis permanente.

En aquellos días, las comunicaciones no estaban tan avanzadas como ahora, y me era imposible establecer contacto directo con mi esposa Mouza. Tenía enormes deseos de volver a casa, pero pensaba que era muy poco probable que lo hiciera.

Pero el capitán del *Wisconsin*, el capitán Thomas Burrowes, era un hombre amante de la familia. No dudó en concederme un permiso de emergencia para reunirme con los míos, aunque asumía un gran riesgo al desprenderse de su oficial navegante. Nunca olvidaré su acto de humanidad y amabilidad.

Mouza Zumwalt: Serían las seis de la mañana cuando Elmo entró en mi habitacón y dijo: "Mamá, duele." Luego se desplomó en el suelo. No podía tenerse en pie, y en lo primero en que pensé fue en la polio. Se oía hablar de ella todos los días. Sabía que en el hopital de la Universidad de Duke, que se encontraba a unos 20 km de casa, trataban a las víctimas de la polio. Así que metí a Elmo en el coche y lo llevé allí Corría tanto como podía, y en cuanto llegué a Duke llevé a Elmo al hospital. pero los médicos y las enfermeras no permitieron quedarme a su lado, porque era una sección de cuarentena.

Me senté en un banco del pasillo, junto a la entrada de la sección de cuarentena. Una pareja se sentó a mi lado sin decir una palabra. Luego se levantaron y se acercaron a mí, uno a cada lado. Súbitamente me rodearon con sus brazos No sabía qué estaban haciendo.

Pero entonces oí chillar a Elmo. Le introducían una aguja para sacarle fluido espinal para una prueba. La pareja que estaba a mi lado había traído a sus dos hijos para la misma prueba: uno el día anterior y el otro esta mañana. Sabían que estaba sola y que oiría los chillidos de Elmo al clavarle la aguja. Querían consolarme cuando esto ocurriera.

Tenía que hablar con Bud. Me habían dicho que la Marina nunca le dejaría salir del barco, pero yo quería que él supiera lo que pasaba, así que pedí a la comandancia de Marina que le mandaran un telegrama Quedé sorprendida y aliviada cuando Bud llegó al día siguiente. Por entonces, las noticias sobre Elmo eran algo más esperanzadoras Los médicos nos dijeron que

Elmo tenía parálisis de los músculos del cuello, pero que no sabían si sería permanente. A los diez días, Elmo había mejorado considerablemente y pudo salir del hospital. Requirió terapia física durante mucho tiempo, pero los músculos del cuello recuperaron gradualmente todo su vigor y no quedaron secuelas de la polio.

Cuando estuvimos seguros de que Elmo iba a recuperarse, Bud regresó al *Wisconsin*. Mis hijos y yo siempre nos hemos sentido incómodos cuando Bud estaba lejos. Creo que las ausencias del padre afectaron la conducta de Elmo, ya en sus primeros años. Siendo aún joven ya era muy serio. Creo que se sentía responsable por ser el hombre de la casa.

Almirante: Si exceptuamos el ataque de polio y el hecho de que le extirparon las amígdalas a los dos años, Elmo siempre había gozado de buena salud. Cuando nos mudamos a Newport, tenía seis años y empezó a ir a la escuela. Este fue su primer contacto de importancia con otros niños y con el clima más frío del noreste. Empezó a tener un ataque de bronquitis tras otro. Estaba constantemente enfermo y nos tenía muy preocupados.

Fuimos al hospital infantil de Boston. Le diagnosticaron un defecto atrial-septal en el corazón. Esto significaba que el septo, la pared que separa las partes izquierda y derecha del corazón, tenía un agujero que permitía que la sangre oxigenada procedente de los pulmones se mezclara con la sangre no oxigenada. Esto pudo haber sido la causa del murmullo que papá ya oyó al nacer Elmo. Recordemos que esto ocurría en 1952, cuando la cirugía cardíaca era todavía experimental y peligrosa. Los médicos nos dijeron que Elmo era demasiado joven para ser operado.

En 1953 salimos de Newport y fui asignado al departamento de personal de la Marina en Washington. Compramos una casa en un callejón sin salida en Annandale, Virginia, casa que fue nuestro hogar intermitente durante los próximos 15 años. Todos pensamos en ella como nuestro hogar. De hecho, nuestras hijas nacieron cuando vivíamos en Annandale: Anne el 26 de diciembre de 1953 y Mouzetta el 30 de marzo de 1958.

Empezamos a llevar a Elmo al hospital de John Hopkins de Baltimore, donde fue paciente de la difunta Dra. Helen Taussig. La doctora Taussig era una cardióloga infantil de renombre nacional, y quedé maravillado al ver cómo diagnosticó la enfermedad. Se estaba volviendo sorda, por lo que no usó el estetoscopio, sino que puso las manos sobre el pecho de Elmo y

ABAJO: *PBR survietnamitas. Una de las prioridades del almirante Zumwalt al llegar a Vietnam era acelerar la transferencia de los bienes navales norteamericanos a los vietnamitas.*

sintiendo con ellas los latidos del corazón efectuó el diagnóstico. Su diagnóstico fue posteriormente confirmado por un equipo de especialistas que insertaron un largo tubo de plástico en una arteria del brazo de Elmo. Con la ayuda de un fluoroscopio, deslizaron el tubo brazo arriba hasta llegar al corazón. Este procedimiento se denomina caterización cardíaca. De este modo, los médicos pudieron medir las presiones de la corriente sanguínea en el interior del corazón de Elmo, determinando con ello la gravedad y la localización precisa de su defecto.

Preguntó cuánto tiempo viviría si le operaban, y cuánto tiempo viviría si no le operaban.

La doctora Taussig y los otros médicos nos dijeron que si no se intervenía quirúrgicamente, Elmo tenía una esperanza de vida de 23 o 24 años. Su corazón era dos veces mayor que lo normal a causa del tremendo esfuerzo que le requería su defecto. Cuando Elmo cumplió los 12 años, la doctora Taussig le sugirió que empezara a pensar en la operación. Quería que la decisión la tomara tanto él como nosotros.

Recuerdo vívidamente el viaje de regreso a casa. Elmo estaba sentado delante junto a mí. Su actitud era reflexiva. Elmo parecía poseer una capacidad extraordinaria para examinarse a sí mismo objetivamente Sospecho que era debido a que ya desde pequeño supo que tenía problemas de corazón.

Preguntó sobre los pros y los contras, cuánto tiempo viviría si le operaban, y cuánto tiempo viviría si no le operaban. Luego me preguntó :"¿Podré ir a la Academia Naval si me operan?"

Yo respondí: "Sí, creo que es posible."

Y él contestó: "Muy bien. Me operaré."

Esto fue todo. No discutimos más el tema.

Una semana antes del día señalado para la intervención quirúrgica, Elmo sufrió un ataque de apendicitis, con lo que la operación se retrasó varios meses. En este tiempo preguntamos a un sacerdote si debíamos hablar a Elmo de la posibilidad de que muriera. El nos dijo que debíamos responder a sus preguntas con la verdad, pero que no debíamos darle información que no pedía. Elmo nunca habló de la muerte, y Mouza y yo creímos que no pensaba en ella.

Pero el día de la operación, cuando estábamos en su habitación del hospital y él ya estaba aturdido por los sedantes, se despejó súbitamente y dijo: "Mamá y papá, prometedme que pondréis margaritas en mi tumba". Luego se tumbó de espaldas y se durmió de nuevo

Elmo supo desde el principio que podía morir, pero no había querido preocuparnos. Este fue su modo de decirnos en el último minuto que era consciente del peligro que afrontaba. Los dos llorábamos cuando se lo llevaron.

La operación duró más de dos horas y la espera fue agonizante. Estábamos en 1958 y no se usaba máquina de circulación extracorpórea, de modo que los cirujanos debían enfriar a Elmo con hielo y disponían de sólo nueve minutos para penetrar en su corazón y repararlo. El riesgo era muy grande.

Había cuatro parejas en la sala de espera, todos con hijos a los que se efectuaba cirugía cardíaca. Entró un médico y habló con una pareja Los dos se echaron a llorar, cogieron sus cosas y se fueron sin decir palabra Otra pareja habló con el médico. Estaban en tensión por la incertidumbre de los resultados. La tercera pareja recibió buenas noticias. Habíamos observado al médico —el mismo en los tres casos— y descubrimos que si había buenas noticias entraba en la sala de espera con una amplia sonrisa dibujada en su cara. Así que esperábamos sentados, rígidos por la tensión, hasta que el médico entró sonriendo y nos dijo que la operación de Elmo había sido un éxito A los pocos días se encontraba ya muy bien y quería irse del hospital.

Nunca le habíamos permitido montar en bicicleta por razones de salud, así que su regalo tras la operación fue una bicicleta. En cuanto llegó a casa empezó a montar en ella. Se volvió cada vez más atrevido hasta que un día bajó corriendo por una cuesta y se saltó un *stop*. Un coche que pasaba lo alcanzó en la rueda trasera y le hizo saltar unos tres metros en el aire Cayó sobre la hierba, librándose del bordillo por centímetros. La joven que conducía el coche trajo a Elmo rápidamente a casa. Estaba muerta de miedo, pero Elmo, blanco como una sábana, no había sufrido ningún daño. Estuvimos *tan* cerca de perderlo después de todo lo que había pasado.

La operación resultó ser un éxito total, y a los pocos meses el corazón de Elmo se redujo a tamaño normal. Los ataques bronquiales concluyeron y los médicos nos aseguraron que Elmo tenía un corazón normal en todos los sentidos. Él se portaba como si lo fuera. Montaba en bicicleta, practicaba deportes y nos demostraba que era un muchacho sano.

Enfrentarse a la propia mortalidad a los doce años le vuelve a uno más juicioso.

Como marino, continué yendo al mar, por lo general seis meses cada vez. Durante mis períodos de ausencia, Elmo hacía de padre para sus hermanos. Se ocupaba de los detalles de la casa, reparando los grifos que goteaban y haciendo pequeños trabajos de carpintería También se volvió muy absorto. Creo que ello pudo haberse debido a su nuevo sentido de la responsabilidad, a su enfermedad y, en buena medida, a su carácter. Tenía un buen sentido del humor y bromeaba con todos, pero tenía también su lado profundamente serio, ya desde muy niño.

Teniente de Navío Elmo Zumwalt III: Uno de mis amigos del bachillerato me dijo una vez: "Elmo, tú naciste adulto." Nunca olvidaré esta frase que, en muchos aspectos, contiene buena parte de verdad.

No estoy seguro de por qué me hice tan pronto responsable, pero creo que se trata de un cúmulo de factores Si bien nunca me consideré un minusválido, recuerdo que incluso antes de mi operación cardíaca tenía dolores terribles de cabeza cuando me esforzaba demasiado Sé que me cansaba antes que los demás niños. Estaba muy angustiado antes de la operación, y enfrentarse a la propia mortalidad a los doce años le vuelve a uno más juicioso. Pero aquel período de mi vida fue más duro para mis padres que para mí. Mamá me ha dicho cuán triste se sentía cuando me veía mirar por la ventana a los niños que jugaban, ya que yo no estaba en condiciones de jugar con ellos.

Creo también que las largas ausencias de mi padre contribuyeron a mi desarrollo acelerado. Como primogénito, me sentía protector de mi familia. Me convertí en una especie de tercer padre. Recuerdo que echaba de menos a papá y que sentía que sin él la familia estaba incompleta. Me entusiasmaba cada vez

US NAVY

ARRIBA: *Un PBR de la Marina de los Estados Unidos en el río Ca Mau. El espeso follaje que se extiende hasta la orilla ofrecía al enemigo la cobertura ideal para sus emboscadas*

que volvía del mar. Nos íbamos todos al muelle y contemplábamos la llegada del barco. Siempre estuve orgulloso de él, aunque su profesión de oficial de la Marina se hiciera sentir en la familia

Papá siempre fue un trabajador empedernido. pero encontraba tiempo para la familia y la calidad de este tiempo era memorable. Recuerdo los partidos de fútbol que jugaba con nosotros cuando llegaba a casa, y recuerdo los picnics y las excursiones a la montaña. Nos hizo niños exploradores, y cuando estaba en casa nos acompañaba a todas las reuniones. Era muy paciente con nosotros.

Tanto papá como mamá nos abrieron los ojos a los demás, y nos enseñaron a preocuparnos por las personas que tenían problemas Papá siempre fue muy directo con nosotros. No se sentía incómodo de que le viéramos llorar. Nos amaba abiertamente, y lo hace todavía. Siempre nos ha besado y abrazado y nos ha mostrado su cariño de muchas formas.

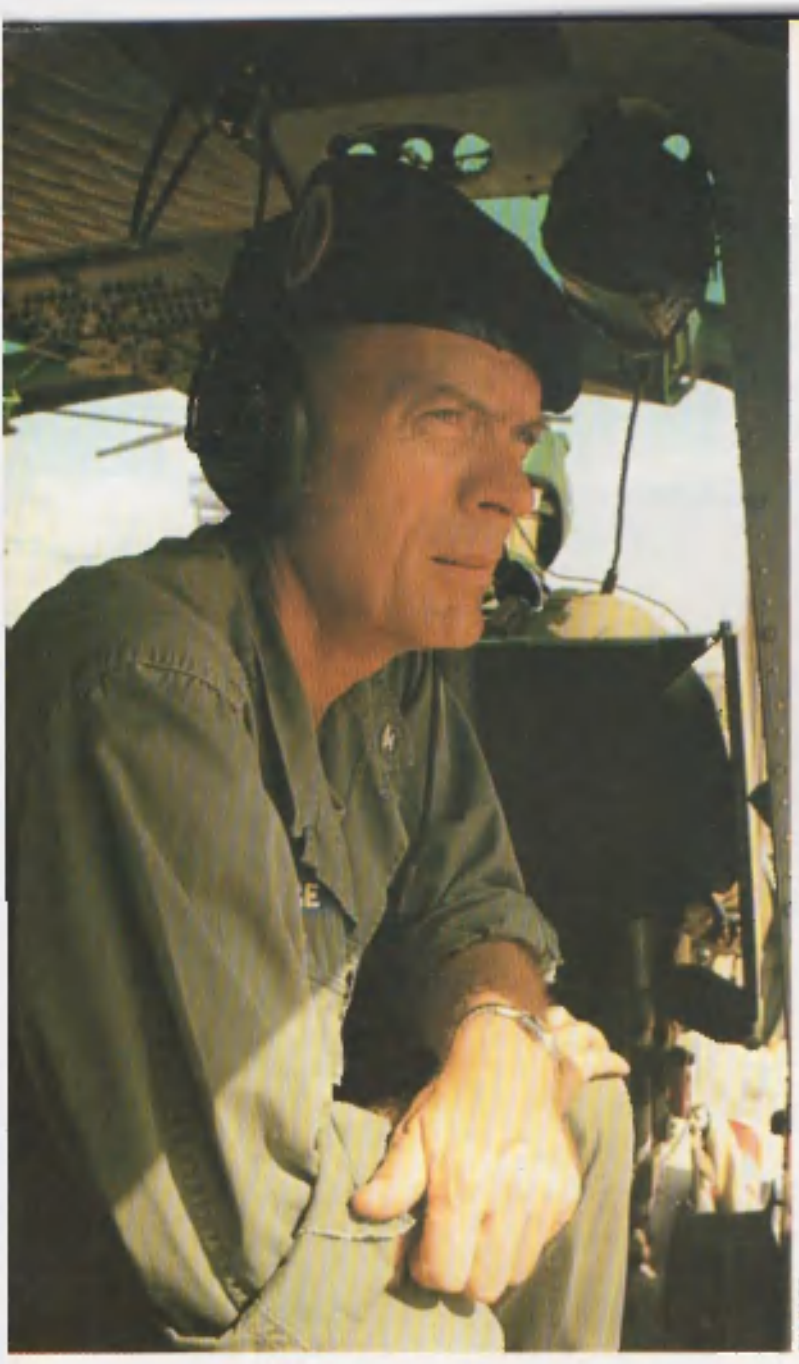
A pesar de sus largas ausencias, papá fue capaz de crear relaciones muy fuertes con todos sus hijos. Puede parecer increíble, pero no puedo recordar que perdiera los estribos ni una sola vez, ni conmigo ni con mi hermano o mis hermanas, aunque tuviera buenas razones para enfadarse Cree firmemente en enseñar con el ejemplo, tanto entre nosotros como en la Marina. Cuando hacíamos algo mal nos decía que sabíamos hacerlo mejor, o que le habíamos decepcionado, pero nunca nos pegó. Mamá se ocupaba más de la disciplina.

Nunca nos presionó para que fuéramos responsables, pero todos sabíamos que lo conseguía, y creo que los cuatro crecimos sintiendo que debíamos ser algo Cuando era joven, yo quería ser oficial de la Marina y asistir a la Academia Naval porque sentía que papá estaba muy satisfecho de su trabajo, no porque nunca dijera que quería que siguiera sus pasos.

Recuerdo que ya de pequeño pensaba en mi padre como en una estrella. Cuando yo tenía unos 10 años, papá tomó el mando del *Arnold J. Isbell*, un destructor de la Segunda Guerra Mundial. Fue su primer mando cabal de un barco. ya que su anterior mando del *Tillis* fue interrumpido por la guerra de Corea. Antes de que él tomara el mando, el *Isbell* era el último en eficacia bélica de un escuadrón de ocho. A finales de su primer año de mando fue el segundo, y al cabo de su segundo año fue el primero, ganando la "E" de excelencia en cada categoría. Recuerdo a los oficiales del *Isbell* en nuestra casa de San Diego. hablando sobre papá con un gran afecto y un cierto sentido de temor. Hablaban de él como si hubiera hecho un milagro.

Pero debo decir que a pesar de todo su brillo. no era un genio de las finanzas. Una vez me pidió 100 dólares para invertirlos en un pozo de petróleo Fue un fracaso. Nunca dejó de invertir en pozos de petróleo, y siempre fueron un fracaso.

Al ascender en la Marina, nuestra situación económica no cambió drásticamente, pero su importancia sí. Por ejemplo, du-



TIM PAGE

ARRIBA: *El almirante Zumwalt de patrulla. Su voluntad de compartir con sus hombres los peligros de la guerra le granjeó su respeto y su perdurable admiración.*

rante la época de la crisis de los misiles de Cuba, él era el director del control de armamentos del secretario adjunto de Defensa, Paul Nitze. La crisis le absorbía por completo. Incluso dormía en el Pentágono. Entonces me di cuenta de que mi padre era uno de los dirigentes del país.

Cuando pienso en mi educación, veo que mi padre hizo varias cosas para conformar mi carácter y el de todos sus hijos. En muchos aspectos, era un verdadero creyente en la ética espartana, en ser fuerte y mantenerte sobre tus propios pies. Digo esto para echar alguna luz sobre una historia que a mi padre le resulta difícil contar, pero que creo que ilumina lo que intentaba hacer como padre.

Yo tenía seis años. A un par de casas más allá vivía un chico apodado *Tiger* (tigre). Era uno de los niños peores que he conocido. Parecía gozar haciendo sufrir a todos los más débiles que él.

A mis seis años, y algo pequeño para mi edad, yo era un buen blanco para *Tiger*, que tenía dos años más que yo y además era grande. Me alejaba de él en cuanto lo veía ponerse de mal humor. Me tenía aterrorizado.

Una vez, *Tiger* me perseguía y yo fui a refugiarme en casa. Cuando llegué a la puerta principal, papá, que estaba dentro, la cerró con llave. Yo llamé a golpes, una y otra vez, pero no quiso abrirme Tuve que enfrentarme a *Tiger*. Sabía que no podía resistir una pelea, de modo que me puse a chillar y a portarme como un loco con la intención de asustar a *Tiger*. Pero no se asustó, y cuando me puso la mano encima, luché lo mejor que pude.

> "Mira, tú no eres un rajado, pero esto es absolutamente ridículo. Dejarte apalear no es parte de tu trabajo. ¿Por qué no lo dejas simplemente?"

Esto ocurrió más de una vez, y papá nunca me dejaba entrar en casa cuando *Tiger* me perseguía. Yo no podía ganarle, pero le atizaba lo suficiente para que no fuera un placer para él. Poco a poco dejó de molestarme y yo me volví algo más valiente.

Cuando cuento esta historia, me preguntan. "¿Cómo pudo tu padre hacerte eso?" Papá me ha dicho varias veces que esto es lo más difícil que le ha tocado hacer como padre, pero que sabía que no siempre estaría a mi lado, y que yo debía enfrentarme a *Tiger* solo. Debo decir también que papá me obligó a enfrentarme a *Tiger* antes de que supiera que tenía problemas de corazón.

Creo que este incidente tuvo mucho que ver con mi filosofía de atacar los problemas cara a cara. Fue una lección duradera, y a menudo he dicho a mi padre que hizo lo que debía cuando me cerró la puerta. Creo que he sido más feliz y afortunado a causa de ello.

El verano de 1964, una vez concluido el bachillerato, trabajé de peón con pico y pala haciendo cimientos de casas. Tenía 17 años. La mayor parte de los demás obreros procedían de las minas de carbón de West Virginia y no habían pasado la enseñanza primaria. Me di cuenta de que cometí un error cuando les dije que había acabado el bachillerato, ya que podía parecer que estaba fanfarroneando.

El segundo error que cometí fue decirles que había hecho un poco de lucha libre en el instituto. Empezaron a saltar ante mí para que les demostrara lo bien que luchaba Eran tan fuertes y tenaces que tuve que apartarles blandiendo mi pala. Cuando conté el incidente a mi padre, él me dijo: "Mira, tú no eres un rajado, pero esto es absolutamente ridículo. Dejarte apalear no es parte de tu trabajo. ¿Por qué no lo dejas simplemente?"

Le respondí que era mi trabajo y que iba a continuar con él Era tan ingenuo que pensaba que todos los que trabajaban en la construcción debían enfrentarse con estos problemas.

La cosa se puso caliente un sábado cuando mi padre, mi madre y Jimmy fueron a recogerme al final de la jornada. Jimmy se acercó al lugar de la construcción para llamarme. Para entonces, Jimmy tenía la complexión de un tronco de roble Uno de los peones me preguntó si era mi hermano y yo contesté que sí.

Empezó a gritar con todas sus fuerzas: "¡Qué feo es el hijo de perra!" Jimmy siguió caminando hacia mí y el peón continuó gritando, ahora acompañado por otro. Jimmy sabía lo que me

había pasado y les contestó gritando también. Luego, el más tímido de los obreros, un tipo de un metro noventa y la complexión de un jugador de rugby, le dijo a Jimmy: "Te voy a romper la cara."

> Rodaron cogidos hacia una zanja, y este tipo se puso encima de Jimmy. Estaba a punto de aplastar la cara de mi hermano.

Este tipo le dijo a Jimmy que le acompañara a un montículo cercano, fuera del área de construcción. Cuando llegaron a la cima, el grandullón saltó sobre Jimmy, pero éste, que había luchado en el instituto, le echó al suelo.

Rodaron cogidos hacia una zanja, y este tipo se puso encima de Jimmy. Estaba a punto de aplastar la cara de mi hermano cuando, de súbito, veo una forma blanca que vuela, salta sobre este tipo y lo separa de Jimmy. Era mi padre, con el uniforme blanco de la Marina. El gradullón apretó el puño, con la intención de pegar a mi padre. Pero el uniforme debió asustarle, porque se detuvo. Mi padre me dijo que debía darle vergüenza pelearse con un chico de 15 años, y los tres nos fuimos antes de que se originara otra pelea. Cuando el lunes me presenté a la obra, el capataz, que sabía lo de la pelea, me asignó a otro grupo. Nunca tuve otro problema en el trabajo.

Mis notas de bachillerato no eran lo bastante buenas para poder entrar en la Academia Naval. Fue una decepción, pero no muy amarga. Ya me había resignado al hecho de no ser suficientemente fuerte académicamente para ir a Annapolis. Fui admitido en el Elon College de Carolina del Norte. Mi primer año fue lo bastante bueno para poder continuar mis estudios en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Me inscribí en el programa de instrucción de oficiales de la reserva naval (NROTC). Entonces, en 1965, la guerra de Vietnam todavía parecía muy distante.

En mi último año de universidad conocí a Kathy Counselman, una estudiante de segundo grado en el Marymount College de Virginia. Sentía una gran atracción por ella. Tenía el pelo rubio y largo y su cara era preciosa, pero además era inteligente y seria. Siempre me he fijado en las piernas, y las suyas eran preciosas. Nos vimos un par de veces antes de mi graduación en junio de 1968.

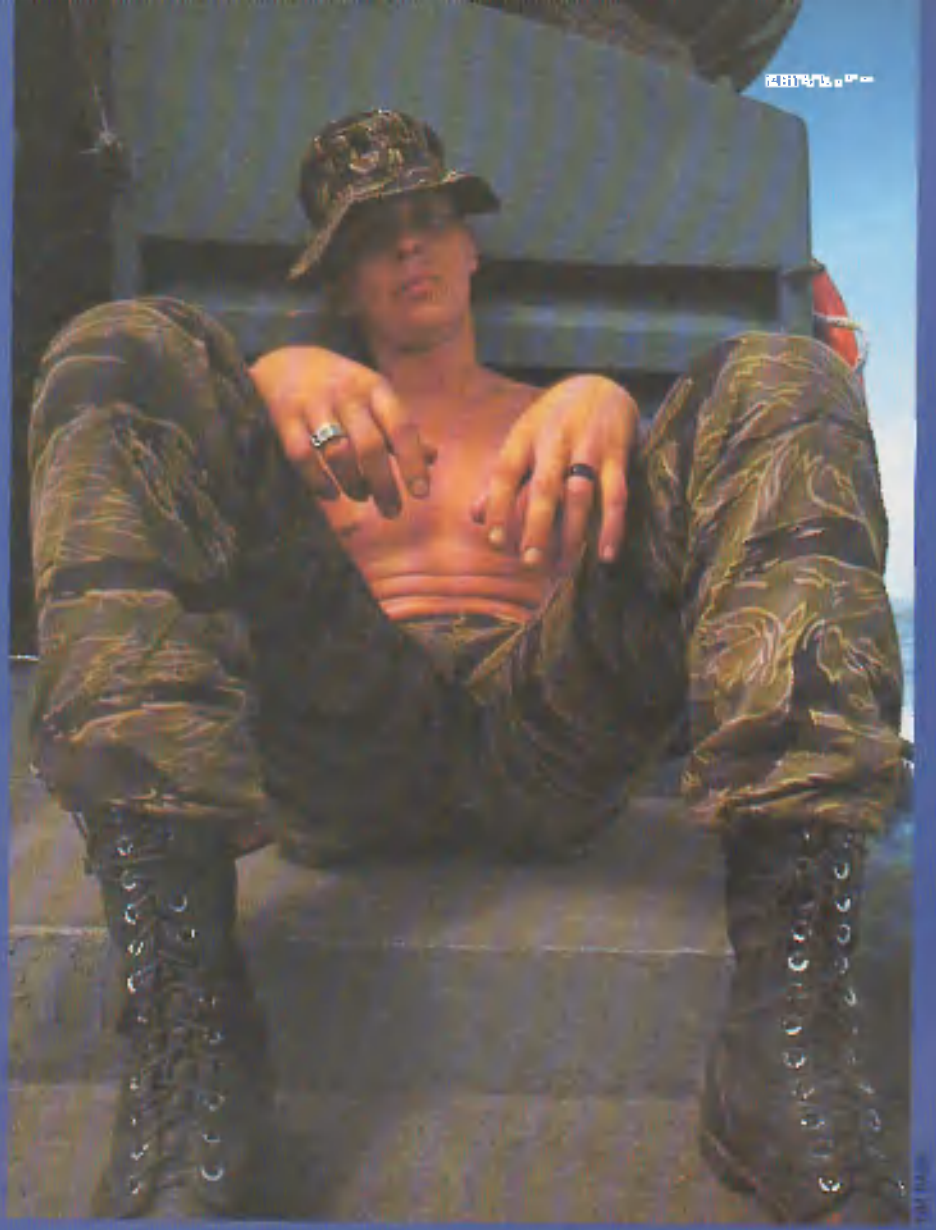
Recuerdo muy bien el día de la graduación, porque mi padre habló ante los graduados del programa de NROTC. En su discurso habló de mí y de mi temprana enfermedad cardíaca y de mi perseverancia, y recuerdo que me retorcí en mi silla cuando lo dijo. Afortunadamente, no se demoró en mi persona ni en mi enfermedad.

Además, tenía un compromiso de tres años con la Marina.

ABAJO. *Campesinas survietnamitas transportadas en una lancha rápida. Todo vietcong que deseara atacar debía enfrentarse a la virulenta potencia de fuego de la M-60 de cubierta.*

MAGNUM

ARRIBA: *Una lancha rápida barre con sus M-16 las posiciones enemigas en los márgenes del río Ca Mau.*
DERECHA: *Tras la acción, los artilleros procuran tomar un poco el sol.*



Capítulo 2

VIETNAM

ARRIBA: *Lanchas rápidas durante un ejercicio en la bahía de Da Nang. Muy pronto, sin embargo, sus tripulantes se enfrentarán a los peligros de los ríos y canales de Vietnam del Sur.*

Almirante: Cuando Elmo concluyó sus estudios universitarios, la familia Zumwalt sufrió profundos cambios que iban a ejercer un efecto permanente sobre ellos y nuestros destinos. Elmo inició su carrera militar, y la mía tomó un rumbo completamente nuevo. Vietnam.

Recibí la orden de ir a Vietnam en julio de 1968: debía presentarme allí en septiembre. Hacía años que observaba cómo nos íbamos comprometiendo más y más en aquella guerra. En los primeros años de la década de 1960, los militares y el gobierno discutían vivamente la necesidad de involucarnos profundamente en Vietnam. El tono y la sustancia de aquellas reuniones me convencieron de que íbamos a adoptar una actitud firme. En aquella época yo era un ayudante de Paul Nitze, primero cuando fue subsecretario de Defensa y después cuando era el secretario de la Marina.

Mi relación con Paul Nitze tuvo profundas consecuencias para mí y para mi carrera. Paul lo examinaba todo con gran vigor intelectual. Sirviendo a su lado, pude ampliar mi perspectiva intelectual y perfeccionar mis capacidades administrativas. El último beneficio que obtuve de mi servicio con Paul fueron las dos estrellas de contralmirante que me concedieron en julio de 1965. dos años antes de que los demás miembros de mi clase de la Academia Naval llegaran técnicamente "a la zona" de promoción a oficial superior. Normalmente, antes de que un capitán pueda optar a la oficialidad superior debe estar ocupando un puesto de importancia, generalmente mandando un destructor. o una escuadra en el caso de un marino de superficie como yo Pero en el informe que Paul hizo de mí se recomendaba pasar por alto esta tradición, y la junta de selección decidió hacer caso de esta recomendación.

En los primeros años de la década de 1960, Paul argumentaba constantemente en contra de un compromiso a gran escala en Vietnam. Si intervenimos militarmente, decía, que sea por mar y por aire Yo estaba completamente de acuerdo, al haber preparado algunos borradores para sus conversaciones con el secretario de Defensa. Robert McNamara, y otros miembros del Consejo Nacional de Seguridad

"¡Porquería! ¡Porquería! Esto es todo lo que me ofrecen las Fuerzas Aéreas."

Aunque pensara que un gobierno comunista en Vietnam era algo indeseable. no creía que ello representara una amenaza directa a los Estados Unidos. Tampoco teníamos ningún tratado o compromiso con Vietnam del Sur que nos obligara a mandar tropas allí. Pero, sobre todo. yo no creía que Vietnam del Sur fuera una entidad nacional capaz de repeler la agresión de Hanoi. Además, la guerra significaría una reducción importante de nuestra potencia militar en un tiempo en que la Unión Soviética ampliaba frenéticamente su arsenal. Creo que estos temores estaban justificados. La guerra engulló muchos recursos de la Marina y perdimos muchas fuerzas que necesitábamos para controlar los mares, especialmente barcos antisubmarinos, aviones y armas.

Así, además de querer evitar todas las desgracias que produce la guerra, sentía profundamente que ésta no era buena para el país. Tanto Paul como yo pensábamos que la guerra era un error, como lo eran el tiempo y el lugar donde se libraba. Por todas estas muchas razones, cuando fui nombrado comandante de las fuerzas navales estacionadas en Vietnam quería ver reducidos los compromisos de Estados Unidos con Vietnam. Con mi nuevo puesto me dieron una tercera estrella. e inicié mis últimos preparativos para ir al Sudeste asiático.

Partí de San Francisco con Mouza, Jimmy, Ann y Mouzetta, y en compañía de Howard Kerr, un brillante joven teniente que escogí como ayudante. Yo tenía 47 años y era vicealmirante.

Mouza, las niñas y yo llegamos a la base aérea de Clark, en las Filipinas. Allí me despedí de Mouza y de las niñas y volé hacia Vietnam para llevar a cabo lo que sabía que era el mayor reto de mi carrera naval hasta entonces. Tenía la profunda impresión de que nuestro compromiso militar en Vietnam iba a ser reducido rápidamente Pensaba que si Richard Nixon fuera

elegido presidente en las próximas elecciones de 1968, nos quedaban tres años en Vietnam. Si Hubert Humphrey ganara, sólo un año.

Había un obstáculo adicional. Tenía la impresión de que mi destino en Vietnam se debía a que el almirante Tom Moorer quería quitarse una espina de su lado, a saber: yo. La Marina tiene tres componentes principales, submarinos, barcos de superficie y aviones, y cada uno de estos es un coto celosamente guardado. Moorer, el Jefe de Operaciones Navales, era un aviador y quería que la comunidad de la aviación controlara la Marina. Creo que vio en mí, un marino de superficie, una posible amenaza.

Pero también había diferencias personales. Por ser tan próximo a Paul Nitze, éste me contaba a menudo cosas sobre la Marina en la época en que era subsecretario de Defensa. Cuando yo recibía información de este tipo, y con el consentimiento de Paul, me pasaba por el despacho de Moorer a comunicársela. Supongo que le disgustaba que yo consiguiera información que él no tenía.

Creo que la razón de que Moorer quería verme en Vietnam era que ningún contraalmirante que hubiera estado allí había obtenido un cargo de importancia. Así era como Moore se libraba de mí: *Asciende al hijo de perra y nadie oirá hablar más de él.*

Me puse al mando de lo que llamaban la marina de aguas marrones: las lanchas que patrullaban los ríos y las costas de Vietnam.

Al llegar, hice un viaje de 10 días para calibrar nuestra situación lo más rápidamente posible. Encontré las cosas mucho peor de lo que imaginaba. La moral de muchos marinos era demasiado baja para que pudieran hacer su trabajo. En el cuartel general de Saigón percibí lo que sólo puedo describir como atmósfera de club. Saigón parecía estar muy lejos de la guerra.

Muchos oficiales estaban más preocupados por sus partidas de tenis y sus cenas que por la guerra. Además, había una brecha terrible entre la Marina y el mando del Ejército de Tierra. El Ejército dirigía el espectáculo y su jefe supremo, el general Creighton Abrams, ni siquiera hablaba con mi predecesor, el contraalmirante Veth. Una de las primeras cosas que el general Abrams me dijo fue que no recibía ninguna ayuda de la Marina. Añadió que nunca había permitido a la Marina que presentara informes en la conferencia de mandos de los sábados, pero que me ofrecía la oportunidad de hacerlo. "Pero vendrá sólo mientras traiga informes", dijo.

Vi en seguida que no había buena planificación ni estratégica ni táctica, y detecté también la ausencia de todo sentido de misión. La actitud de la Marina era básicamente que la guerra era un asunto del Ejército. Yo debía invertir esta actitud, y hacerlo pronto.

El general Abrams tenía la reputación de ser un hombre duro que se comía a la gente. Es cierto que creía firmemente en la disciplina. Debo añadir que también era el mejor jefe bajo quien había servido y que era un hombre que se preocupaba profundamente por su tropa. Era meticulosamente honesto en sus informes a Washington. En una de las primeras reuniones en que participé en el cuartel general del general Abrams, estaban presentes todos los mandos superiores. Abrams acababa de llegar de Washington, donde se había entrevistado con el presidente Johnson. Estaba manifiestamente cansado y de mal humor a causa del largo viaje de regreso. En su lenguaje llano, Johnson le había dicho: "General, quiero que todo vietnamita que tenga una picha se ponga uniforme y luche en la guerra, y quiero que nosotros salgamos de ahí lo antes posible." Abrams entendió el mensaje con toda claridad.

Abrams abrió la sesión. El primer turno era para el Ejército del Aire, y un coronel se levantó de su asiento. Parecía muy competente, con todas sus transparencias de distintos colores y números. Era una manifestación visual impresionante, y él se movía en ella sin dificultad. Llegó el punto en que dijo que la Fuerza Aérea transferiría la mayor parte de sus recursos a los survietnamitas en 1976. Era por lo menos cinco años demasiado tarde. Lo primero que oí fue el fuerte puñetazo sobre la mesa y los gritos de Abrams: "¡Porquería! ¡Porquería! Eso es todo lo que me ofrecen las Fuerzas Aéreas."

Estaba enfurecido porque la Fuerza Aérea era incapaz de comprender el calendario de retirada urgente de Vietnam. Dijo que estaban dentro de una olla de presión y que no tenían en absoluto ocho años para vietnamizar la guerra. Luego añadió que la próxima administración, fuera la que fuese, tampoco nos daría tanto tiempo. Yo sabía que tenía toda la razón. Los americanos estaban perdiendo la paciencia con esta guerra.

Tuve que efectuar cambios radicales en la plantilla de operaciones navales. El nivel de competencia rondaba en torno a cero.

Cuando me tocó hablar, presenté un plan de vietnamización rápida de la guerra. En efecto, el plan contemplaba que la Marina de Vietnam del Sur se hiciera cargo de toda la guerra naval interior en tres años.

Dije que el primer paso consistía en seleccionar jóvenes vietnamitas y enseñarles unas palabras básicas de inglés, que luego acompañarían a la tripulación norteamericana en los barcos que patrullaban por los ríos. Así aprenderían a pilotar estos barcos y podrían enseñar a otros vietnamitas hasta que, gradualmente, llegaran a sustituir a todos los norteamericanos. Cuando acabé de dar todos los detalles, un oficial de las Fuerzas Aéreas empezó a criticarlo. Abrams lo cortó en seco. "Las fuerzas aéreas ya se han metido en una cloaca hoy aquí. Tal vez le ocurra lo mismo a Bud Zumwalt, pero por ahora está hablando razonablemente."

Tuve que efectuar cambios radicales en la plantilla de operaciones navales. El nivel de competencia rondaba en torno a cero. Vietnam era un vertedero de oficiales navales incompetentes de graduación de capitán y comandante. Primero tuve que echar al subjefe del estado mayor, y luego al jefe, creando "oportunidades" para que volvieran a los Estados Unidos. Creo que la poca categoría de las acciones de la Marina se debía a decisiones tomadas deliberadamente por el almirante Moorer. Los bombardeos traían gloria a la Marina. No quería desperdiciar los recursos navales combatiendo en el interior de Vietnam.

Era difícil conseguir buenos oficiales, ya que muchos buenos oficiales navales sabían que el servicio en Vietnam no potenciaría su carrera, y tal vez fuera un paso atrás. Yo siempre había creído que si nuestro país está en guerra, se mandan los mejores hombres a luchar. Sabía que en Washington se aconsejaba a los buenos oficiales navales que no fueran a Vietnam, ofreciéndoles a cambio un año en el Colegio de Guerra Naval. De hecho,

aquellos oficiales militares evitaban la guerra como los jóvenes que huían a Canadá.

Dar un giro a la guerra desde el punto de vista naval era todo un reto Iba al campo todos los días para sopesar la situación, para ver qué hacía falta, y también para mostrar a los hombres que luchaban a mis órdenes que no iba a dirigir la guerra desde un despacho de Saigón. Quería que supieran quién era yo, y que yo debía saber con qué dificultades se encontraban. No había precedente en la Marina de guerras de esta clase. No se había impartido ningún curso sobre ellas en la Academia Naval Debíamos experimentar, y descubrir la estrategia y la táctica en el camino.

Nuestro mayor problema era la continua infiltración de armas y de hombres enemigos en Vietnam del Sur. Anteriormente, nuestras patrullas de la costa vietnamita y en los ríos principales habían demostrado sin lugar a dudas el suministro de armas por estas rutas. Pero el Vietcong cambió de estrategia. Se dividieron en pequeñas unidades y se servían de sampanes y de otras pequeñas embarcaciones para introducir armas a razón de varios centenares de toneladas por mes. Sus vías principales eran los pequeños ríos y canales que cubren el delta meridional de Vietnam del Sur. Era evidente que debíamos ocuparnos menos de las aguas costeras y de los ríos principales y concentrarnos en estos cientos y cientos de cursos de agua menores.

Las víctimas de la Marina empezaron a aumentar significativamente al comprometernos más directamente en la guerra.

Cuando trabajaba con Paut Nitze cuatro años atrás, iniciamos la adquisición y transformación militar de 100 lanchas que habían sido construidas para abastecer plataformas petrolíferas. Eran lanchas rápidas y ligeras, denominadas *Patrol Craft Fast*, o PCF, pero nosotros las llamábamos lanchas rápidas. Habían sido muy eficaces para patrullar en las costas y en los ríos grandes, de modo que las desplegamos en los canales y ríos más estrechos. Al principio nos movíamos lentamente, pero luego adquiríamos mayor velocidad al ver que eran eficaces. Las llamaba mis "cruceros de aguas marrones". Las lachas rápidas eran sólo una parte de nuestro plan. Teníamos también los patrulleros PBR (*Patrol Boat River*), más veloces pero menos armados, a los que yo llamaba mis "destructores". Luego persuadí al general Julian Ewell, comandante del Ejército Noveno en el delta, de que me cediera la mayor parte de sus viejos LCM de la II Guerra Mundial, que habían sido transformados en transportes de tropas pesadamente armados, y en portamorteros y lanchas de mando y comunicaciones que habían sido usados en apoyo a las tropas del Ejército. Los LCM eran mis "acorazados". Necesitábamos esta escuadra fluvial para impedir la infiltración de las armas que mataban a nuestros soldados.

Las principales zonas de infiltración se encontraban en la frontera camboyana, y es allí donde debíamos atacar con dureza y rapidez con nuestros patrulleros. Pero pagamos un precio por ello: las víctimas de la Marina empezaron a aumentar significativamente al comprometernos más directamente en la guerra. Cuanto mayor era el número de víctimas de la Marina, menor era el de las víctimas del Ejército, lo cual indicaba que nuestra labor era eficaz. El general Abrams también sabía que yo compartía su deseo de ceder la guerra a los vietnamitas lo antes posible. Así, el general y yo iniciamos una relación íntima y cálida. Pero esto no quiere decir que él se volviera tierno en absoluto.

Le recuerdo un sábado por la mañana, sentado en un extremo de la mesa de conferencias, fumando un grueso cigarro.

"Señores —dijo suavemente—, esta semana ha ocurrido un triste suceso. El mejor jefe de división que ha pisado Vietnam —era un marine, pero de todos modos era el mejor jefe de división— cometió un error. Este buen jefe de división tenía un amigo, y este amigo era periodista, y este jefe llevó al periodista en su helicóptero, confiaba en él, y se confió en él. y al día siguiente apareció en los titulares de los periódicos. Este jefe ha sido puesto en una situación embarazosa, porque, señores, con respecto a la prensa, nuestro magnífico jefe olvidó algo: "¡TODOS SON UN MONTÓN DE MIERDA!"

Acompañó su explosión con un puñetazo en la mesa. Yo me eché a reír. Luego miré a los demás. Ninguno reía. Volví los ojos al general Abrams. quien con los suyos perforaba mi cabeza. Me di cuenta de que no había pretendido ser gracioso. Este arranque de cólera fue la lección de la semana.

El general Abrams tenía muchas cualidades que yo admiraba. Nunca echó una bronca a un recluta, y sentía una profunda simpatía por los que luchaban. Y no soportaba a aquellos que. por beneficio político manifiesto. aparecían periódicamente en Vietnam. Una vez recibimos la visita de John Warner. actualmente senador de Virginia. pero entonces subsecretario de la Marina. Entró en el cuartel general del general Abrams comportándose en todo como un VIP. Se sentó enfrente de la mesa del despacho del general sin que se le invitara a ello Obviamente ignorante de que Abrams seguía las órdenes directas del presidente, Warner empezó a improvisar consejos sobre la guerra. Abrams le miró con dureza. Luego el general estiró el brazo y cogió un cigarro de una caja que estaba en la mesa. Warner intentó coger también uno. Antes de que alcanzara la caja, Abrams la cerró de un golpe, casi llevándose las uñas de Warner. Luego cogió la caja y la metió en el cajón. Arrancó con los dientes la punta del cigarro y lo encendió. John Warner ya sabía cuál era su lugar ante el general Abrams. También opino que si el general Abrams hubiera tenido el mando durante la guerra, ésta nos hubiera sido más favorable.

Cuando empezamos a patrullar por los canales y los ríos menores, creo que pillamos por sorpresa al Vietcong. Pero no tardaron en reaccionar y tendernos emboscadas, puesto que los ríos y canales eran tan estrechos que los hombres de los patrulleros podían fácilmente ser alcanzados por los disparos hechos desde la orilla. Las lanchas rápidas y los PBR eran especialmente vulnerables, por tener muy poca protección. Los cascos de las lanchas rápidas estaban hechos de una placa de aluminio de 3 milímetros de grosor. Los cascos de los PBR eran de fibra de vidrio. El enemigo podía alcanzarlos con cohetes B-40, que eran parecidos a los viejos bazucas, con armas automáticas y con granadas de mano. Las víctimas de nuestras patrullas fluviales alcanzaron la proporción inaceptable del 6 por ciento por mes.

Esto significaba que cualquiera que sirviera un año en estas lanchas tenía una probabilidad del 70 o 75 por ciento de morir

IZQUIERDA: *Diciendo las cosas por su nombre. "Sat Cong" significa, literalmente, "Matar comunistas", y este personaje no parece estar de humor para conformarse con menos.*

USN

TIM PAGE

ARRIBA: *Lancha rápida de vuelta de una patrulla. Ni siquiera en sus bases la tripulación estaba segura. Los hombres rana enemigos y las minas que flotaban río abajo eran una amenaza permanente.*

o ser herido. Teníamos que reducir considerablemente estos riesgos.

Pensé que una manera de salvar vidas americanas era eliminar la protección de la jungla. Destruyendo el follaje de las márgenes de los ríos, el enemigo debería retirarse hacia el interior y le sería más difícil emboscar nuestras lanchas patrulleras. El agente naranja había sido usado en otros procesos de defoliación y yo quería incrementar su uso. Mi oficial de logística se informó acerca de los posibles efectos nocivos del agente naranja sobre las personas, y nos dijeron que no había peligro alguno. Yo lo creí. Pero aunque hubiera sabido que el agente naranja iba a dañar a las personas, probablemente lo hubiera usado también. Sabía que no usarlo iba a costar muchas vidas americanas.

Al igual que el general Abrams, me preocupaba profundamente por los hombres que luchaban en la guerra. Sabía que quienes me conocían decían que sufría cuando presenciaba batallas en las que intervenían nuestras lanchas. Todavía recuerdo cada una de las ocasiones en las que mandé algunos hombres al peligro. Personalmente, encuentro mucho más difícil enviar a otros hombres que ordenar que mi barco entre en combate o ir yo también con ellos. Hasta el presente he sido incapaz de visitar el monumento conmemorativo de Vietnam a causa de los nombres de los jóvenes valientes que yo mandé a la batalla y que no regresaron. No soy capaz de soportarlo, y creo que nunca lo seré.

Ordené el uso extensivo de agente naranja a lo largo de las márgenes de los ríos que nuestros botes patrullaban. Las Fuerzas Aéreas se ocupaban de esparcir el agente naranja y su labor de defoliación se denominó "Operación *Ranch Hand*". Se asignaron veinticuatro C-130 a esta operación. Cada semana echaban miles de litros de defoliante sobre las junglas de Vietnam. Cuanto más agente naranja se vertía, menos víctimas teníamos nosotros, de modo que nuestra estrategia era evidentemente fructífera.

Cuatro o cinco meses después de mi llegada a Vietnam recibí noticias inquietantes. Me escribieron de la oficina de personal de la Marina diciendo que Elmo se había ofrecido voluntario para ir a Vietnam y servir como oficial de lanchas rápidas. Había tenido una fuerte premonición al respecto. Pensé que Elmo había superado valientemente tantos obstáculos en su vida —polio, problemas de corazón— que sería una tragedia irónica que muriera en la guerra. Sabía contra qué luchaban nuestros hombres en los ríos, cuán peligrosa era su labor.

También tenía un considerable sentido de culpa, porque había tenido en mis manos la posibilidad de denegar su petición. No quería que Elmo viniera, pero realmente no tuve mucho que decir sobre su decisión, porque casi al mismo tiempo recibí la carta de Elmo. Me hablaba de su intención de servir en Viet-

[illegible], y educadamente, pero con firmeza, me pedía que no interviniera. Me dijo que yo no sería el padre que él creía que era, o que quería que fuese, si interfería. En consecuencia, dije al departamento de personal que trataran la petición de Elmo como otra cualquiera.

[illegible]ard Kerr, Capitán de la Marina de los Estados Unidos (Retirado): Recuerdo con qué rapidez el almirante Zumwalt evaluó la situación que le esperaba en Vietnam. Cuando salimos del avión en el aeropuerto de Ton Son Nhut, recién llegados a Vietnam, se volvió hacia mí y dijo: "Howard, éste es el día uno. Empecemos con él."

Y así lo hizo. Sus dos objetivos eran detener la infiltración de armas y vietnamizar la guerra. Para ello, se movió con extrema rapidez para remediar lo que consideraba como una mala situación para la Marina. Literalmente sacudió la plantilla naval de Saigón. Acabaron las partidas de tenis. Acabaron los buenos tiempos. La gente empezó a llegar muy pronto por la mañana y trabajar todo el día hasta bien entrada la noche, fines de semana incluidos.

El almirante era incansable. Días de dieciocho horas, siete días por semana. Era su rutina. Quienes se negaron a cambiar, perdieron. Unos se fueron, otros se encontraron muy mal en el trabajo. El almirante exigía pensar y actuar de un modo creador e innovador.

No recuerdo que el almirante levantara la voz a nadie. No daba puñetazos en la mesa ni echaba broncas. Cuando estaba convencido de que alguien no podía hacer su trabajo, lo echaba y nada más. Pensaba que la mejor manera de lograr lo que quería era hablar con la gente y predicar con el ejemplo.

Los hombres que estaban en el campo no tenían que preguntarse quién era: lo veían cada día. Cuando hablaba con un oficial joven, o con un recluta, y ellos decían algo que a él le parecía razonable, él se aseguraba de que la conversación tuviera consecuencias. Los hombres lo sabían. Así es como mandaba. Siempre estaba abierto a las ideas.

Salir al campo era muy arriesgado. Pero creo que pensaba que es lo que debía hacer, y no puedo recordar que el almirante se preocupara alguna vez por su propia seguridad personal. Pero sí que estuvo preocupado cuando Elmo se hizo voluntario. El almirante envió una petición manuscrita a Washington pidiendo que si él muriera retiraran a Elmo de la zona de combate.

Elmo: Sabía que las preocupaciones de papá por mi deseo de servir en Vietnam eran razonables, pero yo no había hecho ninguna promesa de no ir. A pesar de sus sentimientos personales acerca de la guerra, yo sabía que él consideraba su destino de Vietnam como el reto más importante de su carrera naval. A su manera, yo veía el mando de una lancha rápida como un reto para mí.

Sé que hay mucha gente que pensaba y que piensa que decidí ir a Vietnam para demostrar algo a mi padre. Me es imposible saber —como lo es para todos— cuáles fueron mis motivos subconscientes, pero en cuanto a los pensamientos conscientes, nunca sentí que tenía que probar nada a papá. Veía que ser el oficial de una lancha rápida sería una prueba para mí. No sabía si pasaría esta prueba, si me comportaría como un buen oficial naval o como un cobarde, pero quería descubrirlo.

Cuando a principios de verano de 1969 llegué a San Diego, necesitaba un lugar para vivir. Otro oficial naval había puesto un anuncio pidiendo alguien para compartir una casa en Coronado, una península cerca de San Diego donde iba a realizarse la instrucción de las lanchas rápidas. Me dirigí allí para encontrarme con esta persona, Ken Norton. Ken me gustó casi inmediatamente.

Mi recuerdo más vívido de nuestra primera entrevista es que al cabo de una hora de haberlo conocido, Ken me dijo sin dramatismo alguno que esperaba morir en Vietnam. Parecía conocer su destino. Le dije que yo no creía que éste era mi destino, y añadí que hablar de una premonición puede contribuir a hacerla realidad. Ken dejó de hablar del tema.

Aparte de Ken y de mi mismo, había otro oficial en nuestra clase de instrucción: Jeff Jones. La Marina nos había asignado ya las tripulaciones que llevaríamos a Vietnam, de modo que hacíamos toda la instrucción juntos. Primero nos presentaron la lancha rápida, una embarcación de aluminio de 17 metros impulsada por dos motores Diesel de 550 caballos. Las lanchas rápidas podían alcanzar una velocidad de 30 nudos, y estaban armadas con un lanzagranadas automático, un mortero de 81 milímetros y ametralladoras de calibre .50 y .60 en proa y popa. No era mucha capacidad de fuego en comparación con otros barcos, pero estas lanchas tenían la ventaja de la velocidad.

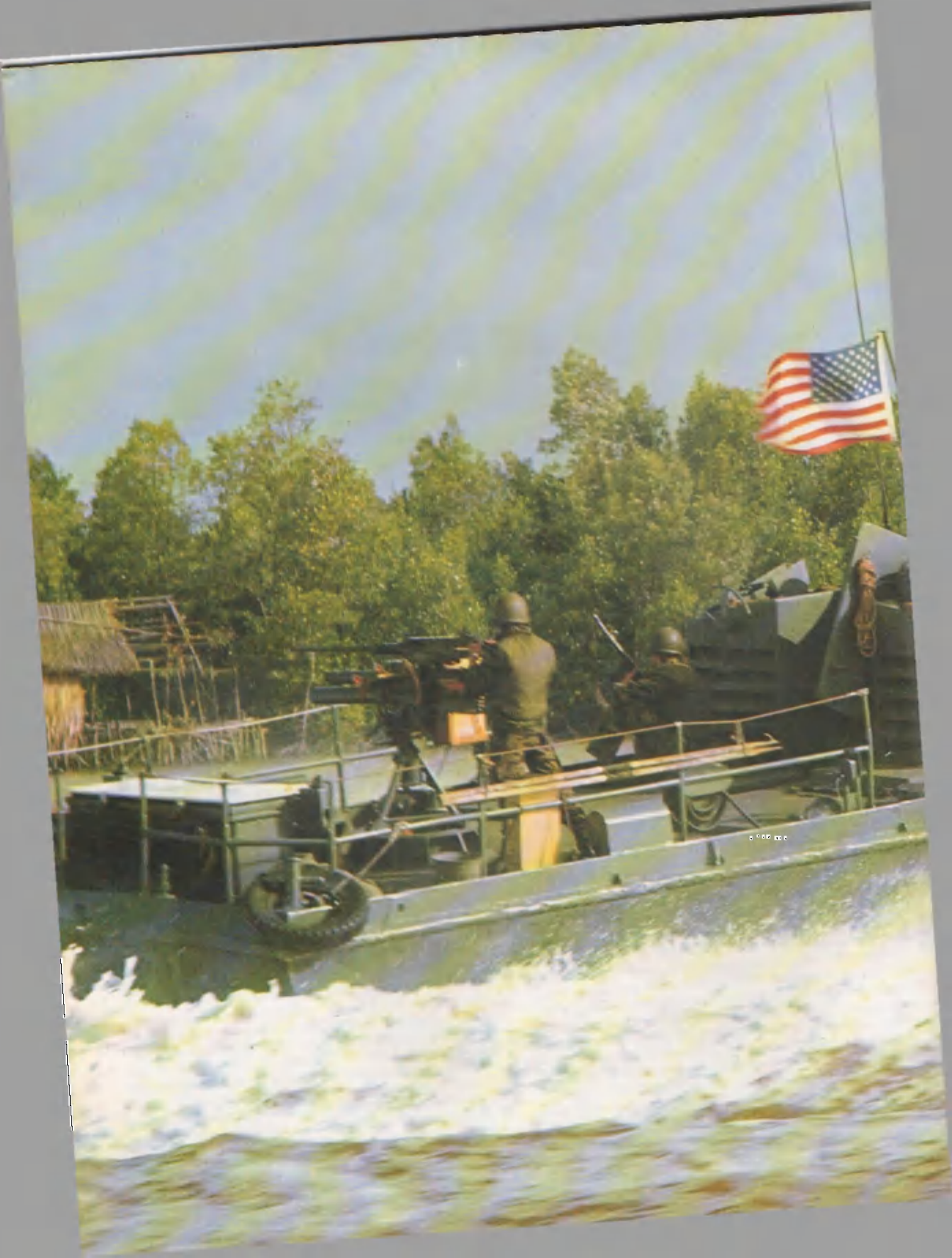
> Me colgaron con la cabeza abajo, me pusieron un pañuelo sobre la boca y la nariz y me echaron agua en la cara.

Llegué a conocer bien a mi tripulación. Billy Nairmore era el maquinista. Era un hombre grande y fuerte de Alabama, pero también una de las personas más amables que he conocido. Acababa de cumplir 20 años y era el único casado de nuestra tripulación. Su esposa Alicia estaba esperando su primer hijo. Geoff Martin era el artillero de cofa. Había servido un año en Vietnam con los PBR. Whiting Shuford, el artillero de popa, dejó sus estudios universitarios para alistarse en la Marina.

Tras el período inicial en San Diego, la Marina nos mandó al área de San Francisco, donde aprendimos a desmontar completamente y a reparar la lancha rápida y sus armas. Patrullábamos los ríos próximos a San Francisco. Pero la parte más difícil de nuestra instrucción fue un curso llamado SERE, iniciales de *Survival, Evasion, Resistance and Escape* (Supervivencia, Evasión, Resistencia y Huida). El curso se llevaba a cabo en las montañas de California.

Este curso, de una semana de duración, empezó en el aula de clase, donde nos hablaron de insectos peligrosos, de los distintos tipos de vegetación y de todo cuanto podríamos encontrar en las tierras de Vietnam. Pero las últimas 48 horas resultaron ser las más duras. Nos introdujeron en la profundidad de un bosque, armados con sólo un cuchillo. Debíamos vivir en tierra firme mientras los agresores nos perseguían. Tratamos de evitar la captura, pero nos cogieron y nos llevaron a un campo de prisioneros de guerra. Nuestras raciones eran muy escasas y estábamos hambrientos. La garganta empezó a secárseme por falta de agua.

La fuerza agresora estaba compuesta por hombres entrenados para aplicar técnicas aprendidas de exprisioneros de la guerra de Corea. El ejercicio era muy realista. Nos mantuvimos despiertos durante dos noches, y muy pronto llegué a sentir lo que significaba estar cansado, hambriento y sediento



Estos "agresores" aplicaban también la técnica del tipo duro y el tipo bueno. Uno te golpea en la boca, te aplasta contra la pared, te da patadas. Sientes ganas de responder y defenderte, pero ellos son demasiados. El "bueno" intenta convencerte de que capitules, una vez que el "duro" te ha golpeado. También sufrí mi dosis de tortura Me colgaron con la cabeza abajo, me pusieron un pañuelo sobre la boca y la nariz y me echaron agua en la cara. Tenía la impresóin de estar bajo el agua. Me decía una y otra vez que no iban a ahogarme, pero no podía evitar pensar que podrían pasarse y ahogarme accidentalmente. Lo intentaron todo para que cediéramos Hicieron de oficiales contra reclutas, de negros contra blancos. cualquier cosa que pudiera darles alguna ventaja.

PÁGINAS ANTERIORES: *Con el acelerador a fondo. Esta lancha rápida va a toda potencia.*
ABAJO: *Una de las bases flotantes de la Marina de Estados Unidos en Vietnam del Sur.*

Si antes de esta experiencia alguien me hubiera preguntado si podría llegar a sentir miedo en un ejercicio de instrucción, mi respuesta hubiera sido que no. Pero sentí miedo. El trato fue tan duro que uno de los hombres se deshizo y capituló ante el enemigo Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos para que no lo hiciera, pero él no quiso quedarse con nosotros y nosotros realmente nos volvimos contra él. Tan realista era todo. Creo que lo sacaron de las lanchas rápidamente y le destinaron a un área donde no había combate.

Finalmente, nos dieron de beber y nos llevaron de vuelta a las condiciones de vida normales. Entonces todos sabíamos que si alguna vez nos capturaban lo íbamos a pasar muy mal. Esta fue la verdadera lección que mi tripulación y yo aprendimos: evitar ser capturados a toda costa. Cuando el curso SERE acabó, me pareció que salía de la cárcel

Con el pánico cargué accidentalmente una bala de mortero sobre otra que ya se encontraba en el cañón.

En agosto de 1969, llegué a la bahía de Cam Ranh, en Vietnam, con Ken Norton, Jeff Jones y nuestras tripulaciones. La noche antes de partir, los tres fuimos al club de oficiales. Era difícil creer, sentados allí tomando ginebra y tónica con los amigos, que había una guerra y que muy pronto yo estaría metido en ella. Aquella noche me pregunté si dentro de un año los tres volveríamos a estar allí.

Kent Norton y yo habíamos sido destiandos a Da Nang, a la división costera número 12 Jeff Jones debía ir más al sur. En Da Nang me asignaron mi lancha rápida y empezamos a patrullar en el mar de la China Meridional, lejos de la costa de Vietnam Las tripulaciones que, como la mía, carecían de experiencia, iban acompañadas de un oficial veterano en sus primeras patrullas.

Así es como conocí al teniente Bob Crosby, un oficial vivo y experimentado. Tenía un buen sentido del humor y era paciente con sus subordinados. Estuvo mucho tiempo diciéndome cómo vigilar durante las patrullas con lancha rápida Una tarde, cuando ya nos conocíamos más, Bob y yo hablábamos en el cuartel de oficiales. Bob hablaba en un tono suave y reflexivo y dijo que cuando llegó a Vietnam, un año atrás, tenía la profunda impresión —una premonición— de que no iba a salir con vida de allí. Pero dijo que ahora que ya no patrullaba los ríos y sólo adiestraba tripulaciones en patrullas marinas, ya había pasado lo peor. Dijo que sólo le quedaban 30 días en Vietnam y que parecía que iba a poder sobrevivir. Pensé en la premonición de muerte de Ken Nortorn, y me tranquilizó que Bob hubiera tenido impresiones semejantes.

Como la mayor parte de la gente que se encuentra al final del viaje, Bob tomaba precauciones. No quería tentar el destino. Llegué a apreciar su actitud cada vez más a medida que se acercaba el fin de mi tiempo de combate. Siempre temía que después de todo lo que había pasado, al final pudiera alcanzarme un disparo.

A veces patrullábamos cerca de la costa, y un día se acercó a nosotros un survietnamita que había perdido algunos miembors de su familia a manos del Vietcong. Su odio contra los comunistas lo consumía. Grabamos una cinta en vietnamita en la que insultaba al Vietcong y a los norvietnamitas Decía que

estos corren como perros, apestan como pescado podrido y luchan como gallos. Hicimos sonar la cinta por el altavoz de la lancha cuando nos acercamos a la costa para hacer salir al enemigo. No pasó mucho rato antes de que nos dispararan desde tierra. Estábamos listos y respondimos inmediatamente. Se siente algo extraño cuando a uno le disparan.

Era mi primer intercambio de fuego. Con el pánico, cargué accidentalmente una bala de mortero sobre otra que ya se encontraba en el cañón. Pudo haber explotado y matarnos a todos. Pero por alguna razón desconocida, ninguna de las dos balas explotó. Fue un error estúpido de mi parte, uno que nunca repetiré, pero me hizo ver lo que el combate puede llegar a hacerte hacer.

Dejando aparte este incidente, la mala mar resultó ser lo peor de las patrullas costeras. A veces las olas se levantaban tanto que jugaban con nuestra lancha de 17 metros como si fuera un tapón de corcho. Cuando la situación era realmente mala, lo único que podíamos hacer era tumbarnos en el suelo para no golpearnos tontamente. Aparte de esto, nos sentimos relativamente seguros en las patrullas.

> Elmo afrontaba un peligro adicional por ser mi hijo. Yo había sido el blanco de un intento de asesinato.

Antes de que llegara a Vietnam, había oído preguntar a mucha gente de la Marina qué cómodo destino me esperaba en Vietnam. Algunas personas llegaron a molestar a algunos miembros de mi tripulación por estar en la lancha dirigida por el hijo del almirante Zumwalt. No valoré el hecho de que mi tripulación y yo fuimos juzgados injustamente antes de que se nos diera ocasión de actuar.

Me había propuesto especialmente no ponerme en contacto con mi padre a mi llegada a Vietnam. Quería evitar incluso la apariencia de recibir algún privilegio especial. Pero esto no puso fin a las habladurías ni al deseo de papá de verme. Sabía que iba a ponerse en contacto conmigo.

Almirante. Me daba cuenta de que a Elmo le sería violento encontrarse conmigo una vez llegado a Vietnam, así que me presenté en Da Nang un día que sabía que estaba allí y le pillé por sorpresa. Fue magnífico volverlo a ver al cabo de un año. Sentí orgullo de padre al verlo en uniforme y al mando de su propio barco. Ya había oído decir que Elmo era un buen oficial. Siempre supe que lo sería.

Según una antigua tradición familiar, los militares de alta graduación pueden tener a sus hijos como edecanes, y muchos generales lo hacían en Vietnam. Yo pensé que sería fútil preguntarle a Elmo si quería servir conmigo, pero se lo pregunté de todos modos. Contestó que agradecía mi ofrecimiento, pero que no deseaba un puesto en Saigón. Quería experiencia de campaña.

Era el tipo de oficial que, como jefe, me gustaba, pero como padre me asustaba, ya que sabía que su audacia y su coraje podían llevarle a la muerte. Sabía que Elmo era lo bastante inteligente para evitar locuras, pero también sabía que iba a arriesgarse inteligentemente. Pero si uno se arriesga inteligentemente muchas veces, la probabilidad de que le alcancen es muy alta.

Sabía también que Elmo afrontaba un peligro adicional por ser mi hijo. Yo había sido ya el blanco de un intento de asesinato. Ocurrió en el recinto donde vivía en Saigón. Cada mediodía jugábamos a balón volea y yo también participaba. Una vez, un vietcong que pasaba en bicicleta echó una granada por encima de la pared. Tuve suerte, porque aquel día no jugaba, y además nadie sufrió daños, porque el aspirante a asesino echó la granada donde no debía. Explotó lejos de todos.

Sabía que el Vietcong y los norvietnamitas consideraban como una victoria de importancia matar o capturar a un oficial de alta graduación o a un hijo suyo. Por esta razón creía firmemente que un día debería comunicar a la madre de Elmo que le había ocurrido algo terrible.

Elmo me dijo que se había enterado de las operaciones de patrulla fluvial. Comprendía la táctica y la estrategia global de su misión y manifestaba un gran deseo de desplazarse a las regiones meridionales próximas a An Thoi y Ha Tien, las áreas donde la lucha en el río era más dura. Le advertí que estos lugares eran muy peligrosos. Pero esto, naturalmente, sólo incrementó el brillo de sus ojos.

Sabía que Elmo no iba a permitir que le retuviera, de modo que le di dos consejos. Le dije que debía ser extremadamente meticuloso en el cumplimiento de las reglas de combate y le dije también que debía ser durísimo con su tripulación. Le dije que las tripulaciones con mayor número de víctimas son aquellas que han bajado la guardia. Añadí que ser severo con sus hombres no le haría quizás muy popular, pero era uno de los pilares del mando.

Conocía a Elmo lo suficiente para darme cuenta de que evitaría escrupulosamente toda apariencia de favoritismo, y esto fue a mi parecer una de las razones de que quisiera ir a un área de peligro. Era su manera de mostrar a todo el mundo que no recibía favores a causa de mi posición. Esto significaba que iba a estar expuesto a todos los peligros de las lanchas rápidas, y tal vez a más.

A la mañana siguiente, Elmo me dijo adiós —con una sonrisa en los labios— y yo volví a Saigón.

Cuando Elmo llegó a Vietnam, la Marina ya había bloqueado el sistema de ríos y canales cerca de la frontera camboyana y el control enemigo del delta había decrecido. Yo pensé que la Marina se hallaba en perfectas condiciones de atacar al enemigo en la península de Ca Mau, en la punta meridional de Vietnam. Esta península contiene innumerables ríos y riachuelos y densos pantanos de manglares. Era difícil llegar a esta región y más difícil aún internarse en ella.

Durante años, esta península fue un santuario del Vietcong. Cuando nuestras fuerzas controlaron las áreas vecinas del delta, el Vietcong se internó en esta región, donde no podía ser alcanzado.

El mando de los Estados Unidos consideró que el Vietcong estaba tan firmemente atrincherado en la península de Ca Mau que evacuó el mayor número posible de habitantes y luego la bombardeó con aparatos B-52.

Yo supe de primera mano cuán bien protegía esta área el Vietcong. Poco después de llegar a Vietnam del Sur sobrevolé Ca Mau a poca altura en una avión de reconocimiento. El Vietcong estaba muy atento, ya que nos disparó en la primera vuelta: pude ver los proyectiles trazadores. Para mejorar mi conocimiento del área pedí al teniente Lew Green, que estaba conmigo, que dijera al piloto que sobrevolara la región una vez más. El fuego fue entonces más intenso. Lew se volvió hacia mí

y me dijo que si pedía dar otra vuelta él se sublevaría No lo hice y él tampoco.

Además de su importancia táctica. Ca Mau era importante por otras razones. En otro tiempo fue una de las regiones más fértiles y productivas de Vietnam del Sur, pero bajo el dominio del Vietcong se había vuelto prácticamente inactiva.

Descubrí otra razón de su importancia cuando viajé allí en helicóptero en compañía del almirante Tran van Chon. que era el comandante general de la Armada de Vietnam del Sur. Llegué a sentir el mayor respeto por el almirante Chon. Era un hombre muy inteligente, un budista devoto y un verdadero patriota. Había ascendido por sus propios méritos. no mediante un golpe de estado.

Decidí rociar con agente naranja la zona en torno al *Sea Float* y las riberas de muchos ríos de la península de Ca Mau. Yo di la orden de hacerlo.

Todavía recuerdo el viaje que aquel día hicimos a la península. Me dijo que a principios de la década de los 60 el Vietcong expulsó la marina vietnamita de la región. y creía que sería un gran triunfo lograr que regresara allí. También pensaba que sería bueno para la economía general de Vietnam del Sur.

Se me ocurrió que si la Marina pudiera controlar parte del río principal que cruza la península, la reconquista podría iniciarse en las márgenes del río y extenderse gradualmente hacia el interior. Así fue como surgió lo que llamamos *Sea Float* (Flotador marino).

Construimos el *Sea Float* en Saigón ensamblando 11 pontones gigantes. En total, el flotador era del tamaño de un campo de fútbol y en él podían aterrizar helicópteros. También servía de base para nuestra flota de patrulleros fluviales. El *Sea Float* contenía una cocina, agua potable, instalaciones médicas y dentales y suministro de combustible para barcos y aviones Una vez construido, lo que nos llevó sólo un mes, lo remolcamos por el mar abierto a lo largo de la costa de Vietnam y luego lo introdujimos en el río Cua Lon. Afianzamos esta enorme plataforma en medio del río Nam Cam, donde se convirtió en una isla instantánea. Uno de los hombres dijo que el *Sea Float* era "una aparición procedente de ninguna parte". Creo que ésta es la impresión que produjo al Vietcong y a los norvietnamitas.

El *Sea Float* estaba tripulado por 200 hombres y tomamos grandes precauciones contra el ataque enemigo. Colocamos redes río arriba para impedir que llegaran minas flotantes. También armamos el flotador con morteros y cohetes, un pelotón SEAL de la Marina, y echábamos regularmente granadas de mano por la borda por si el enemigo trataba de alcanzarnos nadando bajo el agua. Una vez, al tirar una granada. un vietcong muerto ascendió flotando.

El *Sea Float* estaba rodeado de lanchas rápidas y de embarcaciones con armamento pesado, y efectuábamos ejercicios de alarma general durante la noche. Sonaba la alarma y las lanchas se alejaban del flotador para tomar posiciones, los helicópteros se elevaban y descargábamos una cantidad enorme de fuego automático en las márgenes del río. Cada quinto proyectil de una ametralladora es un trazador que señala dónde disparamos Toda esta potencia de fuego creaba una panorama aterrador. Esto es lo que pretendíamos.

US AIR FORCE

Suponía que el Vietcong, los norvietnamitas, o ambos, nos estaban observando. Sabía que si eran testigos de nuestros ejercicios de alarma general, se lo pensarían varias veces antes de atacar el flotador. Esta debe ser la conclusión a que llegaron, ya que a pesar de la vulnerabilidad de esta pequeña isla artificial en medio de territorio enemigo, nunca hicieron ningún intento importante de destruirlo.

Estaba preocupado por los jóvenes que estaban en campaña, luchando, arriesgando su vida y perdiéndola a veces.

Al cabo de poquísimo tiempo el éxito del *Sea Float* se hizo evidente. Los vietnamitas empezaron a repoblar las márgenes del río. Plantaron piñas nuevamente, reconstruyeron sus hornos de cerámica y volvieron a pescar y a marisquear. Cada día llegaban más habitantes a la región.

Constantemente enviaba memorándums al personal con ideas

que pensaba que podían acelerar la partida de Vietnam. Estos memorándums se conocían como "ZWI", por "Zumwalt's Wild Ideas (Ideas insensatas de Zumwalt). *Sea Float* era una de mis ideas insensatas, y lo visitaba una vez al mes, a menudo acompañado de altos oficiales de la Marina o de las Fuerzas Aéreas que nunca pensaron que el flotador pudiera funcionar.

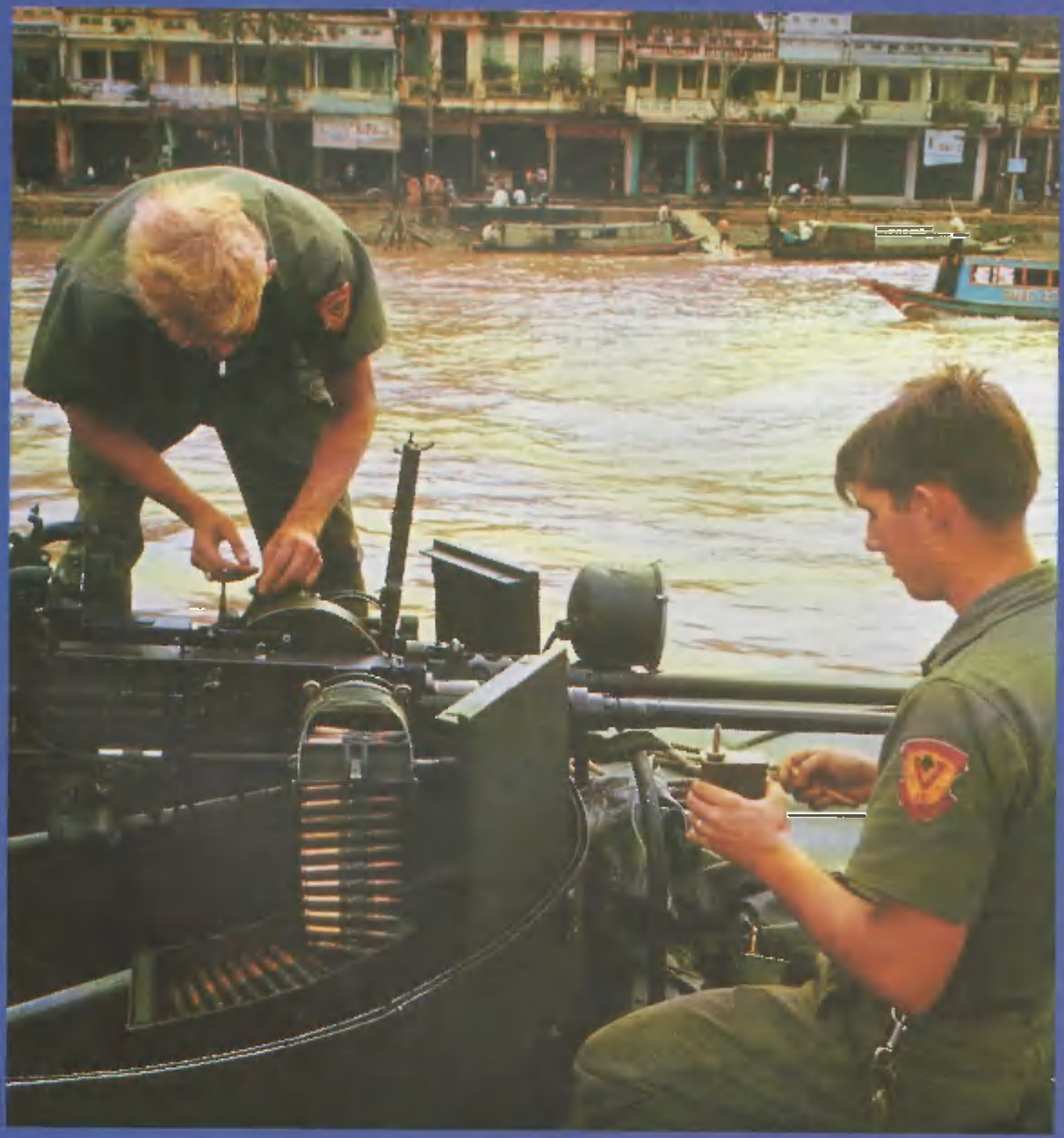
Usamos el *Sea Float* como base de las lanchas fluviales, pero a causa de la gran densidad vegetal de la jungla y de la angostura de muchos ríos y canales de aquella zona de Vietnam, las víctimas eran numerosas entre la tripulación. El Vietcong tendía una emboscada y luego huía escondiéndose en la espesura de la jungla. Además, el río Cua Lon tiene sólo unos 370 metros de anchura en la zona donde anclamos el *Sea Float*, de modo que a pesar de nuestras precauciones la jungla ofrecía demasiada protección al enemigo cuando éste decidía atacarnos. Por esta razón decidí rociar con agente naranja la zona en torno al *Sea Float* y las riberas de muchos ríos de la península de Ca Mau. Yo di la orden de hacerlo

Estaba preocupado por los jóvenes que estaban en campaña, luchando, arriesgando su vida y perdiéndola a veces. Ningún jefe a quien le importen sus hombres puede evitar este sentimiento Basé mi decisión de usar el agente naranja. como todas las decisiones que he tomado en Vietnam, en mi deseo de minimizar el número de víctimas y de acabar con la permanencia de los Estados Unidos en Vietnam lo mejor y lo antes posible.

ARRIBA: *Por encima de sus dos ametralladoras de calibre 50, un artillero observa las márgenes del río desfiguradas por la defoliación.*

Recuerdo especialmente dos capitanes de corbeta llamados Petersen y Elliot. Horas después de que yo les acompañara en sus lanchas respectivas. ambos murieron en distintos combates. Tuve una impresión de pérdida de personal que todavía me acompaña.

Yo temía que cada día que Elmo permanecía en Vietnam podía compartir este destino. y voy a confesar cómo mostraba favoritismo hacia él. Cada mañana leía las listas de los combates que habían tenido lugar durante la noche. Lo primero que siempre miraba era si la lancha de Elmo había sido alcanzada. Siempre me sentí culpable de esta actitud, porque yo era el jefe de todos los jóvenes valientes de aquellas lanchas Pero no podía dejar de ser un padre.



ARRIBA: *Carga de las ametralladoras M-2, 50 de un PBR antes de salir a patrullar.*
DERECHA: *Fuera del alcance del fuego enemigo, esta lancha rápida navega en la bahía de Da-Nang.*

Capítulo 3

PCF 35

ARRIBA: *Un junco de una organización paramilitar que se integró en la Marina de Vietnam del Sur y que contaba con 600 embarcaciones, a vela o con motor.*

Elmo: Nos asábamos en la ardiente tarde mientras nuestra lancha se deslizaba río abajo al sur de Da Nang. Nuestra compañera siguió por un horcajo y nosotros tomamos otro.

Era la caza del hombre. Cazábamos al enemigo y él nos cazaba. Esto es exactamente lo que sentíamos mientras patrullábamos por los ríos, lo que sentíamos cada día, cada minuto. Nunca sabíamos al torcer por un recodo del río, a veces tan estrecho que nuestra lancha de 17 metros no podía girar, si alguien estaba al acecho para dispararnos. Las únicas constantes eran el miedo y la obsesión por sobrevivir.

Llegamos a una parte más ancha del río. A lo largo de las riberas había franjas marronáceas, pruebas de defoliación. Nos acercábamos a una zona donde habíamos sido atacados anteriormente. Todos estábamos atentos y prestos a actuar. A nuestra izquierda descubrimos un refugio casi invisible y pegado al margen del río. Estaba desierto.

El enemigo nos disparaba desde los refugios. Los excavaban profundamente en el suelo para pasar desapercibidos y los recubrían con capas de paja y barro hasta adquirir el aspecto de un montón de tierra. Cuando el barro se secaba se volvía tan duro como el cemento. No podíamos perforar estos refugios ni con nuestros morteros de 81 milímetros. Yo quería destruir el refugio con explosivos plásticos para privar al enemigo de un lugar protegido desde donde emboscarnos.

Varamos nuestra lancha y Geoff Martin, que era un experto en explosivos plásticos, y yo saltamos a la orilla. Metió una buena cantidad de plástico en el interior del refugio y conectó la espoleta. Yo estaba a unos siete u ocho metros cuando explosionó.

Me silbaban los oídos al volver a la lancha. Súbitamente, vi venir las balas trazadoras. Un segundo después, sentí el rebotar de balas en nuestra embarcación.

"Nos disparan", grité.

Whiting Shuford, nuestro artillero de popa, ya estaba devolviendo el fuego.

Mi sangre se llenó de adrenalina. Tensé cada músculo. Geoff y yo nos dirigíamos al bote nadando bajo el agua. Billy Nairmorne puso el motor en marcha. Le ordené que se adentrara en el río para poder maniobrar. No quería encallar en la orilla.

Nos disparaban desde dos posiciones situadas a unos 70 metros de distancia y ocultos tras los árboles. Whiting y Geoff devolvían los disparos. Yo disparé mi M16, pero parecía un juguete en comparación con las armas automáticas que ellos empleaban.

A los pocos minutos, sus disparos se redujeron. Luego cesaron por completo. No sé si les alcanzamos, pero no fuimos a comprobarlo. Afortunadamente, ninguno de los nuestros sufrió heridas.

Mi caudal de adrenalina descendió. No era nuestra primera pelea en el río y sabía que no iba a ser la última.

Empecé a patrullar por los ríos al sur de Da Nang, cerca de la ciudad de Hoi An, después de un mes de patrullas costeras. No tardé mucho en darme cuenta de que era mucho más peligroso que patrullar las costas.

Las lanchas rápidas viajaban normalmente en pares, y yo me sentía cada vez peor con mi compañera. Yo quería meterme por

más ríos y canales todavía inexplorados, pero el oficial de la otra lancha prefería seguir con las patrullas rutinarias. Poco después del incidente del refugio, pedí al oficial jefe de nuestro grupo de lanchas que me asignara otro compañero. Me preguntó quién quería y yo le respondí que Ken Norton, que acababa de llegar de las patrullas costeras y se encontraba en la zona de Da Nang Ken y yo empezamos a patrullar juntos Estábamos de acuerdo en cuanto a la táctica y teníamos la misma actitud ante la guerra. Pensábamos que mientras estábamos allí debíamos hacer nuestro trabajo lo mejor posible.

En la zona de Da Nang, los efectos de la defoliación eran claramente perceptibles. Las regiones que patrullábamos sufrían cambios radicales ante nuestros ojos. Una semana el follaje era verde y lujurioso, y a la semana siguiente la hierba y las hojas habían desaparecido bajo el efecto del agente naranja. Patrullábamos cerca de los lugares donde esto ocurría y supongo que alguna vez también nos rociaron a nosotros. Yo me sentía más seguro sabiendo que si querían emboscarnos no podrían hacerlo desde una corta distancia sin exponerse también a sí mismos.

Teníamos la impresión de encontrarnos en un cuarto oscuro, con la puerta cerrada, y que dentro había alguien con un arma intentando matarnos.

Efectuábamos muchas patrullas de noche, ya que era entonces cuando el Vietcong solía infiltrarse. Es imposible olvidar la primera patrulla nocturna. Se siente algo indescriptible. Los ríos eran completamente negros, y la vegetación era tan densa que parecía sombra sobre sombra Teníamos que mirar constantemente al radar para saber dónde estaban las orillas, porque el radar era todo cuanto teníamos para orientarnos. Esperábamos que cada pequeño destello que veíamos en el radar no resultara ser un sampán del Vietcong presto a disparar contra nosotros. Teníamos la impresión de encontrarnos en un cuarto oscuro, con la puerta cerrada, y que dentro había alguien con un arma intentando matarnos

A veces nos deteníamos junto a la orilla. Escuchábamos cada sonido, el susurro del viento, el movimiento de un pequeño animal. Al principio, pensaba que cada ruido era un vietcong que tendía una emboscada, y asía mi M16 Pero al poco tiempo ya supe distinguir entre los sonidos normales de la jungla y el rumor de pasos humanos.

Un piloto de helicóptero nos acompañó una vez. Nunca olvidaré su observación: "En los helicópteros, somos los cazadores, pero aquí abajo vosotros sois las presas." Así es como nos sentíamos la mayor parte del tiempo. Normalmente, sólo descubríamos al enemigo cuando él ya nos había descubierto.

No tardé mucho en darme cuenta de que mi padre tenía razón al aconsejarme que fuera duro con mis hombres. Insistía en que siempre llevaran chaleco antibalas y casco. Todos los llevaban excepto Geoff Martin. Geoff era el artillero de cola Tenía muy buena puntería y era tranquilizador luchar a su lado. Pero Geoff ya había estado en Vietnam a bordo de una PBR, y creía saber mucho más que yo sobre el combate fluvial. Tal vez sí, pero yo no quería que ningún hombre de mi tripulación muriera por no llevar chaleco antibalas.

Así, pues, un día le ordené ponérselo. Geoff dijo que hacía demasiado calor y que, de todos modos, el enemigo estaba lejos. Le dije que no me importaba qué tiempo hacía y que tanto si el enemigo estaba lejos como cerca quería que se pusiese su chaleco antibalas. Pensé que esto sería todo, pero un par de minutos más tarde Geoff no se había puesto el chaleco todavía. Le dije que se lo pondría yo. Él me salió con una cuchufleta y yo le reté a que peleara.

"Si te pego, me harán un consejo de guerra", dijo.

Le dije que me quitaría mis galones. de modo que sería una pelea de hombre a hombre. Él me miró y dijo: "Si es tan importante para ti, me pondré este maldito chaleco."

Me sentí más tranquilo por un par de razones. Una era que Geoff era más fornido que yo, y sin duda me hubiera dejado baldado.

Siempre estábamos en alerta máxima. A veces, cuando esperábamos en silencio junto a la orilla, tiraba expresamente piedras en la jungla para que todos estuvieran alerta. Funcionaba. Se ponían tensos y prestos a disparar. Otra vez, Geoff Martin se durmió Puse un M16 a un par de pasos de su oído y disparé. Se despertó inmediatamente echando pestes. No me importaba que mi tripulación se enfadara conmigo ni que pensara que era un hijo de mala madre.

Whiting Shuford, uno de nuestros artilleros, tomaba constantemente el pelo a Billy Nairmore. Billy no estaba más asustado que los demás —yo soy el primero en admitir que estaba muerto de miedo siempre que patrullaba— pero lo disimulaba mejor. Por esta razón Whiting se burlaba de él. Sabiendo que Billy estaba casado y que tenía más que perder que los demás, me molestaba la actitud de Whiting. Finalmente decidí dar la vuelta a la situación y le puse en lo que llamábamos el "tanque frontal". Era el puesto del cañón delantero de calibre 0.60, en la misma proa de la lancha, el lugar más peligroso de todos.

Whiting se enojó muchísimo y pidió ser transferido a otra lancha. Le dije que la única razón que tenía para pedir la transferencia era el puesto que yo le había asignado. Luego pidió ocupar cualquier puesto en cualquier otra lancha. La tranferencia tardó en llegar, y al cabo del tiempo Whiting dejó de molestar a Billy. Le saqué del tanque frontal y le coloqué en los cañones de popa, el segundo puesto en importancia de toda la lancha. Whiting cambió de opinión, siguió con nosotros y siempre demostró mucho valor en el combate. Poco a poco llegamos a llevarnos bien y a la larga fuimos buenos amigos.

Todo estaba silencioso y en calma hasta que oímos súbitamente una explosión atronadora.

Al poco tiempo de mi actividad patrullera ocurrió un incidente que me hizo ver cuán arriesgado era seguir una pauta que el enemigo podía observar. Nos acabábamos de meter en un río estrecho y nuestras hélices se enredaron en una red de pescar junto a un banco de arena. Tratamos de desenmarañar el nudo, pero era imposible. Así, pues, cortamos la red y seguimos patrullando.

Al atardecer del mismo día atracamos la lancha en aquel banco de arena. Era el mismo lugar y la misma hora en que siempre nos deteníamos para cenar y relajarnos un poco antes de la patrulla nocturna. Todo estaba silencioso y en calma hasta que oímos súbitamente una explosión atronadora. Se oyó tan cerca

que al principio creí que se trataba de nuestro barco o del de nuestro compañero. Al darme cuentra de que no era así, mi reacción inmediata fue sacar la lancha de allí y luego tratar de determinar qué había ocurrido. Mis oídos zumbaban a causa de la explosión.

Nos preparamos para ir al río y entonces descubrí lo que pasaba. El Vietcong había puesto dos minas flotantes río abajo que explosionaron bajo dos juncos de la Marina vietnamita que patrullaban más allá. Nada quedó de sus tripulantes, ni de los barcos mismos. Estoy convencido de que la red de pescar con que nos enredamos por la mañana pertenecía a un vietcong. Sabía dónde descansábamos cada noche y decidió vengarse por haberle roto la red. Fue puro azar que explosionaran los juncos y no nuestra lancha. Mi única pauta debía ser no tener ninguna.

> Cuando supe las circunstancias de su muerte, mi horror aumentó.

Me daba cuenta que el Vietcong y los norvietnamitas se sentirían satisfechos de matarme o de capturarme a causa de papá. Un día la radio anunció que el hijo del almirante Zumwalt iba en la lancha 35. Inmediatamente hice borrar los números de mi lancha, porque temía que el enemigo hubiera oído la radio. También hice saber al tipo que anunció mi nombre que no le agradecía la cebridad que me proporcionó.

Después de patrullar varias semanas alrededor de Da Nang, pedí ser trasladado a la parte meridional de Vietnam, donde la lucha era más intensa. Me dirigía a An Thoi, un pueblo de la isla de Phu Quoc, en el golfo de Siam. Desde allí, patrullaríamos hasta el *Sea Float*, en la península de Ca Mau, y hasta la zona de Ha Tien, cerca de la frontera camboyana.

Antes de partir, pensé que debía preguntar a Billy Nairmore si quería ir con nosotros o prefería quedarse en Da Nang con otra lancha. Pensé que era lo menos que podía hacer por él, ya que estaba casado y tenía un hijo en camino. Le dije que corría más peligro en el sur, pero Billy respondió que le gustaba su tripulación. Se sentía bien con nosotros y quería compartir nuestra suerte.

Antes de presentarme en mi nueva base, volé a Cam Ranh para presentarme al comodoro encargado de las lanchas rápidas. A la mañana siguiente, y cuando acababa de afeitarme, me encontré con otro oficial de lanchas rápidas que conocía. Da Nang. Me preguntó si sabía que Bob Crosby, el teniente que me había entrenado a mí y a mi tripulación, había muerto. Me sentí sobrecogido de horror. A Bob sólo le quedaban nueve días en Vietnam.

Cuando supe las circunstancias de su muerte, mi horror aumentó. Bob murió cuando una bala de calibre .50 le alcanzó la espalda a quemarropa. El arma la disparó un marino de una de nuestras propias lanchas, amarrada en un muelle de Da Nang. La tripulación era nueva y estaba verificando las armas. Bob, al parecer, se alejaba de allí cuando fue alcanzado. La muerte de Bob me obsesionaba no sólo por su premonición de muerte y mi amistad hacia él, sino también por una razón más personal: la última tripulación que patrulló con aquella lancha antes de que la nueva tripulación la ocupara fue la mía.

Entonces, como ahora, me preguntaba si yo soy parcialmente responsable de su muerte. Porque había quedado una bala en aquella ametralladora. Había sido la ametralladora de Whiting Shuford, y cuando hablé con él me dijo que estaba completamente seguro de haberla descargado cuando dejó la lancha tras nuestra última patrulla en Da Nang. Geoff Martin dijo que vio incluso como Whiting sacudía el arma. Sé que los dos son hombres de honor.

Pero nunca he podido librarme de mi sentimiento de responsabilidad en la muerte de Bob. Los oficiales al mando de las lanchas rápidas no tenían la obligación de verificar cada arma después de una patrulla. Yo nunca lo hice, y nunca vi hacerlo a ningún oficial. Por más irracional que parezca, todavía pienso que debía haber verificado aquellas armas después de mi última patrulla.

He presenciado mentalmente el accidente una y otra vez. Sé que incluso en el peor de los casos, en el caso de que mi tripulación dejara un proyectil en el arma, el nuevo artillero tuvo que amartillar el arma y apretar el gatillo para dispararla. También es posible que quedara algún cinturón de municiones acoplado. Pero entonces, el nuevo artillero debía haberlo amartillado varias veces para que un proyectil entrara en la recámara, lo cual es una grave negligencia.

> Así es como hacíamos esta guerra de guerrillas en los ríos. Creábamos nuevas tácticas sobre la marcha.

Sentí el resentimiento de algunas personas de la Marina desde que llegué a Vietnam. El incidente de Bob Crosby hizo que este resentimiento emergiera a la superficie. Mi tripulación estaba todavía en Da Nang cuando murió Bob. Un miembro de otra lancha corrió hacia Geoff Martin y le gritó que habíamos matado a Bob. Creo que si el oficial al mando de aquella lancha no hubiera sido el hijo del almirante Zumwalt, nadie hubiera hecho aquella acusación.

Almirante. Elmo fue a verme a mi cuartel general en Saigón y pronto me di cuenta de que algo le preocupaba. Cuando estuvimos solos por la noche me habló del incidente de Bob Crosby.

Comprendía el tormento de Elmo, y traté de decirle que si se obsesionaba con ello no sería apto para llevar a cabo sus responsabilidades militares. Creo que escuchó lo que le dije, pero ello no aligeró sus sentimientos sobre la muerte de Bob.

La Marina nombró una comisión para investigar el incidente, como se hace siempre en estos casos. Si había la más leve sospecha de que yo hubiera influido en la decisión final de la comisión, la situación se pondría difícil para los dos. En consecuencia, me mantuve completamente al margen, y Elmo aprobó mi actitud.

Aquella noche hablamos largamente, y a la mañana siguiente Elmo partió para An Thoi. Desde el punto de vista de un jefe, me agradaba tener alguien en los ríos que me dijera exactamente lo que pensaba. Elmo tenía muchas ideas sobre mejoras. Por ejemplo, creía que los barcos patrulleros deberían pintarse de verde y no de gris, para que el enemigo no los descubriera tan fácilmente. Pronto hicimos este cambio.

También efectuamos otros cambios en nuestra táctica de patrulla fluvial para hacerla más efectiva y menos peligrosa para nuestros hombres. En vez de esperar que el enemigo atacara primero, nuestras lanchas empezaron a tomar posiciones en las orillas de los ríos para emboscar al enemigo durante la noche.

Así es como hacíamos esta guerra de guerrillas en los ríos. Creábamos nuevas tácticas sobre la marcha.

Todavía interceptábamos enormes cantidades de armas, sobre todo de origen chino y soviético, procedentes de Camboya. No podíamos llegar a la fuente del suministro, ya que el enemigo se aprovechaba de las reglas de guerra limitada bajo las que operábamos. Cuando nuestras patrullas costeras impidieron que el enemigo pasara armas directamente de Vietnam del Norte a Vietnam del Sur, éste envió barcos mercantes cargados de armas al mar de la China Meridional, barcos que rodeaban Vietnam y descargaban en Sihanoukville, en Camboya. Las armas pasaban la frontera camboyana en camión y luego se distribuían en Vietnam del Sur a bordo de sampanes nocturnos.

> Siempre consideré importante ir en misiones de combate en las distintas embarcaciones de patrullas para así comprender mejor lo que pasaban mis hombres.

No podíamos interceptar los barcos en aguas internacionales, pero nuestras patrullas hacían lo posible por dificultar la distribución de armas por los ríos. Cada vez tuvieron que llevar más armas por rutas en tierra firme, a menudo sobre la espalda, lo que lo hacía mucho más lento y difícil. Pudimos ver los resultados en la pacificación del delta, la única zona de Vietnam donde la Marina interior cumplía un papel principal, a causa de sus muchos cursos de agua.

Los marinos vietnamitas sustituían poco a poco a los marinos de los Estados Unidos en las patrullas fluviales y costeras, y en otoño de 1969 algunas de las lanchas patrulleras estaban tripuladas totalmente por survietnamitas. Por los informes que me llegaban, las lanchas vietnamitas operaban igual que las norteamericanas. Como las nuestras, algunas salían a buscar el enemigo y otras lo esperaban. Según los informes, no había duda de que la lancha de Elmo se encontraba entre las más agresivas.

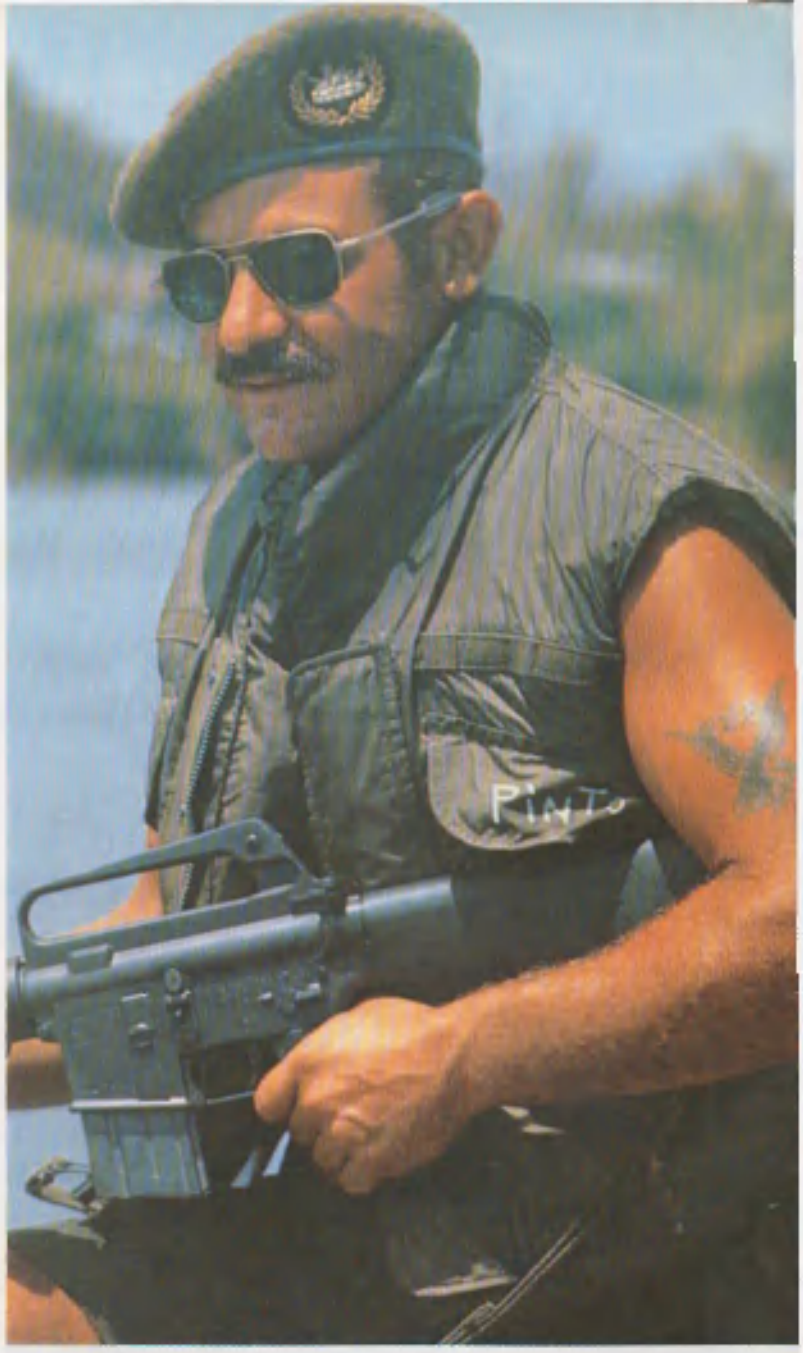
Sin avisar, me dirigí a la parte meridional de Vietnam del Sur para acompañar a una patrulla nocturna. Siempre consideré importante ir en misiones de combate en las distintas embarcaciones de patrullas para así comprender mejor lo que pasaban mis hombres. Antes de partir, el oficial al mando me dijo que no llevara nada blanco ni brillante porque el enemigo podía verlo. Aquella noche nos detuvimos y esperamos varias horas junto a la orilla de un río. Recuerdo haber pensado cuán crispante debía ser para estos hombres hacer aquello noche tras noche. Me di cuenta de lo que Elmo debía soportar, la impresión de que el peligro acechaba por todas partes.

Hacia las dos de la madrugada sentí que me sangraba la nariz e instintivamente saqué mi pañuelo blanco. El oficial de mando casi me agarró.

"No lo haga", dijo.

Inmediatamente me guardé el pañuelo en el bolsillo y pedí excusas, porque él era el responsable de la lancha y actuó como debía. Aunque oímos algunos disparos aquella noche, nosotros no nos vimos involucrados. A la mañana siguiente regresé a Saigón.

Ya en el cuartel general, el general Abrams me mandó llamar. Cuando entré en su despacho miró directamente hacia mí y dijo: "Veo que intenta ser un héroe."



ARRIBA: *Muchas unidades distintas operaban conjuntamente con las tripulaciones de las lanchas; entre ellas se encontraban unidades especiales, como los temidos SEALS.*

Respondí: "No, señor."

"Entonces, ¿por qué sube en aquellas malditas lanchas?", preguntó.

Y yo dije: "Porque es el único modo que tengo de saber lo que tienen que pasar mis hombres."

Vi lágrimas en sus mejillas. Me entregó un informe y dijo: "Mire esto. Otro héroe que también quiere conocer la acción de cerca."

El informe decía que el helicóptero del coronel Donald Starry había sido derribado cerca de la frontera camboyana. Era uno de los favoritos de Abrams.

Abrams me dijo que no fuera más en aquellas lanchas. Insistí que era importante, y acordamos que lo haría menos y que siempre le avisaría de antemano. La historia del coronel Starry tuvo un final feliz, porque luego supimos que sobrevivió al derribo del helicóptero.

A las pocas semanas de iniciar la investigación sobre la muer-

ARRIBA: *Después de un día de dura labor en los ríos, y de sudar de calor y de miedo a una emboscada, era agradable tumbarse en el suelo y olvidarse de las preocupaciones.*

te de Bob Crosby, la comisión de la Marina presentó su informe. Después de hacer muchas preguntas incómodas sobre Elmo y su tripulación y de examinar el incidente a conciencia, la comisión exculpó a Elmo y a sus hombres de toda responsabilidad. El único que nunca ha exculpado a Elmo es Elmo.

Whiting Shuford, artillero de popa: Elmo era un jefe duro que siempre salía con sus reglas para incordiar a todo el mundo. A su espalda le llamábamos "Capitán mocoso III". Elmo tenía buena cabeza, pero era bastante patoso. Una vez se cayó de la lancha mientras navegábamos por un río, y otra tropezó cuando llevaba la caja de bengalas, estas que se encienden con sólo golpearlas con la mano: y todas explosionaron.

Cuando ya me harté de tantas reglas, pedí ser transferido a otra lancha, pero dentro de mí sabía que no lo hubiera aceptado si me lo hubieran concedido. No era tan tonto como para no ver que Elmo era un buen oficial, aunque a veces no aguantaba las cosas que hacía. Una vez, cuando teníamos los nervios a punto de estallar a causa de la tensión constante y de las condiciones de vida de la lancha, él nos dio ánimos. Nos dijo que lo que debíamos soportar era difícil, pero que estábamos todos juntos en ello y que él iba a hacer lo posible para que al final saliéramos todos juntos también. Esto me animó e hizo que los miembros de la tripulación tuviéramos una mejor actitud hacia Elmo.

Esperamos varias horas bajo la protección del camuflaje antes de oír ruidos río arriba.

Elmo tenía la lancha bajo control. Mientras estuvimos en Vietnam nuestras armas nunca se encasquillaron y nuestros motores nunca fallaron. Ni una vez. Siempre estaba sobre nosotros en estas cosas. Pero es también la persona con más agallas que conozco, exceptuando a mi padre.

Geoff Martin, artillero de cofa: Cuando llegamos a Vietnam, Elmo nos dijo que si nos metíamos en problemas nos pagaría la fianza. Pero sólo una vez. Al cabo de una semana, cuando iba por la ciudad con otro compañero, pasamos delante de un burdel y vimos a una chica en la puerta anunciando su producto. Así que entramos. A unos 50 metros de distancia había un cuartel de la policía militar. Estos policías nos debieron de ver entrar en el burdel y esto, naturalmente, está prohibido No habíamos hecho nada todavía cuando estos tipos llegaron a la carga. Me esposaron y me llevaron al cuartel. Lo primero que Elmo dijo al verme fue: "No puedo creer que os hayáis metido en problemas tan pronto, pequeños folladores", y añadió que habíamos agotado nuestra oportunidad. Desde entonces nos llamamos "pequeños folladores" a nosotros mismos.

Yo ya había pasado un año en los ríos de Vietnam, y por ello decidí cuidar de Elmo por un tiempo. Pero pronto aprendió y no tardé mucho en darme cuenta de que se tomaba muy en serio su misión. Podía ser un hijo de perra duro y rígido, y a veces, cuando estaba cabreado con él, sentía ganas de dispararle, pero todos veíamos que era un buen oficial. Nos llevaba por ríos y canales que las otras patrullas no osaban recorrer. Y cuando conseguía localizar un refugio del Vietcong, siempre quería destruirlo.

Envidiábamos a algunas otras lanchas porque parecían ir de paseo, comparadas con la nuestra Pasamos muchos momentos de miedo y sé que Elmo estaba tan asustado como los demás, pero nunca lo demostró.

Billy Nairmorne, piloto: Elmo nos mantenía siempre alerta, y su aguante era irreal. Nunca dormía mucho. En mi opinión, era un magnífico oficial Si él no estaba de acuerdo con nosotros en algo, siempre seguía su propio criterio, y el 90 por ciento de las veces tenía razón

Elmo: El canal no era mucho más ancho que la lancha, y era tan poco profundo que las hélices removían el fango. Al atardecer, subimos a la orilla y nos metimos entre el follaje de la

jungla. Cortamos ramas con los machetes y las tendimos sobre la lancha para camuflarla. Luego esperamos en silencio.

Estábamos a unos cien metros en el interior de Camboya Sabía que por haber cruzado la frontera violaba órdenes directas. Pero desobedecí las órdenes porque sabía que el Vietcong y los norvietnamitas se infiltraban por este río, aunque los servicios de inteligencia de la Marina lo negaran. Pensé que ésta era la manera de mostrar que estaba en lo cierto, con órdenes o sin ellas.

Sabía que otras lanchas de los Estados Unidos se habían introducido otras veces en Camboya: yo no era el primero Era un buen lugar para tender una emboscada, porque el enemigo no nos esperaba allí.

A los pocos minutos, cayó la noche y nos rodeó una oscuridad total. Dos estaban de guardia y los otros tres trataban de dormir. Siempre era difícil dormir, por el calor y la impresión constante de peligro.

Estábamos cerca de Ha Tien, un pueblo en el punto más meridional de la frontera de Vietnam del Sur y Camboya. El Vietcong estaba profundamente infiltrado en esta área y, dada la naturaleza de la guerra, a menudo no sabíamos quién nos miraba con simpatía y quién esperaba la noche para intentar asesinarnos.

De todos los lugares que conozco de Vietnam, la zona de Ha Tien es la más primitiva. Además del peligro constante a que está sometida, tiene que soportar condiciones de miseria. Durante las patrullas, nos alimentábamos de nuestras raciones enlatadas y de lo que podíamos comprar en los distintos pueblos vietnamitas. Estábamos en una zona tan meridional, que no se había establecido todavía ninguna base de lanchas rápidas. Productos como papel higiénico o jabón eran difíciles de encontrar. Sufríamos de disentería la mayor parte del tiempo. Una vez nos tuvieron que inyectar fluidos intravenosos porque estábamos muy deshidratados. Casi constantemente sufríamos náuseas y diarrea. Estábamos en una parte del país inmensamente cálida y húmeda e infectada con ejércitos de mosquitos Llevábamos latas enormes de repelente de insectos y nos frotábamos con él como si fuera loción de afeitar, pero estos malditos mosquitos nos rodeaban como abejas en un panal.

A veces, al atracar, las ratas se metían en la lancha como si les perteneciera La mayor parte del tiempo estábamos empapados de sudor. De noche, la temperatura era de unos 25 °C y con mucha humedad. Las temperaturas diurnas llegaban a los 43 °C. Uno no podía soportar su propio olor. El único modo de lavarse era echándose al río, pero los ríos estaban tan sucios como nosotros.

Aquella noche camboyana esperamos varios horas bajo la protección del camuflaje antes de oír ruidos río arriba que se acercaban a nosotros. Primero oímos el ruido de sus embarcaciones en el agua, luego oímos voces. Nosotros estábamos en completo silencio y prestos a actuar.

Teníamos una señal. Nadie dispararía hasta que yo lo hiciera con mi M16. Cuando vimos las embarcaciones, nos dimos cuenta de que se trataba de un convoy de sampanes. Se acercaron a unos 7 u 8 metros de nosotros y antes de que pudieran vernos, abrí fuego. Geoff y Whiting dispararon las ametralladoras. Mi intención era que si nos disparaban una vez, nosotros dispararíamos 10 000, por lo que había sacrificado la velocidad de la lancha cargándola con mucha munición. No la acabamos.

Geoff y Whiting descargaron cientos de balas sobre aquellos sampones. Parecía un infierno. Al principio, recibimos algunos disparos, pero luego su fuego cesó. Ordené el alto el fuego y salté al canal. Empecé a vadear hacia los sampones. El agua me llegaba al cuello. Harvey Miller saltó de la lancha y vadió también. Cuando llegamos a sus embarcaciones, las encontramos cargadas de armas y de suministros médicos procedentes de Suecia. No había duda de que habíamos encontrado un convoy del Vietcong. Cuando abrimos fuego contra ellos, tuvieron la suficiente presencia de ánimo para hundir algunos sampones y ocultarnos las armas. Inmediatamente empezamos a descargar sus armas de todo tipo. Iba a enseñarles a los servicios de inteligencia de la Marina que el Vietcong mandaba armas y suministros por este canal.

Geoff roció la ribera, destrozando árboles y arbustos y todo cuanto había allí.

Mientras recogíamos las armas. oí ruidos en la orilla del río y ordené a Geoff Martin que disparara Geoff gritó diciendo que yo estaba demasiado cerca de su línea de tiro. Le dije que me sumergería bajo el agua para que disparara sobre mi cabeza Me sumergí y empezó a disparar. Cuando pienso en lo que hice, todo el episodio me parece increíble. Ordené a mi artillero que disparara su ametralladora del calibre 50 cerca de mí. Una sola bala del calibre .50 que es gruesa como un dedo pulgar y mide más de 8 cm de longitud, me hubiera destrozado la cabeza.

Geoff roció toda la ribera, destrozando árboles y arbustos y todo cuanto había allí. Los ruidos cesaron y volvimos a cargar armas como pudimos. Un momento noté que estaba de pie sobre algo raro. Pedí una linterna sumergible y cuando miré en el agua vi que se trataba de un vietcong muerto. Una vez cargadas las armas, nos fuimos a toda prisa.

Geoff Martin: Llené un impreso de encomio y lo mandé al cuartel general Pensaba que lo que Elmo hizo iba más allá de su deber. La mayor parte de oficiales hubiera mandado a otra persona a vadear hasta los sampanes, porque no sabíamos qué contenían. Podía haber habido un vietcong vivo esperando disparar al primer tipo que viera, y este hubiera sido Elmo. Nunca nos pidió que nos arriesgáramos más que él.

Elmo. Casi toda la guerra tenía lugar en pueblos donde vivía gente o cerca de ellos, por lo que no podíamos disparar a cualquier cosa que nos pareciera sospechosa Sé que al principio cometí errores. Ordené disparar cuando, en retrospectiva, sé que no debía. No es que fuera imprudente, sólo reaccionaba ante una situación peligrosa La decisión de abrir fuego es a menudo traicionera. Si no doy la orden de disparar, me arriesgo a que nos ataquen Si la doy, me arriesgo a disparar contra civiles.

Una noche, cuando esperábamos en la orilla de un río, vimos acercarse un sampán. Oímos gente hablando. Whiting, que tenía la embarcación en su punto de mira, amartilló el arma No se supone que los civiles vayan por los ríos durante la noche, pero por alguna razón no disparamos. Tadavía no sé bien por qué. Cuando el sampán pasó ante nosotros, descubrimos una mujer con un niño y un bebé. Los subimos a la lancha y los tuvimos allí toda la noche, porque temía que dijera al Vietcong dónde nos encontrábamos.

La única vez que estuve absolutamente seguro de que o ellos acaban con nosotros o nosotros con ellos fue un día que patrullábamos al sur de Da Nang. Nadie se había atrevido a aventurarse en aquel río a causa de sus mareas traicioneras. Las lanchas podían entrar o salir del río sólo una hora al día. El resto de tiempo era imposible pasar, por la poca profundidad del agua. Nuestra lancha compañera decidió no acompañarnos.

Un tripulante de una lancha rápida fue alcanzado por un cohete, y lo único que quedó de él fue una pierna.

Las orillas eran tan altas que sólo nuestra ametralladora de calibre .50 se levantaba sobre ellas. La ribera también amortiguaba el ruido del motor. Yo estaba de pie mirando al frente con un par de binoculares cuando descubrí una docena de soldados de pie debajo del árbol. Parecían pertenecer al ejército de Vietnam del Norte y estaban escuchando a su jefe. que nos daba la espalda. Nos acercamos más, pero no nos vieron todavía. Debía tomar una decisión rápida. No podía estar completamente seguro de que no eran tropas surcoreanas, pero sabía que si llamaba a la base para cerciorarme, podían disparar contra nosotros y acribillarnos antes de saber el resultado.

Nos acercamos más. Nunca sabré por qué no lograron vernos. A 30 metros de distancia tomé la decisión de disparar. Acabamos con todos y huímos a toda marcha. Pero más tarde retuve el aliento mientras me informaba en la base. Con un respiro, supe que no eran soldados surcoreanos ni survietnamitas. He aquí el tipo de decisiones que uno tenía que tomar en aquella guerra

Tanta muerte nos hacía insensibles Operábamos en un plano animal· matar o morir. Uno de los SEALS de la Marina me habló del cuerpo desmembrado de uno de los nuestros, una advertencia del enemigo de los que nos esperaba. Había cientos de señales en las márgenes del los ríos que decían: "Moriréis.". Un tripulante de una lancha rápida fue alcanzado por un cohete, y lo único que quedó de él fue una pierna. Shelton White, un compañero de clase de Carolina del Sur. era también oficial de una lancha rápida. Un día fue atrapado en una emboscada. Uno de los suyos fue decapitado, y Shelton quedó cubierto de metralla. Mi propia lancha recibió muchos disparos de francotiradores que la agujerearon varias veces. La muerte nos rodeaba cada día.

Pero nada podía haber amortiguado el impacto de la noticia que recibimos sobre otro oficial. Mi amigo Ken Norton había muerto en un combate cerca de Da Nang. Fue alcanzado en el pecho. Era el único miembro de la tripulación que sufrió daños. Tenía 25 años.

Sólo dos personas me hablaron en Vietnam de una premonición de muerte, y en los dos casos se cumplió.

Almirante: Cuando uno desobedece las órdenes como lo hizo Elmo al aventurarse en Camboya, pero su misión es un éxito, no está claro si hay que concederle una medalla o llevarle ante un consejo de guerra. Técnicamente, esta infracción no debía ser pasada por alto, pero sabíamos perfectamente que lanchas y aviones la cometían a menudo. Nadie pensó seriamente en un consejo de guerra, y yo, personalmente, no estaba en absoluto molesto con Elmo

Más tarde, cuando recibí la petición de encomio de Geoff Martin y me enteré de los detalles de la emboscada, no me sorprendí de lo que Elmo había hecho. Con ello sólo demostraba su valor y su falta de egoísmo, cualidades que tenía desde muy pequeño y de las que siempre me he sentido orgulloso.

En otra situación. yo hubiera decidido qué condecoración otorgarle, pero no podía hacerlo en aquel caso. Así, pues, pasé el informe al comandante de la flota. Le concedieron la Estrella de Bronce por su valentía. Creo que fue una de aquellas ocasiones en que ser hijo mío perjudicó a Elmo En mi opinión, se merecía la Estrella de Plata, pero creo que el comandante pensó que esto se hubiera interpretado como favoritismo.

A diferencia de algunos oficiales, yo sabía que Elmo no había intentado ganar una medalla para fomentar su carrera. Ni siquiera sabía cómo se concedían las medallas hasta que Geoff Martin hizo la petición. Cuando Elmo supo que se le había concedido la Estrella de Bronce, pensó que era injusto que su tripulación no recibiera ningún reconocimiento. Pensaba que todos estaban expuestos a los mismos peligros, por lo que solicitó oficialmente que a todos se les concedieran estrellas de bronce.

Debido en gran parte a esta emboscada, cambiamos de táctica y ordené que nuestras lanchas se metieran en los riachuelos y pequeños canales.

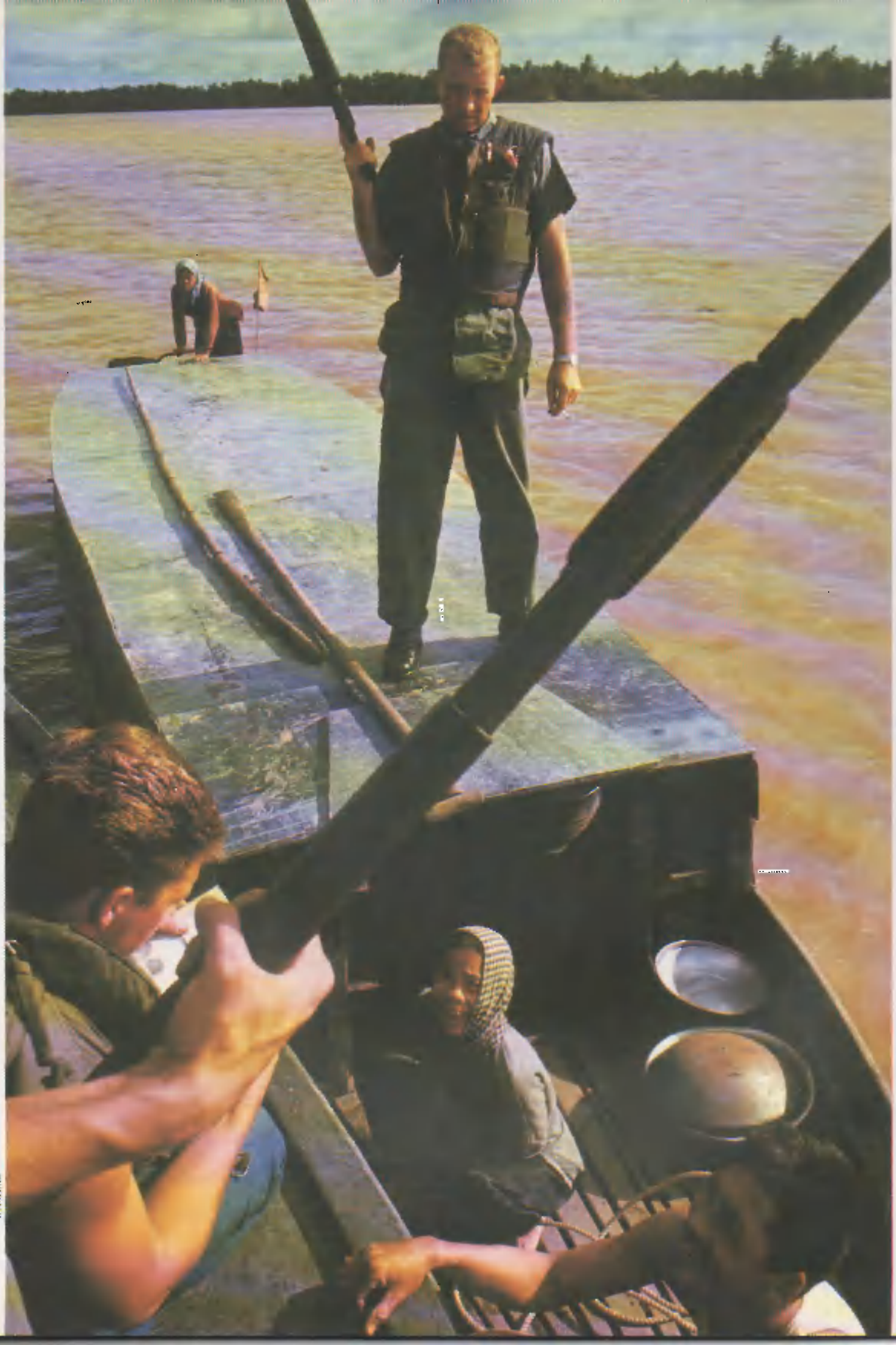
Elmo había demostrado tener razón, en contra de nuestro servicio de inteligencia. El enemigo usaba aquel canal para introducir en el país cantidades importantes de armas, y Elmo había interceptado un gran cargamento de ellas. Se lo comuniqué al servicio de inteligencia naval en nuestra reunión cotidiana. Fue un momento muy bochornoso para ellos. Debido en gran parte a esta emboscada, cambiamos de táctica y ordené que nuestras lanchas se metieran en los riachuelos y pequeños canales.

Yo había decidido pasar las Navidades de 1969 en Filipinas, en compañía de Mouza y las niñas. Elmo pidió permiso y partimos los dos. Era la primera vez que Elmo se ausentaba varios días de la zona de combate desde que en agosto llegó a Vietnam. Había sido ascendido a teniente junior, y se había ganado sus galones. En el viaje de ida le dije que necesitaba un oficial de bandera en Saigón y que me gustaría que él ocupara el puesto Dije que ya no debía demostrar nada más en el combate Había ganado una estrella de bronce y el respeto de su tripulación y de otros oficiales de lancha rápida. Le dije que tendría una buena perspetiva de la guerra desde el cuartel general.

Le expliqué que los hijos de muchos generales y almirantes servían junto a su padre. Le convencí de que su trabajo no sería una prebenda. Le dije que trabajaría de verdad y que casi cada día podría ir en helicóptero a los lugares de combate, de modo que tendrían bastantes ocasiones de aventura. Elmo dijo que la oferta era tentadora y que lo pensaría.

Nos reunimos con Mouza, Ann y Mouzetta, que vivían en Clark, y con Jimmy, que acababa de llegar de Carolina del Nor-

DERECHA. *La hora del registro. Eran momentos siempre tensos y saturados de adrenalina. Estas personas podían ser inocentes pescadores, o tal vez miembros del Vietcong.*



ARRIBA: *La falta de protección adecuada para el arma de proa fomentaba la improvisación de los artilleros. Este deposita su confianza en unos sacos de arena*

te, de modo que por primera vez desde hacía un año toda la familia estuvo reunida. Kathy Counselman, la novia de Elmo, también se había trasladado a las Filipinas, y fue una compañía deliciosa. Elmo y ella no se habían visto en cinco meses.

Kathy, Mouza y yo intentamos persuadir a Elmo durante dos días de que fuera mi ayudante, y al final aceptó. Nos alegramos mucho. Sabía también que con Elmo a mi lado, tendría un oficial trabajador e independiente que me diría exactamente lo que pensaba.

Pasamos unas Navidades maravillosas. Kathy y Elmo pasaron muchas horas juntos. Sabía que Elmo quería mucho a Kathy, y era obvio que ella le quería también. Yo pensaba que sería una buena esposa.

La noche antes de nuestra partida, hicimos una gran cena familiar. Todo marchaba deliciosamente hasta que Elmo nos sorprendió diciendo que había cambiado de opinión. No iría conmigo a Saigón.

"Papá —dijo—, he pensado mucho sobre esto, y por más que me guste estar contigo, no puedo abandonar a mi tripulación."

Nos explicó que pensaba realmente que formaban un grupo muy especial, y que ahora estaban unidos como hermanos de sangre. Dijo que sería injusto abandonarlos con un nuevo oficial sin experiencia. Le pregunté si su decisión era firme, y asintió. Conocía lo bastante a Elmo para saber que cuando tomaba una decisión, ésta era firme. La acepté a regañadientes

Cuando llegamos a Vietnam, Elmo se dirigió al *Sea Flotat*. Más que otras veces, yo tenía la impresión de que Elmo apuraba demasiado su suerte.

Kathy Counselman Zumwalt: Durante aquellos días hablamos de matrimonio, pero Elmo no me pidió que me casara con él. Cuando regresé a la Universidad recibí una llamada de Elmo desde Vietnam y entonces me lo propuso. Supongo que quería pensarlo un poco más. Yo no tenía ninguna duda y acepté la propuesta, en el teléfono de mi dormitorio. Estaba segura de que papá daría su conformidad. Y si papá me pidiera que esperase, lo haría de buen grado, porque Elmo era alguien por quien valía la pena esperar.

Elmo: El helicóptero se balanceaba en nuestro viaje desde Saigón hacia el sur, sobrevolando primero la densa jungla cruzada por centenares de ríos y riachuelos y luego el gran río Cua Long. Desde lejos, como una balsa grande y enorme, se divisaba el *Sea Float*. En él estaban estacionados 200 hombres: personal de logística, equipos de guerra psicológica, unidades vietnamitas y otros elementos vitales en la guerra de guerrillas. Al acercarnos pude ver los helicópteros artillados en la cubierta y las lanchas rápidas atracadas en el muelle.

Al bajar del helicóptero vi el cadáver de un suboficial de la Marina tumbado en el suelo. Había sido decapitado en un cruento combate y lo estaban reparando para enviarlo a casa. Me pregunté dónde volvía a meterme. Había perdido la ocasión de evitar volver a estos ríos. Me daba cuenta de que el enemigo rodeaba el área en torno al *Sea Float*, y ello me incomodaba aún más. Me preguntaba si no estaba abusando de mi suerte. Había participado en muchos combates y me habían disparado muchas veces. Una bala pasó una vez a unos pocos centímetros de mi cabeza.

Los árboles no tenían hojas, la espesura de la jungla se reducía a tallos y ramitas, y la tierra no tenía hierba.

En el *Sea Float* había advertencias casi diarias del peligro de la guerra. Llegaban lanchas con tripulantes muertos o heridos en una emboscada. Los SEALS penetraban en la jungla y a veces no regresaban. El deso de aventura y de ponerme a prueba que me llevó a Vietnam ya había desaparecido. Ahora sólo quería salir con vida y casarme con Kathy. También recuerdo que me decía a mí mismo que si salía de ésta sabría apreciar mejor la vida.

También me sorprendió la defoliación. Parecía que un enor-

me círculo pelado hubiera emergido de la jungla junto al río, que un incendio gigantesco la hubiera devorado. Ya había visto la defoliación producida por el agente naranja en la zona de Da Nang, en casi cada lugar que patrullábamos, pero esta defoliación era mucho más extensa. La vi por todas partes. Los árboles no tenían hojas. la espesura de la jungla se reducía a tallos y ramitas, y la tierra no tenía hierba.

Al caer la noche navegamos lentamente río arriba. Estaba tenso, y los demás también.

A menudo caminé por estas áreas defoliadas y vadeé y me bañé en ríos y canales a los que había llegado el agente naranja. Ataba un cabo en el *Sea Float* y me zambullía en el río Cua Lon, porque la corriente era tan rápida que me lavaba del todo con sólo permanecer en el agua. Comíamos frutas y verduras que comprábamos a los vietnamitas y que sospecho que estaban impregnados de agente naranja.

Recuerdo que cuando estaba estacionado en el área del *Sea Float* tuve un sarpullido. Creía que se debía al exceso de sol, pero más tarde supe que éste es un efecto del contacto prolongado con el agente naranja. Pero entonces daba las gracias a la defoliación. Significaba que el enemigo no podía atacar la plataforma sin exponerse sobremanera.

A pesar de mi recelo a volver a los ríos, me sentí feliz de reunirme de nuevo con mi tripulación. Sabía que nunca los iba a abandonar. Alicia, la esposa de Billy Nairmore, había dado a luz a una niña, Tara. Esto nos hizo sentir más aún a todos que debíamos mantenernos juntos y sobrevivir.

Los cinco nos sentíamos mejor juntos que al principio. Bromeábamos con facilidad Una vez les dije que nunca tendríamos una relación tan íntima como la que entonces teníamos, ni siquiera con nuestra esposa. Estábamos siempre juntos. A veces patrullábamos cuatro días seguidos en nuestra lancha de 17 metros, en condiciones de fatiga y cansancio, de odio y frustación. Conocíamos las firmezas y debilidades de cada uno y yo sentía el mayor respeto por cada uno de mis hombres.

Al caer la noche recibíamos informes en el *Sea Float* del oficial de operaciones, el teniente Dave Halperin. Dave era un oficial muy elocuente y capaz, y pronto nos hicimos amigos. Además de su inteligencia, Dave tenía un fácil sentido del humor que aligeraba las tensiones En el *Sea Float* todos estábamos fatigados y ansiosos.

El río Dam Doi fluía cerca del *Sea Float*, y era famoso por las emboscadas sangrientas contra nuestras lanchas. En él patrullaban soldados norvietnamitas, que eran mucho más duros que los vietcong

Las operaciones del Vietcong tenían un aire de familia. A menudo se ocultaban tras un árbol o en un refugio de barro a la orilla del río, hacían un par de disparos y se largaban Esto crispaba los nervios, porque no había modo de saber de dónde procedían los disparos Muchas veces empezaban a disparar cerca de una población amiga, y nosotros no podíamos responder con gran potencia de fuego. También ponían minas en los ríos que explosionaban y esparcían metralla. Algunas veces usaban minas detonadas por control remoto capaces de hacer saltar una lancha fuera del agua. Los vietcong eran indudablemente peligrosos, pero, según mi experiencia. los soldados norvietnamitas preferían luchar cara a cara y cuando ponían minas. lo hacían a conciencia Y esto es lo que hacían entonces en Dam Doi. minar el río y destrozar nuestras lanchas.

En uno de los informes nocturnos en el *Sea Float* se decidió que mi lancha y otra, mandada por el teniente John O'Neill. patrullarían el río Dam Doi.

Al caer la noche navegamos lentamente río arriba. La anchura del río era allí de unos 70 metros Estaba tenso, y los demás también. Guardábamos silencio mientras nos acercábamos a uno de los lugares donde el día anterior hubo una terrible emboscada. John O'Neill miraba con los binoculares y de pronto detuvo la lancha en seco. A unos 200 metros de la orilla vio lo que parecía ser una hoguera y algunos soldados norvietnamitas en derredor. No sabíamos si se trataba de una trampa o si no nos esperaban en absoluto a estas horas de la noche. Yo estaba harto y resentido por lo que habían hecho a nuestras lanchas y quería correr el riesgo de atacarles y disparar contra ellos todo cuanto llevábamos, para que probaran el mismo pastel que nos habían dado. Creía que podíamos sorprenderlos

No había tiempo para tener miedo, aunque oyera rebotar las balas a mi lado. El miedo aparecía cuando cesaba el fuego.

John. que era más antiguo que yo, estaba de acuerdo. Geoff y Whiting dirigieron sus ametralladoras a aquella parte del río. Harvey apuntó su M-60 en la misma dirección, y yo no dejé en paz mi M-16 cuando las dos lanchas empezaron a disparar. Un proyectil de una ametralladora de calibre .50 tiene un alcance eficaz de un kilómetro y medio, de modo que estábamos lo bastante cerca para hacer mucho daño. No sé cuánta munición gastamos, pero fue mucha. Los casquillos saltaban frenéticamente.

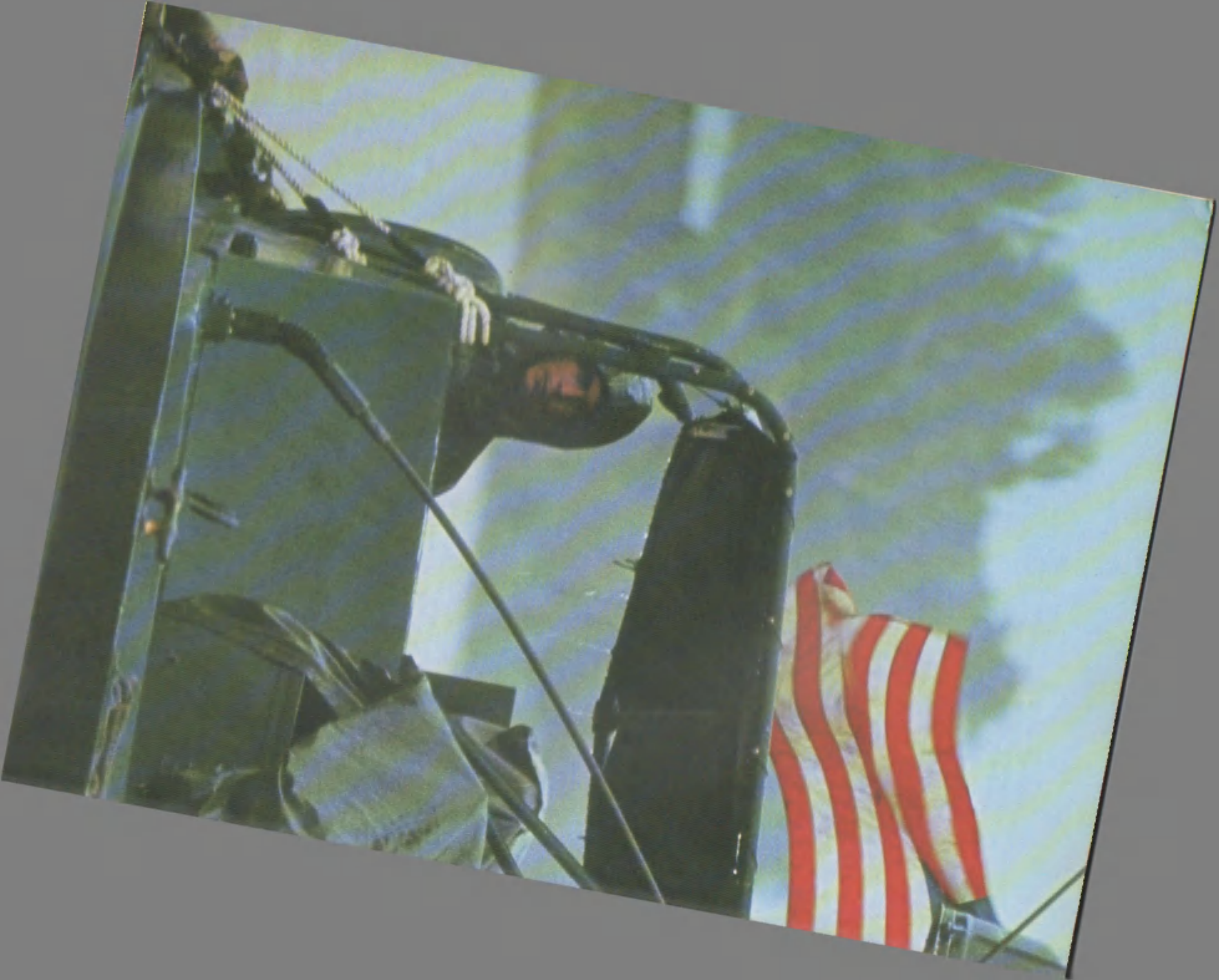
Cuando sobrepasamos su posición, Billy Nairmore, un piloto excelente, dio media vuelta a la lancha y pasamos de nuevo por su lado disparando sin cesar. Confiaba en que no hubieran dispuesto una mina u otra cosa contra nosotros. Pero no recibimos ni un solo disparo de su parte y pudimos regresar sanos y salvos.

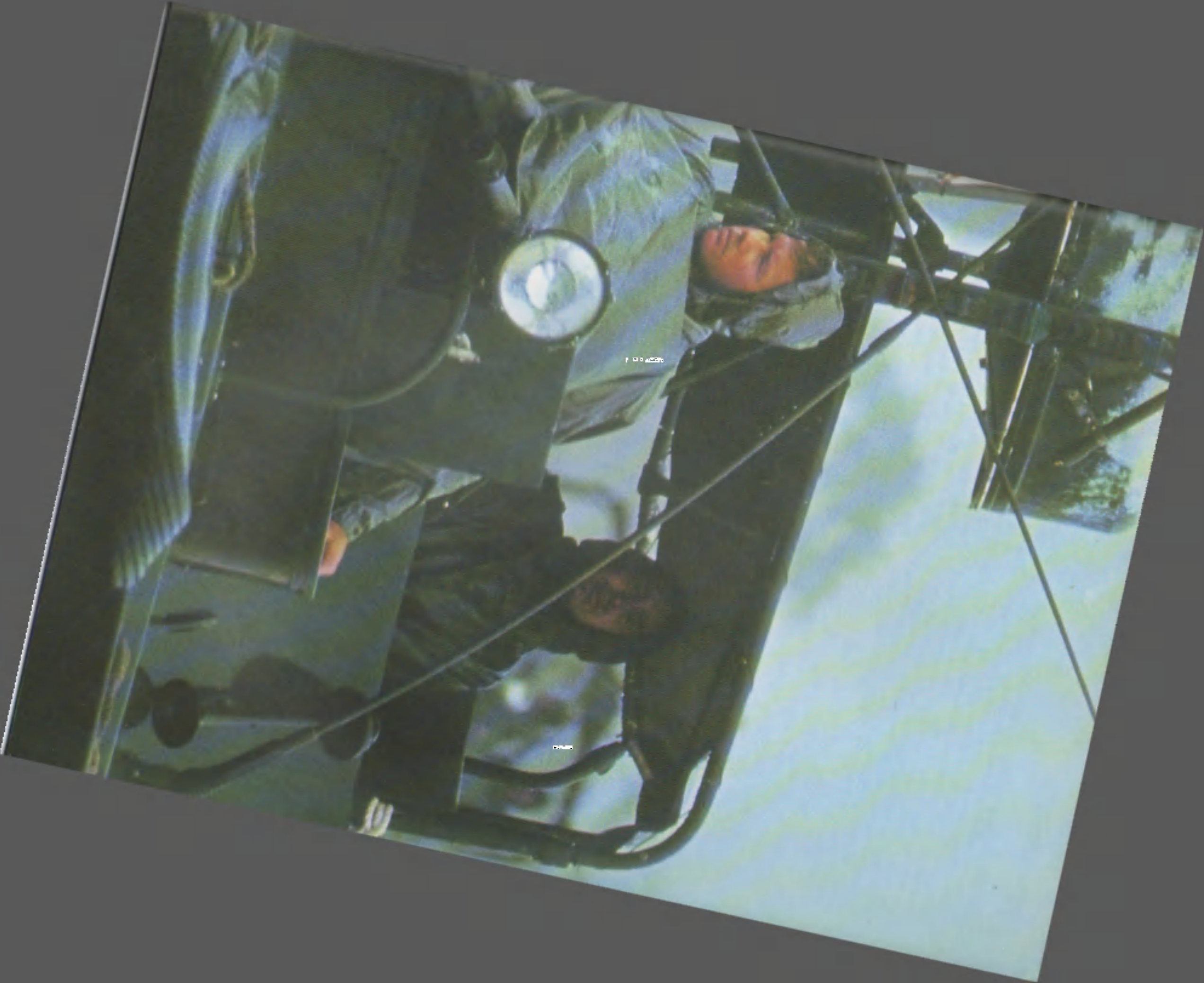
En una situación como ésta, la adrenalina se hacía tan abundante que nunca sentía miedo Me concentraba tanto en mantenerme vivo y en mantener viva a mi tripulación, que no había tiempo para tener miedo, aunque oyera rebotar las balas a mi lado. El miedo aparecía cuando cesaba el fuego.

Después de esta expedición, John O'Neill dijo que era la primera vez en Vietnam que estuvo seguro de que iba a morir. Tenía la plena certeza de que los norvietnamitas iban a abrir fuego contra nosotros y alcanzarnos a todos. Yo no pensaba así. tal vez porque. como le dije a John. tengo poca imaginación. Creo que les atacamos tan contundentemente y con tanta rapidez que se fueron lo antes posible. Con esto. el río Dam Doi no se convirtió en un remanso de paz, pero la frecuencia y la ferocidad de las emboscadas pareció decrecer.

Normalmente "insertábamos" SEALS en la Marina o tropas survietnamitas en distintas zonas próximas al *Sea Float*. Los SEALS constituían un grupo independiente. Por lo general, eran solitarios y extremadamente duros. Se introducían en áreas enemigas para plantar minas o tender trampas, o para entablar contacto con simpatizantes.

Una vez llevábamos a unos 75 soldados survietnamitas a un





lugar cercano a la frontera de Camboya. Yo sentía respeto por las capacidades de tiro de los soldados de Vietnam del Sur. Creo que adquirieron mala reputación durante la guerra, y quizá con razón. Pero la mayoría de los soldados del Ejército survietnamita que he conocido eran tiradores bien entrenados.

Ahora bien, los soldados que íbamos a insertar tenían fama de robar a los norteamericanos. Cuando íbamos río arriba, oí reír a los survietnamitas. Casi al mismo tiempo, vi a Harvey Miller terriblemente enojado. No encontraba su cuchillo favorito, y sabía que uno de los soldados se lo había robado. Le dije que olvidara el asunto, que no valía la pena alterarse por ello, y lo dejó correr.

Íbamos a toda velocidad cuando, de pronto, una mina explosionó cerca de la proa de la lancha. En el mismo instante, otra mina explosionó cerca de la popa.

A la noche siguiente fuimos a recoger a estos mismos soldados. De pronto, se originó una gran conmoción. Su comandante me dijo que a uno de sus hombres le faltaba su M-16. Pregunté a Harvey si sabía algo al respecto y me dijo que no. Al fin, todos se calmaron, pero a la mañana siguiente, cuando navegábamos por el río, oí los sonidos inconfundibles de fusiles que se cargan y amartillan. Volví los ojos y vi a Harvey, con los brazos en alto, rodeado por los survietnamitas y apuntado por varias armas. Pregunté qué ocurría, y el comandante survietnamita me dijo que después de pensarlo durante la noche llegó a la conclusión de que Harvey había robado el fusil.

Llamé por radio a la otra lancha y le dije que navegara a mi lado y que dirigiera sus ametralladoras contra nosotros. Esto convenció a los survietnamitas de que debían guardar sus armas. Luego ordené a Harvey que devolviera el M-16. Así lo hizo, y con ello se acabó el incidente. Pero Harvey nunca recobró su cuchillo. Creo que este episodio refleja la tensión y la sospecha que todos sentimos en aquella guerra.

En abril de 1970, el capitán Charles F. Rauch, uno de los analistas que mi padre llevó a Vietnam, me encomendó hacer un estudio de la efectividad y eficiencia globales de las operaciones de patrullaje fluvial. Por entonces yo había estado ya nueve meses en los ríos y este trabajo me iba a separar de la zona de combate. Reconocía la necesidad de un estudio como aquel y creía que podía contribuir adecuadamente.

Mi período de servicio en las lanchas era, en teoría, de un año, pero en la práctica ningún oficial estaba todo el año en la zona de combate. Si uno se veía envuelto en un grave incidente con víctimas, normalmente dejaba las lanchas y se le asignaba un puesto administrativo.

Esto es lo que ocurrió con Jeff Jones, el tercer oficial de lanchas rápidas que recibió instrucción en San Diego con Ken Norton y conmigo. La lancha de Jeff fue atacada duramente al poco tiempo de llegar a Vietnam. Tras un incidente como aquel, suele perderse la efectividad. Recuerdo especialmente a un oficial que perdió a un miembro de su tripulación en un combate: temblaba visiblemente cuando navegaba por los ríos.

Sentía lealtad para con mis hombres, y dije al capitán Rauch y a mi padre que sólo dejaría mi lancha si mi tripulación se iba conmigo. Papá acordó trasladar a Whiting y a Billy a Saigón para servir como policías militares encargados de su custodia; en cuanto a Geoff y a Harvey, a ambos les esperaba un permiso.

Una vez solucionado todo esto, acepté la oferta del capitán Rauch con una importante condición: no quería ser el director del estudio. Pensé que sería poco práctico a causa de mi nombre. Debería hablar con oficiales de todo Vietnam, algunos de ellos de mayor graduación que yo. Sabía por experiencia que muchos de ellos estaban incómodos conmigo. Algunos trataron de buscar favores.

Por estas razones, dije al capitán Rauch que pensaba que el estudio debía dirigirlo otro oficial. Me pidió que le recomendara alguno y yo pensé inmediatamente en Dave Halperin. Además de que Dave me agradaba, pensé que formaríamos una buena combinación. Yo tenía la experiencia de los ríos, y él tenía una mayor perspectiva operacional, además de una mente analítica de primera clase. Se iniciación los preparativos de nuestro estudio.

US NAVY

Me quedaban todavía algunas patrullas por hacer antes de dejar la lancha, y cuanto menos días me faltaban más preocupado estaba Cuando salí en mi última patrulla, tenía más miedo del que había sentido en cualquier otra misión, más incluso que en mi primera patrulla. Había oído tantas historia de hombres que morían en su última patrulla, que no podía dejar de considerar la ironía de morir en mi salida final Hasta aquel momento no habíamos tenido víctimas de ningún tipo.

Mi última patrulla tuvo lugar durante el día en la zona de Ha Tien. Al meternos en el río más estrecho, la otra lancha tropezó con un cable que hizo explotar una mina. Oí la explosión e inmediatamente di la vuelta y me dirigí hacia ella. Al llegar a su lado, pude ver que el daño afectó sólo a la lancha y además superficialmente.

En aquel mismo momento, vi un sampán con una sola persona a bordo que salía de un pequeño riachuelo. Quería saber qué hacía aquel sampán allí Ordené alcanzarlo a toda marcha. Billy dio media vuelta con la lancha y partimos.

Íbamos a toda velocidad cuando, de pronto, una mina explosionó cerca de la proa de la lancha. En el mismo instante, otra mina explosionó cerca de la popa. Nuestra lancha se inclinó 45 grados sobre un costado, con los motores aún a toda marcha. Todos nosotros caímos al suelo.

Yo estaba junto a la ametralladora delantera con Geoff Martin. Sentí que me deslizaba fuera de la lancha y me agarré a los costados. Estaba seguro de que la lancha iba a volcar. Esperaba que por lo menos pudiéramos salir del agua sanos y salvos.

PÁGINAS ANTERIORES: *Un PBR patrulla bajo la lluvia.* ABAJO: *Un monitor, el acorazado de las fuerzas fluviales. Entre su impresionante armamento se encontraba un cañón de 40 mm en la proa.*

ARRIBA: *La tripulación del PCF 35 en 1969. De izquierda a derecha: Al Lund, Elmo, Geoff Martin, Harvey Miller, Dave Collins, Whiting Shuford y Billy Nairmore. Lund y Collins eran pilotos de helicóptero.*

Pero entonces la lancha empezó a enderezarse y me di cuenta de que no íbamos a volcar. Un enorme surtidor de agua se elevó unas decenas de metros por el aire y nos cubrió. Cuando cayó con estrépito sobre nosotros, volvimos a desplomarnos en el suelo. Mi mente volaba. Sabía que a veces el Vietcong atacaba a las lanchas patrulleras con minas para desorientar a la tripulación y luego disparaba desde la costa con armas automáticas. Grité a Geoff y a Whiting que abrieran fuego.

"¿Contra qué?", chilló Geoff.

"¡Qué se yo! Sólo rastrilla toda la ribera", respondí.

Geoff y Whiting empezaron a disparar. Solicité helicópteros y cohetes. Mi compañero llegó en mi ayuda y a los pocos minutos todo estaba en calma. No hubo emboscada. El oficial de la otra lancha dijo que vio desaparecer nuestra embarcación en un géiser de agua y pensó que ninguno de nosotros iba a sobrevivir. Pero antes de que el agua desapareciera oyó el fragor de nuestras ametralladoras.

Las hélices y el timón sufrieron daños. Pudimos regresar a la base, pero la lancha no estaba en condiciones de patrullar. Antes de irnos, orillamos la lancha en la costa, donde Geoff Martin encontró un cable enterrado en la arena. Llegaba hasta el río y procedía de la jungla, por lo que concluimos que había sido usado para detonar las minas. Geoff siguió el cable hasta su origen, unos cien metros por entre la espesura. Partía de un lugar próximo a un árbol donde alguien había estado esperando. Geoff miró al suelo y descubrió dos palos clavados en él. Eran las miras de la mina. Cuando nuestra lancha pasó entre aquellos dos palos, fue como un blanco en la cruz de una mira telescópica. Entonces tiraron del cable y las minas explosionaron.

El Vietcong nos había tendido una trampa perfecta, como era típico de su ingenio. Comprendían lo bastante la psicología humana como para lograr que nosotros mismos nos metiéramos en sus trampas. Una de sus tácticas consistía en poner una mina en el río. Podíamos chocar con ella cuando íbamos a poca velocidad, y en tal caso nuestro impulso era huir del lugar a toda marcha. Pero un poco más arriba había varias minas más, y chocaríamos contra ellas a tanta velocidad que la explosión destruiría lancha y tripulantes.

La trampa que nos acababan de tender había sido algo más compleja. La primera mina fue una llamada de atención y el sampán un cebo. Supusieron que una de nuestras lanchas perseguiría al sampán y, al hacerlo, se colocaría en el punto de mira de una de sus minas controladas a distancia, que los vietcong harían detonar en el momento preciso. Papá creía que el Vietcong tendió esta trampa expresamente para mí y mi lancha. No estoy seguro de ello, pero dio un toque dramático a mi última patrulla.

Dave Halperin y yo viajamos por gran parte del delta, analizamos los informes de operaciones, hablamos con los oficiales de las lanchas, con sus tripulantes y con toda la cadena de mando relacionada con las operaciones fluviales. Tratamos de encontrar criterios para que una misión fuera fructífera e intentamos determinar qué parte de nuestras fuerzas era la más apta para cada tipo de operaciones. Durante este tiempo, fui un par de veces a Saigón para hablar con papá. Sabía que pronto le

asignarían un nuevo puesto, y parecía que sería de importancia. Ninguno de los dos se imaginaba que le iban a nombrar jefe de Operaciones Navales, el puesto más alto de la Marina.

Almirante: Era una oferta que no podía rehusar, a pesar de que lamentara no concluir mi labor en Vietnam. Estaba profundamente convencido de que la Marina necesitaba cambios sustanciales, y esto me proporcionaba un medio de efectuarlos.

El secretario de la Marina Chafee me dijo que esperaba que yo "modernizara" la Marina. Dijo también que yo no había sido la persona propuesta por Tom Moorer, lo que no me sorprendió en absoluto. De hecho, más tarde supe que después que Chafee comunicara mi nombramiento a Moorer, éste volvió a su despacho y de una patada mandó la papelera al otro lado de la habitación.

Supongo que el mayor responsable de mi nombramiento fue el secretario de Defensa Melvin Laird, que visitó Vietnam el año anterior y a quien causé una impresión favorable, incrementada por los elogios que de mí le hizo el general Abrams. Mi trabajo como jefe de Operaciones Navales, un puesto de cuatro años, debía empezar el 1.° de julio de 1970. Partiría de Vietnam a mediados de mayo, un año después de mi llegada.

Si bien no había completado mi labor en Vietnam, el balance era positivo. Nuestras fuerzas realizaban una acción eficaz, y el componente naval era excelente. El delta había sido reconquistado al enemigo, convirtiéndose en una zona amiga con la excepción de unos pocos puntos. En el delta, el Vietcong se había dividido en pequeños grupos, y no tenía ni siquiera unidades del tamaño de una compañía. Además, la instrucción y la organización que tratábamos de impartir a las fuerzas militares de Vietnam del Sur daba buenos resultados.

Siempre he pensado que los vietnamitas son guerreros valerosos. En la primera parte de la guerra, sólo el Vietcong y los norvietnamitas luchaban con valor, porque sólo ellos disponían de organización, instrucción y motivación. Pero ahora muchos soldados survietnamitas ya lo exhibían también, aunque no creo que el pueblo americano se diera cuenta de ello. El almirante Chon estaba al mando de la Marina de Vietnam del Sur, que ya hacía la guerra naval en gran parte por su cuenta. En mi opinión, y en la de otros, el general Truong ha sido uno de los mejores comandantes de división de la historia de la guerra. Truong estaba al mando de la 1.° División del Ejército de Vietnam del Sur, la que liberó Hué. Como nosotros, los survietnamitas tenían su parte de jefes mediocres, pero en general se estaban convirtiendo en una buena fuerza de combate.

> En Ha Tien había visto con mis propios ojos como en la frontera se descargaban camiones de armas que luego se introducían en Vietnam del Sur.

Podía ver a Elmo algunas veces, ahora que ya no tripulaba por los ríos. También llegué a conocer a Dave Halperin. Dave me había impresionado por la profundidad y el alcance de sus informes cuando visité el *Sea Float*. Elmo sugirió que lo llevara conmigo a Washington como miembro de mi plantilla y yo le dije a Dave que considerara la posibilidad de acompañarme. Le dije también que deseaba aumentar la tasa de reclutamiento, y pensaba que él podía ser útil al respecto Aceptó ir conmigo

Preparé mi partida, y la ceremonia de cambio de mando se celebró el 15 de mayo en el puerto de Saigón. Ahí estaban Mouza y nuestras hijas, Ann y Mouzetta, recién llegadas de las Filipinas. Mi amigo, el almirante Chon, también estaba presente. Me dio las gracias por haber ayudado a su país y por ser su amigo. Le abracé y ambos lloramos.

Elmo también estuvo en la ceremonia. Lo había visto por última vez cuando le hice entrega con orgullo de su segunda me-

ABAJO: *La base* Sea Float *Los cobertizos prefabricados de la derecha eran lugares de almacenaje y dormitorios, y la plataforma de la izquierda era para los helicópteros.*

US NAVY

US NAVY

ARRIBA: *Un Huey despega de una base flotante en el mar. Los helicópteros también se usaron para esparcir defoliantes en la jungla.*

dalla de bronce, que le había sido concedida por su comportamiento heroico durante sus patrullas. Elmo dijo bromeando que todos los oficiales de lanchas patrulleras que no creaban problemas a la Marina recibían una estrella de bronce, pero los dos sabíamos que no era verdad. Con varias estrellas de bronce y la Cruz al Heroísmo que los vietnamitas concedieron a Elmo y a su tripulación por su acción en Camboya, la lancha de Elmo estaba muy condecorada.

Antes de irme, le dije a Elmo que no se arriesgara más. Nos abrazamos y nos dijimos adiós. Sabía que Elmo se iría dentro de unas semanas, pero estuve inquieto hasta el momento final en que se me notificó que ya había salido de Vietnam en dirección a los Estados Unidos.

Empecé a formar mi grupo de colaboradores y a elaborar un plan de modernización de la Marina. Tenía sólo cuatro años y quería hacer muchas cosas

Elmo: Siempre he pensado que papá tenía dones y talentos poco comunes, y me sentí muy orgulloso cuando fue nombrado jefe de Operaciones Navales, pero debo confesar que esto no me sorprendió, ni sorprendió a otros que le conocían. Lo único sorprendente fue que llegara a la cumbre tan pronto· fue el jefe de Operaciones Navales más joven en la historia de la Marina.

Nuestro servicio en Vietnam concluyó casi al mismo tiempo. Yo debía regresar a los Estados Unidos a finales de junio, unas seis semanas después que papá. Cuando dejé las lanchas rápidas, papá me pidió que me mantuviera fuera de peligro, pero cuando Dave Halperin y yo concluimos nuestro estudio, me ofrecí a mandar la primera lancha en la incursión en Camboya.

Me doy cuenta de que la invasión fue, y es todavía, muy controvertida, pero para los que servimos en Vietnam hacía ya tiempo que debía haberse realizado. En Ha Tien había visto con mis propios ojos como en la frontera camboyana se descargaban camiones con armas que luego se introducían en Vietnam del Sur. Con estas armas se daba muerte cada día a nuestros hombres y a los survietnamitas, y yo pensaba que había que frenar esta actividad en el interior de Camboya. Era una necesidad en aquella guerra.

Yo debía ser el enlace naval en la invasión. No penetré muy al interior de Camboya, sino que permanecí en el campamento base, que normalmente era seguro, pero esta vez no lo fue. La primera noche fuimos atacados por cohetes, y recuerdo haber pensado que prefería estar a bordo de mi lancha. donde por lo menos podíamos huir cuando nos atacaban. Pero debíamos per-

manecer allí y aguantarnos y esperar que ninguno de aquellos proyectiles cayeran sobre nosotros. Allí me di cuenta del infierno que debían afrontar las fuerzas de tierra. Afortunadamente, no fuimos alcanzados.

Mis días vietnamitas se iban acabando y empecé a hacer los preparativos para la partida. Las últimas semanas no vi mucho a mi tripulación, ya que estábamos en lugares distintos; ni siquiera pudimos despedirnos. Sabía que ya no patrullaban las lanchas y que todos íbamos a regresar aproximadamente al mismo tiempo Al no estar a su lado, sentí mayor aprecio por ellos y por la camadería que reinaba en nuestra lancha. Quería a mis hombres como a hermanos.

Descubrí también que odiaba el combate... No quería consagrarme a la Marina ni a ningún tipo de servicio militar...

Había ido a Vietnam para ponerme a prueba. Después de más de nueve meses en una lancha rápida, después de combates y emboscadas demasiado numerosos para detallarlos, después de tanto miedo, enfermedad, cansancio, odio, frustración y tristeza, después de tantos retos que no podía ni siquiera imaginar cuando llegué, descubrí que fui capaz de soportarlo todo y desempeñar mi tarea al mismo tiempo. Siempre he creído que hace falta mucha suerte para vivir, y yo fui muy afortunado en Vietnam Otros buenos oficiales, como Ken Norton y Bob Crosby, habían muerto, de modo que nunca fui lo bastante presuntuoso como para creer que yo fui el único responsable de que yo mismo y mi tripulación saliéramos con vida.

Descubrí también que odiaba el combate. Nada en él me atraía. El miedo, las horribles condiciones de vida y las matanzas no eran experiencias que deseara repetir. Estaba más seguro que nunca de que no quería consagrarme a la Marina ni a ningún tipo de servicio militar. Quería dejarlo.

A finales de junio, cuando subí a bordo del avión en el aeropuerto de Ton Son Nhut, me sentía estimulado y aliviado porque me iba de verdad, y porque mi tripulación también se iba.

Dave Halperin: Hay algo en la batalla que nos despoja de todo fingimiento y hace emerger lo que tenemos en el interior Estas eran las condiciones en el *Sea Float* cuando conocí a Elmo.

Mi primera impresión fue que Elmo estaba dispuesto a afrontar graves peligros patrullando por los lugares más arriesgados, los lugares que otros oficiales evitaban. Hubiera sido más fácil no ofrecerse voluntario para algunas de las misiones que llevó a cabo. Tal vez lo hizo porque su padre era un gigante y él no quería quedarse atrás. No sé. Pero creo que Elmo quería asegurarse totalmente de no recibir ningún favor especial que le hiciera vulnerable a la crítica

No creo que la crítica de los demás le importara tanto como su propia crítica, porque Elmo es un juez implacable de sí mismo Creo que pensaba que debía demostrar su valentía por ser el hijo del almirante. No he conocido a nadie más valiente ni audaz en Vietnam Elmo era duro con su tripulación. La dominaba porque se dominaba a sí mismo. Pero también quería a sus hombres, y sé que ellos le querían

Además de su valor, lo que más me impresionó de Elmo fue el número de veces que hablaba de su padre y cuán abiertamente expresaba su amor por él. En esta vida es difícil encontrar algo tan simple, tan directo y tan poco complicado como el amor y el respeto que Elmo siente por su padre. Y yo llegué a saber que el almirante se sentía orgulloso y honrado por el valor y la determinación de Elmo

Yo empecé a conocer al almirante sobre todo a través de Elmo. Si bien había tenido varias reuniones con él en el *Sea Float* y lo había conocido en Saigón, cuando yo era ayudante de su segundo, el almirante es un hombre reservado que no deja entrever fácilmente sus pensamientos íntimos. En Saigón, su día empezaba con un viaje de cinco kilómetros y una reunión informativa a las 6.30. Luego estaba fuera todo el día, a menudo en campaña, donde se exponía a más peligros que cualquier otro oficial superior.

Pero lo que más vívidamente recuerdo es que, bien entrada ya la noche, a veces las dos de la madrugada, hablaba por teléfono con el Pentágono discutiendo la suerte y el futuro de literalmente centenares de personas que habían trabajado con él en Vietnam, o anteriormente. Eran personas de las que continuaba ocupándose y a las que seguía protegiendo. Hablaba en su favor para que les fuera reconocido adecuadamente su servicio en Vietnam, o para que se les asignaran misiones que les pusieran en camino de promoción

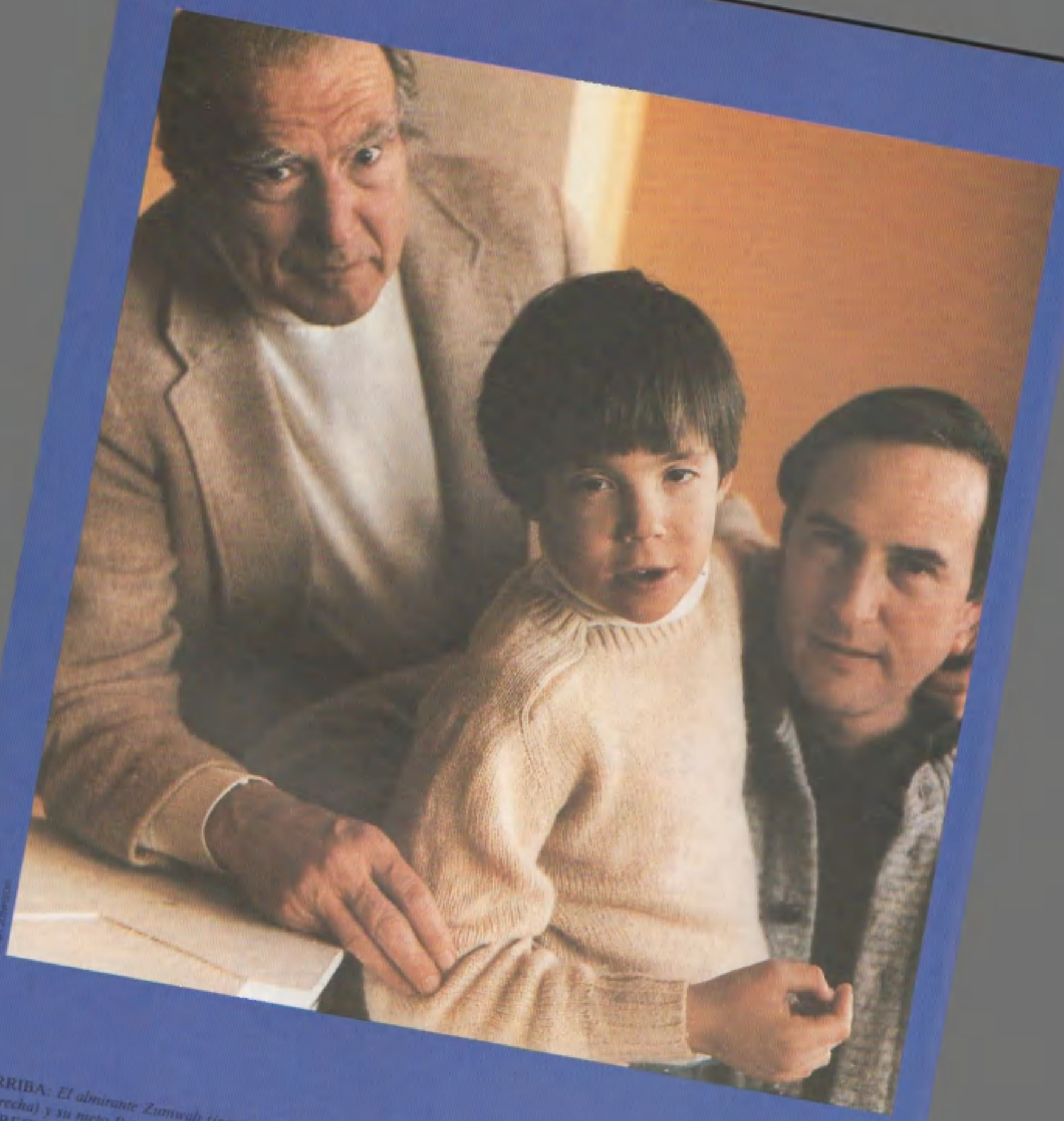
El almirante tiene un intelecto extraordinario. En todas las reuniones donde estuvo presente y a las que yo asistí, era claramente la persona más brillante.

Infundía este mismo sentido de protección a todos cuantos trabajaron a sus órdenes Recuerdo el día en que llegó al *Sea Float* y contó la anécdota de cuando estuvo al mando de su primer barco. Cuando sus oficiales más jóvenes tenían que hacerse cargo de la navegación del barco, él les decía que no se preocuparan, que él les sacaría de cualquier dificultad en que pudieran meterse. Me hizo sentir del mismo modo, primero en el plano profesional y, a medida que lo fui conociendo, también en el plano personal.

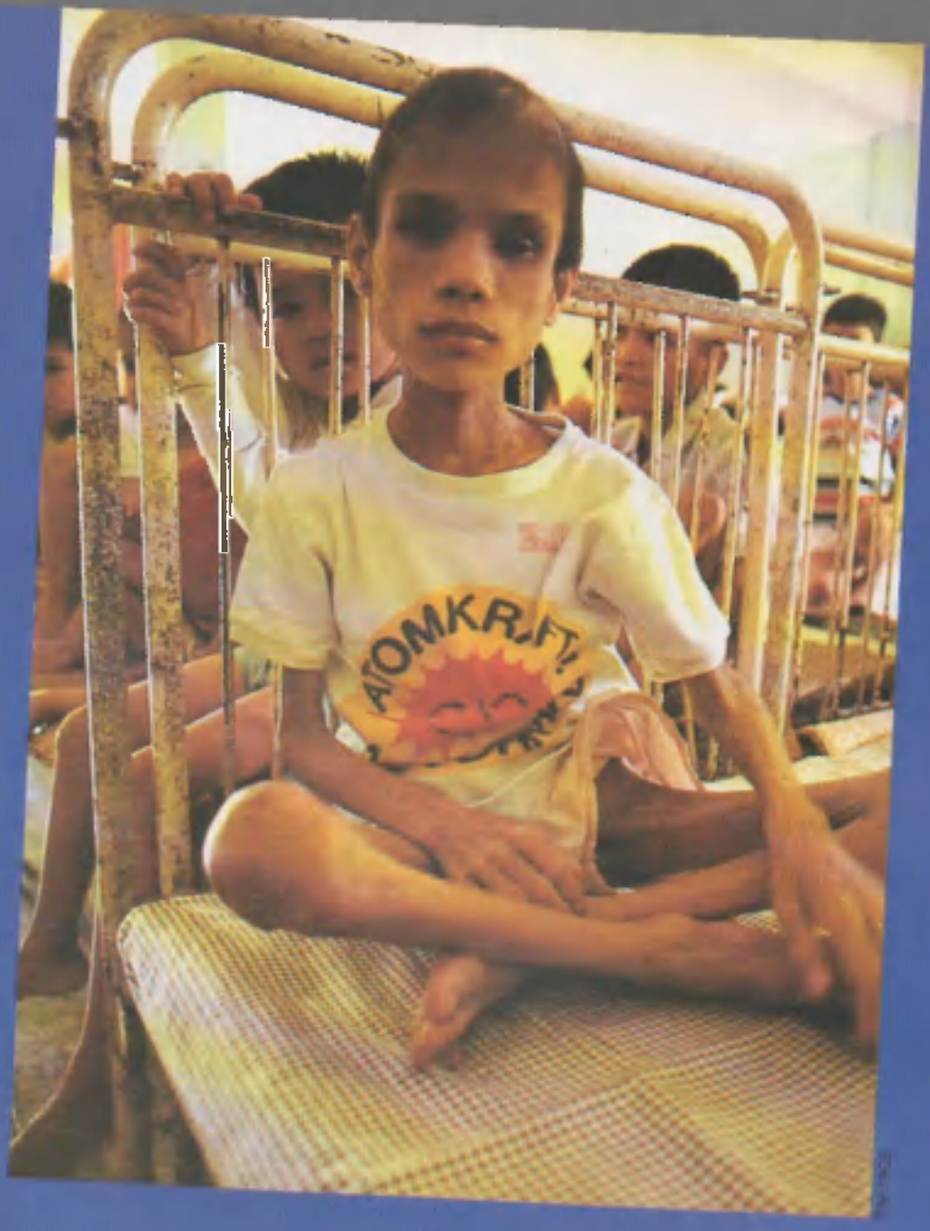
El almirante tiene un intelecto extraordinario. En todas las reuniones donde estuvo presente y a las que yo asistí, era claramente la persona más brillante En retrospectiva, puedo decir que aprendí más de él que en la facultad de Derecho de Harvard, y no estoy exagerando. Pero acompaña su intelecto con sabiduría y compasión, una mezcla muy poco habitual. Está en paz consigo mismo, y creo que esta clase de equilibrio es un prerrequisito para la sabiduría

El almirante y Elmo difieren en personalidad y temperamento. Elmo es más emocional, es más hombre de corazón, mientras que el almirate es en ciertos aspectos un intelectual, una persona reflexiva y analítica Elmo es abierto y expresivo en lo que respecta a lo que siente y a lo que piensa, mientras que el almirante es más reservado.

Pero se parecen en el carácter. Ambos tienen una gran tenacidad, una gran fortaleza de espíritu, un convencimiento total de que no hay nada imposible y una lealtad inquebrantable a los amigos y a la familia. Sus otros rasgos comunes son su valentía moral y el amor que cada uno siente por el otro.



ARRIBA: *El almirante Zumwalt (izquierda), su hijo Elmo (derecha) y su nieto Russell (centro).*
DERECHA: *Una víctima vietnamita del agente naranja en un orfanato de Saigón, en 1984.*



Capítulo 4

EL LEGADO

CAPÍTULO 4 EL LEGADO

Kathy Counselman Zumwalt: Elmo y yo nos casamos el 11 de julio de 1970, 11 días después de que su padre se intalase como jefe de Operaciones Navales. A finales de verano Elmo se matriculó en la facultad de Derecho de la Universidad de Carolina del Norte. El primer año fue una experiencia terrible para mí. Elmo estudiaba todo el tiempo y prestaba muy poca atención a lo demás.

Elmo cambió bastante a causa de su experiencia vietnamita. Se volvió más emocional, lo que me pareció algo extraño. Recuerdo que perdió el control un par de veces cuando hablaba de la muerte de Bob Crosby. Otra vez tuvimos una discusión y él se enojó muchísimo por algo trivial. También se distanció de mí y varias veces me pregunté si me quería. Pero la guerra también le hizo apreciar más la vida.

> Era dolorosamente claro que no se había desarrollado como un niño normal de cuatro años.

Una vez me dijo: "Es increíble, Kathy, lo que damos por supuesto. El simple hecho de vivir en un lugar decente, con agua limpia y cuarto de baño es un lujo comparado con Vietnam. A veces quiero recordar mi experiencia en Vietnam para no olvidar lo afortunado que soy."

Elmo: El 12 de marzo de 1977 nació nuestro hijo, Elmo Russell Zumwalt IV. Era hermoso y de aspecto saludable. Elmo no era el nombre preferido de Kathy, y por esta razón le llamamos Russell. Al principio parecía feliz y normal, pero a los dos o tres meses Kathy empezó a sospechar que algo iba mal. Nuestra hija Maya había nacido dos años antes, de modo que ya sabíamos qué cambios esperar en Russell.

Kathy se dio cuenta de que las primeras fases del desarrollo de Rusell eran más lentas de lo normal. Tardó más de lo esperado en levantar la cabeza, gatear, sentarse y andar. Llevó a Russell a un neurólogo infantil en Fayetteville que le hizo una revisión completa. No encontró nada anormal en sus reacciones ante los estímulos. Esto me alivió un poco y traté de convencer a Kathy de que Russell se desarrollaría bien. Ella dijo que la opinión del neurólogo la había tranquilizado. Pero en su interior sentía que Russell no estaba bien.

Poco después de que Russell fuera al parvulario, su maestra me llamó diciendo que quería hablar con nosotros. Lo que nos dijo fue desalentador: Russell no se concentraba y no parecía aprender lo que se le enseñaba. Kathy y yo ya nos habíamos dado cuenta de que Russell no conocía los colores. Su maestra también nos lo dijo. Nos sugirió que lo lleváramos a un psicólogo infantil.

El psicólogo le hizo una serie de pruebas. Era dolorosamente claro que no se había desarrollado como un niño normal de cuatro años. A una edad en que los demás niños aprenden el alfabeto y la formación de las palabras, Russell no era capaz de reconocer una sola letra.

No presentaba los síntomas clásicos de retraso mental, y sin embargo no aprendía. Su lenguaje tampoco estaba tan desarrollado como debería estarlo en un niño de su edad, pero los patólogos del lenguaje que lo examinaron no creían que Russell tuviera un clásico problema de lenguaje. A pesar de sus dificultades lingüísticas, Russell sabía hacerse comprender, y Kathy y yo sabíamos que era muy consciente de su entorno. Tenía un buen sentido del humor y jugaba con juguetes, por lo que pensábamos que su cerebro funcionaba bien, pero que por alguna razón no era capaz de usarlo debidamente. Una vez le hicieron un electroencefalograma: los resultados fueron normales. Luego una exploración cerebral: también normal.

Cuando Russell cumplió cinco años, lo pusimos en un jardín de infancia normal, donde se llevaba bien con los demás niños. Pero vimos que Russell no podría empezar la enseñanza primaria en una clase normal, por lo que al año siguiente lo pusieron en una clase de educación especial.

Por esta época Kathy y yo nos enteramos por la prensa y la televisión de que muchos excombatientes de Vietnam cuyos hijos nacieron con graves defectos creían que la causa podía ser su contacto con el agente naranja. Kathy me preguntó si yo había estado en contacto con él y le dije que sí. Pero el vínculo entre mi contacto y los problemas de aprendizaje de Russell parecía muy vago y no establecí ninguna conexión entre ambos.

En 1982, Kathy y yo, conjuntamente con cuatro amigos muy allegados y miembros de la familia, compramos una casa de campo en Pinehurst, Carolina del Norte, una zona situada a una hora de coche de Fayetteville. Íbamos a Pinehurst los fines de semana y durante las vacaciones, y en la Navidad de 1982 celebramos allí una reunión de la familia Zumwalt.

> Por su expresión preocupada puede ver que algo iba mal. Me preguntó si me había sentido cansado y le contesté que sí.

No podía librarme de una tos seca que tenía desde hacía tiempo. Kathy, mamá y papá insistieron en que fuera a ver a un médico cuando volviera a Fayetteville. Yo tenía 36 años y hacía muchos que no había visto a un médico. Aunque estaba convencido de que la tos era la secuela de un resfriado, les prometí a todos que iría al médico.

Me dieron cita para principios de enero. El Dr. Douglas Henley diagnosticó mi tos como goteo postnasal y me pidió que me tumbara en la camilla. Movía su mano por mi abdomen como si tratara de medir algo. Por su expresión preocupada pude ver que algo iba mal. Me preguntó si me había sentido cansado, y le contesté que sí. Pidió a su colega que me examinara. Al poco rato ambos estuvieron de acuerdo en que mi bazo había aumentado de tamaño.

Tenía suficientes nociones de medicina para saber que podía tratarse de un cáncer y pegunté si era una posibilidad. Dijo que sí, pero que no podía llegar a ninguna conclusión, porque un bazo grande podía interpretarse de varios modos. Me recomendó a un importante cirujano local, el Dr. Franklin Clark, para una biopsia. El Dr. Clark me extirpó dos ganglios linfáticos y los mandó a un patólogo para su estudio.

Dos días después de la biopsia, el Dr. Henley me llamó por teléfono. "Me temo que tengo malas noticias para usted", dijo.

Me dijo que la biopsia había confirmado que tenía un linfoma, un cáncer del sistema linfático. Dijo que se trataba específicamente de un linfoma nodular poco diferenciado (LNPD), una forma de la enfermedad de desarrollo lento. Hablamos sobre posibles opciones durante un par de minutos antes de col-

US AIR FORCE

ARRIBA: *La operación* Ranch Hand *en marcha. Estos C-123 esparcen agente naranja, devastando las junglas de Vietnam del Sur. Pero el saldo final no se conocía aún.*

gar. Me volví a Kathy, la envolví en mis brazos y lloramos los dos.

Llamé a papá. Le dije que tenía cáncer. Los Zumwalt nos hacemos muchas bromas, algunas bastantes pesadas. Papá, pues, se echó a reír y dijo:

"Me estás tomando el pelo."

Le dije que ojalá lo estuviera haciendo. Es la única vez que recuerdo que a papá le faltaran las palabras. Tras una larga pausa habló con voz muy suave. "Elmo, no sé qué decir."

Le dije que en los próximos días debía tomar muchas decisiones. Me dijo que ayudaría en todo cuanto pudiera. "Quiero ser tu compañero en esto", añadió.

El mismo día hablé con mamá. Se echó a llorar y dijo que le parecía muy injusto. Papá me había dicho lo mismo. Yo no veía nada injusto ni odioso en mi cáncer. Tenía un problema que tratar y lo mejor era hacerlo lo antes posible.

Papá llamó a mis hermanas y hermanos para decirles que tenía cáncer. Yo también les llamé. Hablé largamente con el marido de Ann, el Dr. Mike Coppola. Me explicó que debería conocer la opinión del mayor número posible de especialistas. Yo tendría la última palabra sobre qué tratamiento seguir y con qué doctor.

Papá y yo iniciamos una actividad frenética para averiguar lo más posible sobre el cáncer. Llamamos a especialistas de todo el país. En la Universidad de Carolina del Norte, un oncólogo (especialista en tumores) recomendó quimioterapia inmediata. Otro especialista del hospital de la Universidad de Georgetown recomendó el mismo tratamiento.

Luego visitamos el Instituto Nacional del Cáncer (INC) de Bethesda, Maryland. Allí hablamos con el Dr. Paul Bunn. Además de ser un famoso especialista en cáncer, sobre todo en linfoma, el Dr. Bunn estaba deseoso de informarnos a papá y a mí sobre la enfermedad.

Tras una serie de pruebas, supe que mi cáncer se había extendido por todo mi sistema linfático, invadiendo el bazo, la médula ósea y probablemente el hígado. Era algo terrible de escuchar, pero el Dr. Bunn me dio una buena noticia. Dijo que a causa de su lentitud, el tiempo medio de supervivencia, aún cuando la enfermedad estuviera tan avanzada como la mía, era de ocho años. Pero, como nos dijo el Dr. Bunn, esta buena noticia tiene también su lado malo: mi tipo de linfoma es siempre fatal.

"¿Siempre?", le pregunté.

Asintió con la cabeza y dijo: "Sí."

El Dr. Bunn ofreció algunas esperanzas. Dijo que la Universidad de Standord había comunicado recientemente la curación de un paciente de LNPD. La curación se obtuvo con una técnica experimental llamada anticuerpos monoclonales. Esta técnica

se basaba en la modificación del propio sistema inmunológico para que atacara las células malignas y se librara del cáncer. El Dr. Bunn dijo que sólo había sido eficaz en un caso, y que los experimentos posteriores no dieron resultado. Me sugirió que por lo menos me informara sobre los anticuerpos monoclonales para que cuando los necesitara fuera un candidato al tratamiento.

Mientras tanto, dijo que podía iniciar la quimioterapia inmediatamente, o simplemente, podía esperar bajo vigilancia. Dijo que los pacientes de LNPD que recibían tratamiento inmediato no tenían períodos de supervivencia más largos que aquellos que esperaban a que la enfermedad fuera más activa.

Opté por esperar. Tenía la ventaja de retrasar el tratamiento con sus efectos secundarios desagradables sin por ello ponerme en mayor peligro.

El Dr. Bunn me recomendó participar en el programa de anticuerpos monoclonales del INC. La probabilidad de éxito era mínima, pero fuera del programa era nula. Intentaron aislar uno de mis anticuerpos para determinar si polía ser un candidato a uno de sus experimentos, pero fueron técnicamente incapaces de hacerlo. Yo resulté ser la única persona de quien no pudieron obtener bastante inmunoglobulina superficial para producir el anticuerpo monoclonal. Nadie sabía por qué, pero uno de los químicos del INC especuló que podía deberse a que mi cáncer se encontraba en alguna forma de evolución.

La idea de que el agente naranja pudiera estar relacionado con mi cáncer me pasó más de una vez por la cabeza, especialmente a la luz de los problemas de aprendizaje de Russell, pero no profundicé en el tema por entonces. Una vez lo mencioné ante el Dr. Bunn. Me dijo que varios excombatientes de Vietnam habían ido al INC con linfoma, pero no extrajo ninguan conclusión científica de una muestra de pacientes tan pequeña.

Infomes recientes de las autoridades sanitarias vietnamitas, incluyendo el antiguo médico personal de Ho Chi Minh, han informado del alto índice de defectos y enfermedades congénitas en las zonas más sometidas al agente naranja. Al principio, pensé que estos informes no eran más que propaganda, pero después de las apreciaciones de los excombatientes y de las experiencias en mi propia familia me parecieron más plausibles

Me sumergí tanto en los problemas de mi familia, que éstos consumían prácticamente todo mi tiempo. Las preocupaciones familiares aumentaron dramáticamente dos meses después de mi diagnóstico con la muerte súbita del padre de Kathy. Murió a los 60 años de un ataque al corazón.

Kathy había estado muy unida a su padre, y su muerte fue un duro golpe para ella. Por ello y por mi enfermedad. Kathy

ABAJO: *Una lancha rápida se desliza entre riberas desnudas de follaje protector. Pero el agente naranja también cayó al agua, contaminando todo cuanto encontraba en su curso.*

se sentía desolada y, en ciertos aspectos, abandonada. Procuré aliviarla, pero sabía que el único alivio de verdad sería mi curación, y esto no podía ofrecérselo.

Almirante: De todas las crisis con que Elmo y yo nos hemos enfrentado, la de su cáncer fue la peor. Quería ser su compañero, para aligerar el peso que él y su esposa debían soportar. Elmo había soportado ya tantos problemas de salud, primero con la polio y luego con su corazón, que no comprendía por qué ahora debía soportar el cáncer. Me parecía todo tan injusto. Pero Elmo nunca dio la más mínima muestra de enojo. Aceptó el veredicto del Dr. Bunn de que tenía una enfermedad fatal, y aunque mantenía la esperanza nunca se engañó a sí mismo pensando que iba a curarse.

> Decía que sabía que la muerte le estaba esperando, pero se sentía bien; la muerte le parecía estar aún muy lejos.

Creo que Elmo y yo tenemos mucho en común, pero nos enfrentamos a la vida con una diferencia fundamental: yo soy un optimista y Elmo, por naturaleza, es más bien pesimista. Yo tenía aún esperanzas. Llamaba a distintos médicos y preguntaba por posibles tratamientos del cáncer, algunos de los cuales no eran muy ortodoxos. Esperaba el descubrimiento de un método de curación. Elmo no veía las cosas así. Luchaba con todo cuanto tenía, pero pensaba que cuanta más esperanza tuviera entonces, más decepcionado se sentiría cuando empezara el fin.

El efecto que la enfermedad de Elmo ejerció, y ejerce todavía, en mí, es muy profundo. Cuando se hizo adulto y más tarde, cuando fue abogado, yo empecé a depender cada vez más de su juicio y su criterio. Cada día hablábamos por teléfono, y cada día, al hablar, nos reíamos de algo, incluso cuando ya sabíamos que tenía cáncer. A Elmo le encanta reír y siempre tiene algo gracioso que decir. Tiene un pequeño repertorio de voces y una gran capacidad de bromear, incluso en las circunstancias más sombrías. Decía que forma parte de su mecanismo de defensa, pero yo lo interpretaba como un modo de aliviar la tensión. Tiene una gran disciplina mental y es capaz de expulsar de su mente los pensamientos indeseados. Me decía que no le costaba mucho librarse de los efectos emocionales de su enfermedad. Decía que sabía que la muerte le estaba esperando, pero se sentía bien; la muerte le parecía estar aún muy lejos. Se preguntaba qué sentiría cuando estuviera más cerca. Yo le dije que, conociéndole como le conocía, no pensaba que cambiaría en absoluto. El respondió que esperaba que así fuera, pero no estaba seguro.

Elmo: Una de las maestras de lenguaje de Russell asistió a un seminario en el que el Dr. Salvatore DeMarco, de la Universidad de Carolina del Este, habló sobre los problemas de la integración sensorial en los niños. Al oírle, le pareció que estaba hablando del problema de Russell. Nos recomendó ponernos en contacto con el Dr. DeMarco.

El Dr. DeMarco nos infundió inmediatamente, a Kathy y a mí, una gran confianza. Le relatamos el historial médico de Russell, y él nos hizo varias preguntas sobre su desarrollo. Luego llevó a Russell a un laboratorio de pruebas insonorizado. Kathy y yo podíamos mirar a través de un cristal sin ser vistos desde dentro.

Kathy y yo sentíamos una gran tristeza al ver a Russell tratar de hacer las cosas más simples. Sólo era capaz de concentrarse durante breves períodos. El Dr. DeMarco abrió un libro con representaciones de conceptos visuales muy sencillos, como el dibujo de una bicicleta o de un coche. Russell se esforzaba por identificarlos. El Dr. DeMarco le mostró una fotografía de cuatro personas, una de las cuales tenía algo en la mano y le pidió que la identificara. Russell ni siquiera miraba. No podía prestar atención. A Kathy y a mí, estas pruebas nos demostraron cuán lejos de la normalidad estaba Russell.

Una vez concluidas las pruebas, el Dr. DeMarco nos dijo que Russell tenía una disfunción de la integración sensorial. El origen del problema está en el cerebro, pero su causa no está clara. Los síntomas son la incapacidad de discriminar sonidos y percepciones visuales y la incapacidad de concentrarse. Para Russell, pues, las historietas del suplemento dominical eran una confusión de colores en vez de una serie de viñetas. En una habitación con sonidos distintos procedentes de distintas fuentes, Russell apenas puede concentrarse en un solo sonido. Así, por ejemplo, le era difícil oír a su maestra a causa de los otros ruidos de la clase.

El Dr. DeMarco dijo que las percepciones auditivas de Russell representaban sólo un par de años de retraso con respecto a su edad, pero sus percepciones visuales parecían ser las de un niño de tres años. Al principio había pensado que la disfunción de Russell era entre leve y moderada, pero las pruebas posteriores le convencieron de que era entre moderada y severa.

> Llamé a San Diego para pedir el resultado al Dr. Royston. Me dijo que había encontrado algo totalmente inesperado.

La inteligencia de Russell es normal, pero sus problemas sensoriales y de atención le impiden manifestarla. En cierto sentido, la mente de Russell está atrapada en su interior. Esto puede ser su mayor fuente de frustraciones. Al pensar en el nivel de frustración que Russell debe soportar, me maravilla que sea un niño tan cariñoso y tan tierno que se comporta de una manera tan sosegada en estas circunstancias. Estoy muy orgulloso de Russell.

Ningún procedimiendo quirúrgico puede curar a Russell. Los medicamentos alivian a algunos niños con la disfunción de Russell, pero no surten efecto con él. El Dr. DeMarco nos dijo que en muchos casos al cumplir 11 o 12 años los niños empiezan a superar en parte estos problemas. Pero dado el nivel de disfunción de Russell, él no cree que pueda llegar a superarlos alguna vez.

★ ★ ★

En febrero de 1985 fui a San Diego en mi incesante búsqueda del anticuerpo monoclonal. Un médico me había hablado del Dr. Ira Royston de la Universidad de California en San Diego. El Dr. Royston es un investigador de primera fila en anticuerpos monoclonales.

El equipo del Dr. Royston efectuó la que ya era mi décima biopsia de un ganglio linfático con el fin de producir un anti-

cuerpo monoclonal. Me dijeron que los resultados no se sabrían hasta dentro de unos días. Poco después de mi regreso a Fayetteville, llamé a San Diego para pedir el resultado al Dr. Royston. Me dijo que había encontrado algo totalmente inesperado. En vez de encontrar linfoma no-Hodgkin en la biopsia, había encontrado indicios de la enfermedad de Hodgkin. Aunque la enfermedad de Hodgkin es una forma de linfoma, es de un tipo muy distinto al no-Hodgkin, y se cree que no hay relación entre ambos.

El Dr. Royston dijo que los hallazgos eran preliminares y sorprendentes. Dijo que me llamaría en cuanto completara sus estudios patológicos.

Dos días después, el Dr. Royston me llamó y me dijo que, por increíble que parezca, yo tenía la enfermedad de Hodgkin y, a la vez, linfoma no-Hodgkin. Además del cáncer no-Hodgkin, de lento desarrollo, también tenía la forma rápida y agresiva de la enfermedad. Me di cuenta de que ya no podía continuar en la situación de espera y que debía volver al INC para que reexaminaran mi caso.

Los médicos del INC confirmaron lo que el Dr. Royston descubrió: ahora tenía dos cánceres completamente distintos. Cuando hicieron la biopsia de un ganglio linfático de mi axila, encontraron LNPD. Cuando examinaron otro ganglio de mi ingle, encontraron la enfermedad de Hodgkin. El Dr. Bunn nunca había visto un caso como el mío. Inicialmente, había parecido que mi enfermedad de Hodgkin estaba en la primera fase, la de menor capacidad de invasión. Pero nuevos análisis mostraron que se encontraba en la segunda fase, de mayor capacidad de invasión. Al parecer, mi enfermedad de Hodgkin se desarrollaba con mucha rapidez.

"Elmo, con usted nos encontramos en la frontera del conocimiento médico. Ni siquiera podemos hacer una estimación inteligente de sus posibilidades de supervivencia."

En la literatura médica de todo el mundo se citan aproximadamente una docena de casos de personas con mis dos cánceres simultáneos, pero yo era el único que primero tuvo un linfoma no-Hodgkin y luego la enfermedad de Hodgkin. En los restantes casos de doble cáncer, la enfermedad de Hodgkin había sido tratada primero con medicamentos o radiación, o ambas cosas, y los médicos creían que el tratamiento del cáncer inicial produjo cambios celulares que dieron lugar al segundo cáncer. Mi cáncer era una estadística de un solo dato.

El Dr. Bunn parecía perplejo. "Elmo, con usted nos encontramos en la frontera del conocimiento médico. Ni siquiera podemos hacer una estimación inteligente de sus posibilidades de supervivencia, porque no sabemos lo que ocurre. Todo cuanto digamos será conjetura."

Se acabó mi situación de espera, y con ella mi esperanza de continuar indefinidamente con una buena calidad de vida antes del tratamiento. Un ganglio interno se había desarrollado tanto que hacía presión contra la vejiga, y se movía hacia la uretra y el riñón. Dado que mis cánceres aparecían en tantas partes de mi cuerpo, la radiación no surtiría efecto, ni tampoco, claro está, la cirugía. El único tratamiento potencialmente útil era la quimioterapia. Los médicos recomendaron PROMACEMOPP, un régimen de quimioterapia de ocho fármacos.

Iba a ser tratado en el Hospital Naval de Bethesda. Recibiría quimioterapia tres lunes al mes por un período de seis meses. Luego volvería a ser examinado para determinar el alcance de mi dolencia. Esto determinaría mi paso siguiente. Se esperaba que por lo menos la enfermedad de Hodgkin remitiera, incluso que se curara, mediante este régimen, y que el linfoma no-Hodgkin remitiera temporalmente y los ganglios linfáticos volvieran a su tamaño normal.

El Dr. Bunn aceptó un puesto en Colorado, y tuvieron que asignarme un nuevo médico. Iba a echar de menos los consejos que me daba el Dr. Bunn, pero él me aseguró que siempre que tuviera preguntas que hacerle podía llamarle por teléfono.

El agente naranja es un herbicida tan potente, que un científico dijo que es tan devastador para la vegetación como el DDT lo es para los insectos.

El Dr. John Nanfro trabajaba en el departamento oncológico del Hospital Naval de Bethesda y era miembro del INC. Además de sus excelentes credenciales como médico, siempre que me ha examinado le he encontrado alegre y optimista. También se ha tomado muchas molestias para explicarme las cosas con claridad. Me preguntaron si quería que fuera mi médico, y dije que sí. No pude haber elegido mejor.

★ ★ ★

Debido a la fama de mi padre, mi enfermedad fue pronto del dominio público. Un abogado me pidió que fuera uno de los cinco demandantes representativos en el pleito presentado en nombre de los excombatientes en Vietnam contra varios fabricantes implicados en la elaboración del agente naranja. Hizo un esfuerzo hercúleo para convencerme de que podría beneficiar a la causa por razón de mi nombre, de mi experiencia como abogado, y de mi enfermedad. Sabía que estaba en lo cierto. Yo quería unirme a la causa no por mí mismo, sino por todos los excombatientes en Vietnam que sufrieron los efectos nocivos del agente naranja. Entonces yo creía que el caso se prolongaría durante meses, si no años, y que requeriría gran parte de mi tiempo en la preparación de declaraciones y de testimonios. Yo no sabía cuánto iba a vivir, pero sí sabía que quería dedicar la mayor parte del tiempo a estar con mi familia. Sopesé las alternativas cuidadosamente y tomé una decisión muy dura: decidí no unirme al pleito.

Poco después, el caso se resolvió sin juicio, consiguiendo una indemnización de 180.000.000 de dólares. Llamé al abogado y le dije: "Sospecho que yo no era necesario, a fin de cuentas."

El respondió: "Ya que usted lo menciona, le diré que con su nombre y con sus problemas de salud quizá hubiéramos conseguido el doble."

Tal vez fuera una exageración, pero hizo que lamentara no haberme unido a la querella. Lo hubiera hecho de haber sabido que iba a resolverse con tanta rapidez.

Excombatientes de todo el país declaraban sufrir enfermedades tales como desequilibrios mentales, cánceres, y problemas de piel. Muchos también decían que sus hijos habían nacido

con graves defectos congénitos, algunos muy parecidos a los de Russell. En octubre de 1984 escribí un artículo en el *Parade Magazine* sobre mi enfermedad y sobre la situación apremiante de los excombatientes en Vietnam. Recibí muchas cartas de familiares de estos últimos que me hablaban de las enfermedades que sufrían

Soy abogado y no creo que pudiera demostrar en un tribunal de justicia, en base a pruebas científicas, que el agente naranja es la causa de todas estas enfermedades. Pero estoy convencido de que lo es. Creo que el agente naranja es responsable de mis cánceres, de los problemas de aprendizaje de Russell y de las enfermedades que sufren muchos excombatientes en Vietnam.

El agente naranja es un herbicida tan potente, que un científico dijo que es tan devastador para la vegetación como el DDT lo es para los insectos. El producto químico en sí es una mezcla a partes iguales de dos herbicidas: 2,4-D y 2,4,5-T. Pero en el agente naranja se encontró un tercer elemento, un producto químico generado en el proceso de producción y extremadamente tóxico: la dioxina. En algunos casos, en el agente naranja se descubrieron cantidades anormalmente altas de dioxina. Aunque en Vietnam se usaran otros defoliantes, como el agente púrpura y el agente blanco, el agente naranja fue, con mucho, el más usado.

Papá y yo examinamos un mapa donde se veían las zonas de Vietnam más rociadas con herbicidas. Entre el 5 y 15 por ciento de todo el país fue rociado con agente naranja, y yo estuve mucho tiempo en dos de estas zonas, Da Nang y el *Sea Float*. Pero prácticamente en todas las áreas de combate por donde patrullé había muestras de defoliación.

En 1966, el Departamento de Estado de los Estados Unidos publicó un informe según el cual los herbicidas usados en Vietnam "no son tóxicos y no son peligrosos para el hombre ni para la vida animal". Sin embargo, investigaciones posteriores han puesto de manifiesto que cuando se publicó el informe algunas de las empresas químicas sabían que habían indicios de que el 2,4,5-T causaba defectos congénitos en animales. Y cuando se publicaron datos que indicaban la posibilidad de que este producto tuviera efectos nocivos sobre la salud, las empresas lo negaron.

Dijeron que los defectos congénitos citados se debían a la pequeña cantidad de dioxina que contaminaba el 2,4,5-T. Si esto es verdad, entonces la dioxina es una de las causas más potentes de defectos congénitos que se conocen. Según un investigador del Departamento de Sanidad, la dioxina sería una causa de malformaciones congénitas tan potente como la talidomina. También es conveniente recordar que los primeros indicios de los peligros de la talidomina se encontraron en estudios con animales. Lo mejor que puedo decir de la actitud de estas empresas químicas es que es la suma de la arrogancia capitalista.

A consecuencia de la cantidad de informes sobre los peligros del agente naranja y de las vistas en el Congreso a este respecto, los Estados Unidos dejaron de usar agente naranja en Vietnam en abril de 1970. Entonces me quedaba poco más de un mes de patrullar. Yo estuve en Vietnam en la época de mayor uso de agente naranja

Estudios recientes han ofrecido más pruebas de los peligros del agente naranja. También hay indicios de que la dioxina debilita el sistema inmunológico humano, favoreciendo así la aparición de cánceres.

Quien mejor ha expresado la cuestión del agente naranja ha sido posiblemente Paul Rentershan, quien en 1978 fundó una organización llamada Víctimas Internacionales del Agente Naranja. Paul tenía sólo 28 años cuando supo que tenía un cáncer de estómago terminal. Había sido un piloto de helicóptero en Vietnam y a menudo volaba entre la niebla de agente naranja que esparcían los C-23. Paul dijo: "Morí en Vietnam. Sólo que entonces no lo supe "

Me doy cuenta de que lo que digo puede dar a entender que mi padre es responsable de mi enfermedad y de la disfunción de Russell. Pero no me cabe la menor duda de que su prioridad durante la guerra siempre fue salvar vidas humanas. Es cierto que miles de personas, entre las que yo me cuento, están con vida actualmente gracias a su decisión de usar agente naranja. Yo no le hago responsable de lo que nos ha ocurrido a Russell y a mí. Y aun sabiendo lo que ahora sé, y pasando lo que estoy pasando, no puedo decir que me arrepienta, que sienta amargura, de haberme ofrecido voluntario para ir a Vietnam. Yo tomé la decisión y labré mi propio destino.

ABAJO: *Una carretera de la muerte, trazada desde el cielo. La precisión de los C-123 de la operación* Ranch Hand *se aprecia en la franja uniforme de defoliación que atraviesa la jungla.*

CAPÍTULO 4 EL LEGADO

Almirante: También yo estoy convencido de que el agente naranja puede causar cáncer y malformaciones congénitas, y que esto es lo que ha ocurrido en el caso de muchos excombatientes en Vietnam. Yo di la orden de intensificar la defoliación en la península de Ca Mau alrededor del *Sea Float*, y por ello no albergo ninguna duda de que, por lo menos indirectamente, fui responsable del contacto de Elmo con el agente naranja, lo que me convierte en un instrumento de su tragedia.

Elmo y yo nos conocemos tan bien uno a otro que nunca he pensado que él pueda considerarme responsable, ni que piense que yo me sienta culpable. El tomó la decisión de ir a Vietnam, y yo tomé decisiones sobre cómo llevar a cabo la guerra basadas en la mejor información de que disponía. Pero lo que les ha sucedido a Rusell y a Elmo refuerza mi impresión de la inutilidad de la guerra de Vietnam, y hace más doloroso su recuerdo. Considero a Elmo y a Russell víctimas de aquella guerra.

Pero también me doy cuenta de que si no hubiera usado el agente naranja se hubieran perdido muchas más vidas en los combates, quizá incluso la de Elmo. Y sabiendo lo que se ahora, todavía hubiera ordenado la defoliación para lograr los objetivos conseguidos con ella. Pero esto no reduce la pena que siento por Elmo, ni la angustia que su enfermedad y la disfunción de Russell me producen. Es lo primero que me asalta cada mañana al despertarme, y lo último que recuerdo antes de dormirme por la noche.

★ ★ ★

En marzo de 1985, Elmo empezó a ir a Washington tres lunes cada mes para recibir su tratamiento de quimioterapia en el Hospital Naval de Bethesda. Tomó distintos fármacos contra el cáncer durante los lunes sucesivos. Siempre le acompañaba un miembro de nuestra familia.

Con el paso de las semanas, los efectos secundarios de la quimioterapia se hicieron manifiestos. Se volvió más pálido —porque los fármacos destruyen células sanguíneas sanas— y empezó a perder peso. A finales de abril, la pérdida de pelo era perceptible.

Toleraba la quimioterapia lo bastante para continuar ejerciendo de abogado a tiempo completo, y se aplicaba en la restauración de una propiedad para alquilar que había comprado para que Kathy y sus hijos tuvieran mayores ingresos. Sus médicos se maravillaban de la cantidad de energía que poseía.

> Tampoco me explayaba en ello ahora, pero tenía que aceptar el hecho de que no parecía que iba a tener una larga vida.

La actitud básica de Elmo ante su enfermedad era la misma que al principio. Sabía que tenía una enfermedad mortal, y trataba de vivir lo mejor posible durante el mayor tiempo posible, pero no se permitía esperar su curación. Esto no significa que no luchara. Luchaba sin tregua. Pero él cree que lo que será, será. Pienso que en esto sus experiencias infantiles tienen algo que ver. Desde que tuvo edad para pensar, su dolencia cardíaca le

obligó a tener en cuenta la posibilidad de la muerte. Su actitud era notable. Una cosa es decir que uno aceptará todo cuanto la vida le depare, y otra muy distinta es vivirlo.

No se sentía en absoluto incómodo al hablar de su cáncer, ni siquiera de la posibilidad de morir de él. Su modo de mirar a la muerte sin pestañear me impresionó sobremanera. En la vida militar he encontrado el valor en muchas partes, y el valor de Elmo es el ejemplo más impresionante que nunca he visto

Elmo cuestionaba su propio valor. Pensaba en sí mismo como en alguien que se encuentra en una situación difícil e intenta hacer lo mejor que puede. Pero yo tengo para mí que su servicio en Vietnam estuvo a la altura de lo más excelso que he visto en la batalla a lo largo de tres guerras. Y antes que esto, su manera de afrontar primero su polio, luego su operación cardíaca y ahora el cáncer, demostraba una profundidad de valor que nunca había conocido hasta entonces.

A lo largo de las inclemencias —pérdida del cabello, debilidad creciente, pérdida de peso y frecuentes náuseas— mantuvo su sentido del humor. Bromeaba con las enfermeras del pabellón de oncología y con todos los demás. Cuando alguien comentaba que su expediente médico era bastante voluminoso, él contestaba: "Sí Y espero que lo sea todavía más."

Una de las enfermeras dijo que siempre sabía cuando Elmo estaba en el hospital, porque era muy raro oír reír allí.

Mouzetta Zumwalt Weathers: Creo que, exceptuando a su esposa e hijos, a quien más ha afectado la enferdad de Elmo ha sido a papá. Creo que incluso siente el dolor de Elmo. Una vez me dijo que desearía que le hubiera tocado a él y no a Elmo

Papá ha envejecido terriblemente desde la enfermedad de Elmo, y a veces me pregunto si no se involucra demasiado en ella. Parece obsesionado con la idea de que sobrevivirá a Elmo. Quiere estar siempre en el lugar de Elmo y evitarle todo el dolor que pueda. Papá ha sido tan eficaz en el solución de problemas durante su vida que ahora se enfrenta con el problema que más quisiera resolver, y no puede. Creo que esto le deprime más que cualquier otra cosa en su vida.

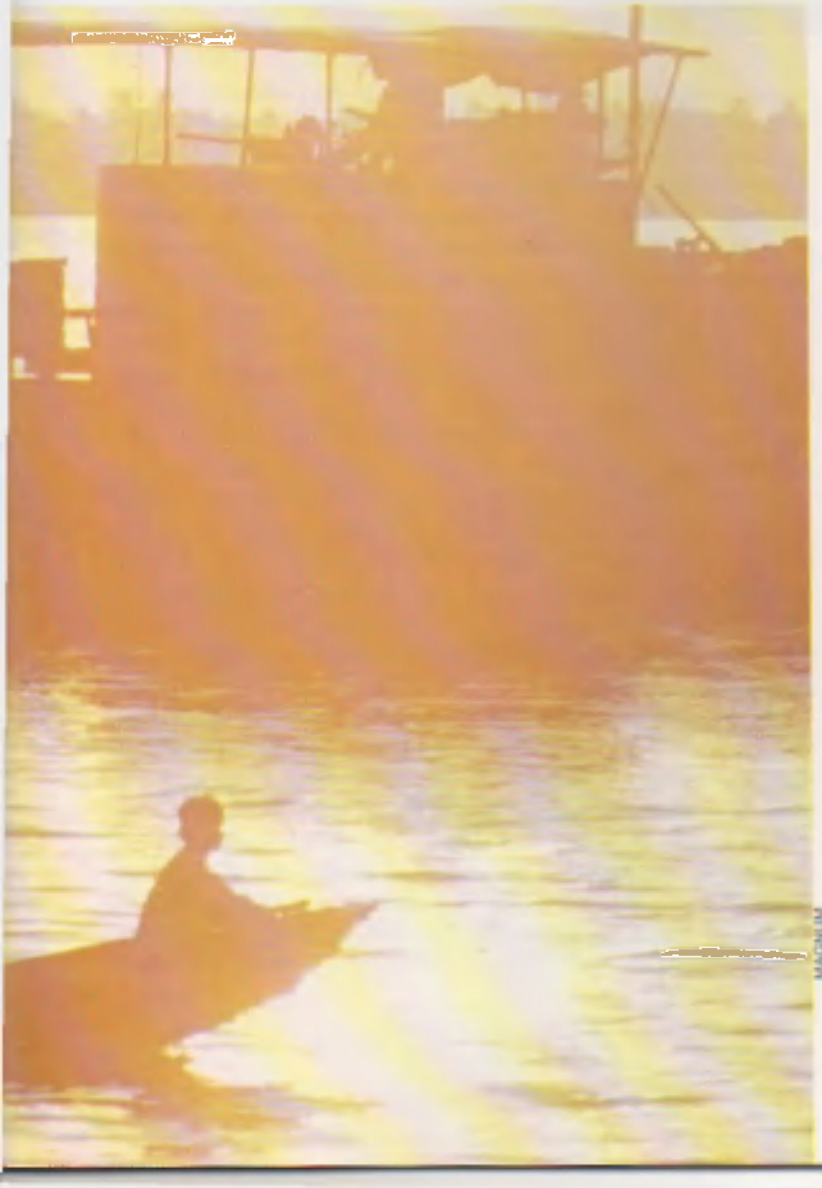
Kathy Counselman Zumwalt: Sentí una gran tristeza. Había imaginado que viviría siempre con Elmo, que los dos envejeceríamos juntos. Tiene tanta vitalidad y tanto humor que me es imposible concebir mi vida sin él. Es muy fuerte y tiene una capacidad de determinación increíble. Yo también tengo bastante carácter. de modo que hemos tenido nuestras peleas a lo largo de los años. Pero ha habido también buenos momentos. y no puedo imaginar que los buenos momentos de otras personas hayan sido mejores.

Si es triste para mí, lo es más todavía para Maya y Russell. Maya es una muchacha muy madura y sensible y comprende la seriedad de la enfermedad de Elmo. Se preocupa por él y siempre le recuerda que debe tomar sus medicinas También le escribe notas de amor. Una vez, después de despedir a unas personas que estuvieron en casa y a quienes habló de su cáncer, Elmo fue a la cocina y encontró una nota de Maya que decía: "Papá, te quiero mucho y sobrevivirás al cáncer No te preocupes porque no puedas tomar chocolate ni cerveza... sobrevivirás."

Elmo siempre les dice la verdad a los dos. Una vez Maya le preguntó si podía morir de cáncer. El le respondió que sí, pero que también podía morir de muchas cosas. Sé que siempre tiene la enfermedad de Elmo en su cabeza. Russell no tiene una comprensión tan profunda de la enfermedad de Elmo, pero se da cuenta de que ocurre algo muy grave. Varias veces, estando sola con él, se ha echado a llorar, y al preguntarle el porqué me ha respondido: "Papá "

Elmo: Antes de cada sesión de quimioterapia de los lunes, el doctor Nanfro me hacía un examen físico concienzudo Me palpaba los ganglios linfáticos y notaba que habían decrecido, pero uno de los de la región izquierda de la ingle permanecía hinchado. Él pensaba que la causa podía encontrarse en la presencia de tejido cicatrizado por los efectos de la quimioterapia. Recibía un ciclo completo de quimioterapia cada mes, e idealmente al cabo de uno de dos ciclos mis ganglios volverían a tener el tamaño normal. Pero debido a la rareza de mi caso, nada era realmente normal.

A causa de la quimioterapia, el número de leucocitos decreció, lo que me hizo propenso a las infecciones. Vivía bajo el temor de coger un resfriado. Mis glóbulos rojos también disminuyeron, y dado que los glóbulos rojos llevan el oxígeno a los tejidos, me sentía más cansado que lo normal A finales de abril, el número de glóbulos rojos era tan bajo que me inyectaron dos bolsas de ellos. En 24 horas volví a sentir la energía de antes.



IZQUIERDA: *Embarcación de aterrizaje LCM de la Marina de Vietnam del Sur. De gran versatilidad, se usaban como medios de transporte de tropas, como plataformas de aterrizaje de helicópteros y como repostadores de combustible.*

HARVEY MILLER

ARRIBA: *Los tripulantes del PCF 35 en la boda de Harvey Miller, celebrada en Baltimore en agosto de 1985. De izquierda a derecha: Harvey, Whiting Shuford, Elmo, Geoff Martin y Billy Nairmore.*

Otro efecto secundario de la quimioterapia eran las llagas en la boca. Llegaron a ser tan molestas que una vez no podía ni siquiera comer helado. Pero en general me sentía razonablemente bien durante la quimioterapia

En junio, a medio camino de mi semestre de quimioterapia, me hicieron un examen para determinar el alcance de la enfermedad. Los dos ganglios abdominales que hacían presión sobre la vejiga habían desaparecido por completo, pero se observaban ganglios ligeramente anormales en otras zonas. No me animé ni me desanimé. Mi meta era septiembre. En septiembre acabarían mis seis meses de quimioterapia y, si todo iba bien, empezaría una larga remisión.

Un médico me dijo una vez que toda la vida es una enfermedad terminal, pero que la mayoría no pensamos demasiado en ello. Debido a las situaciones en las que me vi envuelto en el pasado, había pensado en la muerte pero no me había explayado en ello. Tampoco me explayaba en ello ahora, pero tenía que aceptar el hecho de que no parecía que iba a tener una larga vida.

Supongo que todos nos preguntamos cómo reaccionaremos si descubrimos que nos queda poco tiempo de vida. Yo prefiero sufrir esta enfermedad terminal que morir súbitamente. Así he podido ocuparme del futuro de mi familia y me he concentrado en las cosas importantes de la vida, como estar al lado de las personas queridas. No me despierto de noche pensando que voy a morir. Pienso que lo peor que podría hacer sería estar siempre pensando en la muerte y sentirme desgraciado continuamente hasta que llegue la hora. He procurado rehuir los pensamientos depresivos y vivir cada día de la manera más valiosa posible.

A lo largo de los años he estado en contacto con Whiting Shuford, uno de mis hombres en Vietnam, y hemos llegado a ser buenos amigos. Él era uno de los socios de la casa de campo de Pinehurst. Whiting mantenía un estrecho contacto con los miembros de nuestra lancha. Él y Harvey Miller hablaban a menudo por teléfono y se visitaban mutuamente. También mantenía contacto con Billy Nairmore. Nadie supo dónde estaba Geoff Martin hasta que apareció mi artículo en *Parade Magazine* y él me llamó Hacía 15 años que habíamos estado juntos a bordo del PCF 35, y Whiting y yo pensamos que era el momento de reunirnos. De hecho, nos reunimos dos veces en 1985. La primera reunión tuvo lugar en Pinehurst durante la primavera; la segunda fue unos meses después en Baltimore, cuando Harvey Miller se casó. Papá, que nos conocía a los cuatro, también estuvo presente

Nos separaban muchos años, pero cuando vi de nuevo a mi tripulación en Pinehurst parecía que sólo habían pasado unos minutos. Habíamos compartido una experiencia tan intensa que yo estaba permanentemente unido a ellos. Nos abrazamos y nos sentimos miembros de una misma familia. En las peores circunstancias concebibles, no sólo habían resultado ser soldados buenos y valientes, sino que habían logrado vivir armoniosamente. El amor que los unos sentimos por los otros es profundo y permanente.

Billy Nairmore trajo consigo a su familia, y así conocí a su preciosa hija de 15 años, Tara, nacida cuando Billy estaba en Vietnam. Billy y yo éramos los únicos que estábamos casados con nuestras primeras esposas. Whiting se había divorciado una vez, Harvey también, y Geoff se había divorciado dos veces. Me pregunté si la guerra tiene algo que ver con ello

Todos teníamos vivos recuerdos de nuestra estancia en Vietnam. Son parte permanente de nosotros. Whiting dijo que no pasaban dos semanas sin que se despertara de noche a causa de un sueño sobre la guerra. Geoff dijo que durante los dos primeros años se despertaba de noche gritando: "Coge la ametralladora, coge la ametralladora". Whtiting y Geoff, que eran los encargados de las ametralladoras de calibre .50, habían perdido capacidad auditiva a causa del ruido producido por ellas. También estaban preocupados. Whiting confesó que durante el embarazo de su esposa estuvo constantemente inquieto pensando que su contacto con el agente naranja podría causar alguna malformación congénita. Todos estaban preocupados por el cáncer y querían saber más acerca del mío

Pero también nos reímos. Se refirieron a sí mismos como "los pequeños folladores", y para la boda de Harvey. Whiting encargó una camiseta para cada uno de nosotros Las suyas decían: "Los pequeños F", y la mía, "El gran F". Geoff contó algo que nunca se atrevió a decirme en Vietnam por miedo de que me enojara con él.

Dijo que una noche que estaba bebiendo con Whiting se enzarzó en una discusión con un suboficial. Según Geoff. el suboficial se levantó súbitamente y le asestó un golpe. Geoff se lo devolvió. Whiting intervino calmando a Geoff y ambos se dirigieron andando a nuestra lancha. Yo no estaba allí. Se encontraron con un marinero de otra lancha llamado Greg Rose. Rose preguntó qué había sucedido y Geoff se lo contó. Rose dijo: "Voy a darle su merecido a este hijo de perra."

Rose encontró mi chaqueta de oficial en la lancha. Tenía galones en los hombros y una chapa con el nombre de Zumwalt. Rose se puso mi uniforme y se acercó al suboficial. que inmediatamente se cuadró. Rose se puso frente a él y agitando un dedo ante su cara empezó a gritar: "Mis hombres luchan en una guerra. No quiero más mierda de su parte. Déjelos en paz ¿Entendido?"

Según Geoff, lo único que el suboficial dijo fue "Sí, señor" una docena de veces. Me reí como los demás. pero le dije a Geoff que no me hubiera reído cuando sucedió. Él dijo: "Por esto esperé 15 años para contártelo."

Una noche, ya tarde, entré en la cocina y encontré a Billy Nairmore y a Whiting sentados a la mesa. Billy, que es un gigante, pero tierno y gentil, estaba sollozando. Whiting tenía el brazo en su hombro y trataba de consolarle. Yo no me metí y Whiting me dijo en otro momento: "Billy lloraba por ti."

Billy Nairmore. Elmo me convirtió de niño en hombre, y no lo digo porque ahora está enfermo. Lo digo porque es verdad, y se lo he dicho muchas veces a mi esposa. Me hizo ver que debía contar conmigo mismo, que podía hacerlo. A todo cuanto hicimos en Vietnam le daba un sentido de finalidad y de misión que todos nos sentíamos importantes. Elmo ha significado mucho para mí, y su enfermedad me ha afectado profundamente. Ha afectado profundamente a toda la tripulación. Es como un hermano. En nuestra reunión en Pinehurst, dije a Kathy que quisiera que hubiera algún modo de que pudiéramos compartir lo que tiene, porque lo compartiríamos. Quiero a este hombre.

Whiting Shuford. La segunda vez que la tripulación se reunió fue en agosto, para la boda de Harvey Miller Harvey, Geoff, Billy y yo fuimos en coche a Washington para visitar el monumento a las víctimas de Vietnam. El solo hecho de acercarse al muro es sobrecogedor. La emoción era tan intensa que no podíamos hablar. El muro es de un negro reluciente que al mirarlo uno se refleja en él. Es como mirar a un año de la propia vida Pensé en todos los problemas con que nos enfrentamos nosotros, los del PCF 35, como nuestros divorcios. Vimos el nombre del teniente Ken Norton y su recuerdo nos invadió Pero lo que realmente me afectó duramente fue la enfermedad de Elmo. Nos afectó a todos No me cabe duda de que lo que le ha sucedido es consecuencia de la guerra.

Desde Vietnam, Elmo y yo hemos trabado una fuerte amistad, y mi respeto y afecto por él son cada vez mayores. Siento que todos le debemos mucho Estoy seguro de que yo no estaría vivo si no fuera por él. También estoy seguro de que vencerá este cáncer. Tiene demasiadas agallas y determinación para sucumbir

Geoff Martin: Ahora me doy cuenta de que lo que hizo con nosotros en Vietnam era lo que tenía que hacer. porque formaba parte de quién es y de qué es Era difícil de aceptarlo entonces, especialmente al principio, pero ahora, en retrospectiva, no cambiaría aquel año con él por ninguna otra cosa a causa del orgullo que siento por el trabajo que hicimos y del amor que siento por Elmo y aquella gran tripulación.

Tengo tanta confianza en ellos que si se organizara una misión para ir al Sudeste asiático a rescatar desaparecidos yo diría: dadme la misma tripulación y el mismo Elmo y pongámonos en marcha. Lo haría sin dudarlo un solo instante.

"Estoy tan acostumbrado a las malas noticias que no sé cómo reaccionar cuando recibo una buena noticia."

Yo creo que todos nosotros cerramos la puerta a Vietnam Yo. por lo menos, lo hice. No hablaba de aquel tiempo y quería expulsarlo de mi vida. Pero cuando los cuatro estuvimos en el monumento a las víctimas de Vietnam, las bisagras de la puerta se rompieron. No pude decir ni una palabra durante hora y media Sentí cosas que no había sentido durante años, y eran dolorosas. Había tantas cosas dolorosas: recuerdos de la guerra, personas que conocía y cuyos nombres estaban en el muro, y la amargura por cómo este país nos trató cuando regresamos. Y además, naturalmente, Elmo. Creo que todos consideramos que Elmo es una víctima de la guerra, y esto me entristece y me exaspera.

Harvey Miller: Cuando estábamos en la lancha teníamos discusiones y desacuerdos, como los que uno tiene con su esposa, aunque la quiera. Esto es lo que ocurría con Elmo. Elmo nos era leal y nosotros le éramos leales. Hay un vínculo entre nosotros que no puedo describir, y saber que Elmo está enfermo es como saber que mi padre o mi hermano lo está.

Almirante: La semana después de la boda de Harvey Miller, los médicos hicieron una serie de pruebas a Elmo en el Hospital Naval de Bethesda. Había concluido seis meses de quimio-

terapia y las pruebas debían determinar la eficacia del tratamiento.

Los médicos le examinaron concienzudamente y le insertaron una aguja en la cadera para extraerle médula ósea. Le hicieron otra biopsia de la zona inguinal. Los resultados estarían listos al cabo de tres días. Elmo regresó a Fayetteville, y Mouza y yo nos dirigimos a Seattle, Washington, donde teníamos una reunión

Llamé a Elmo desde el aeropuerto porque sabía que los resultados eran inminentes. Me dijo que había hablado directamente con la doctora Jaffe, quien le informó que las células de la médula ósea que examinó no eran malignas. Además, dijo que los informes patológicos preliminares de sus ganglios linfáticos, donde se había descubierto la enfermedad de Hodgkin, eran negativos.

Los resultados de la tomografía axial computerizada fueron también muy alentadores. Elmo dijo que no había indicios ni de enfermedad de Hodgkin ni de linfoma no-Hodgkin. Era la mejor noticia posible. Su voz era tan entusiasta que parecía no creerse lo que me estaba diciendo

"Estoy tan acostumbrado a las malas noticias, que no sé cómo reaccionar cuando recibo una buena noticia", dijo.

Inmediatamente hablé con Mouza, que tampoco cabía en sí de contento. En Seattle había una conferencia de prensa sobre la reunión y yo, entusiasmado, hice pública la noticia. Quería que todo el mundo compartiera nuestra buena suerte

A media tarde llamé a mi hijo Jim. Contestó su esposa Lisa. Le pregunté si sabía las buenas noticias sobre Elmo y respondió que sí, pero no parecía muy entusiasmada. No supe cómo interpretarlo. Luego llamé a mi hija Ann y le pregunté si había hablado con Elmo. Dijo que sí, pero tampoco parecía muy feliz. No pude ponerme en contacto con Mouzetta.

> Su voz estaba completamente controlada. Parecía que estaba dando el parte del día.

Luego llamé a Elmo y comprendí por qué Lisa y Ann habían estado tan apagadas. Elmo dijo que ya había hablado con Jim y con Ann, pero les había pedido que no me dijeran nada, porque él quería comunicármelo personalmente. Dijo que había entendido mal a la doctora Jaffe. Al parecer, ella dijo que las células de médula ósea que examinó "no eran inconsistentes" con el linfoma no-Hodgkin, pero a él le pareció oír que "no eran consistentes" con su enfermedad.

Era una pequeña diferencia verbal que afectaba enormemente las perspectivas de Elmo. Descubrió su error cuando habló con el doctor Nanfro poco después de haber hablado conmigo. Había, además, otra noticia terrible. El informe patológico final sobre la biopsia del ganglio linfántico rectificaba los hallazgos preliminares, y decía que había células de la enfermedad de Hodgkin. En el transcurso de unas pocas horas, las noticias pasaron de ser las mejores posibles a las peores.

Elmo se excusó por haberme infundido falsas esperanzas. "No se cómo pude cometer un error tan estúpido. Supongo que los deseos se metieron por en medio."

Su voz estaba completamente controlada. Parecía que estaba dando el parte del día. Pensé que esta reacción era típica de Elmo. Siempre tuvo tendencia a sentirse frustrado o molesto por pequeños problemas, pero siempre dio muestras de gran valor ante las grandes dificultades.

Las malas noticias sonaban peor, tras la esperanza inicial. Tenía que enfrentarme a la cruda realidad de que al cabo de seis meses de nuestra mejor tentativa contra los dos cánceres de Elmo, ninguno de los dos remitió.

Por devastadoras que fueran las noticias, no perdí la esperanza. Pensaba que había algo indestructible en Elmo y que en los próximos meses se realizaría el milagro que todos necesitábamos.

Elmo: Ni siquiera el pesimismo con que observaba mi enfermedad para protegerme contra mayores decepciones fue suficiente para prepararme para los informes patológicos tan devastadores que recibí.

> Pasé momentos muy tensos en el hospital. Me sentía atrapado entre las garras de algo sobre lo que no tenía ningún control.

Lo más duro para mí era pensar en Maya y Russell. Cuando hablé de los malos resultados de las pruebas, Maya me preguntó si quería morir para librarme del cáncer. Le dije que prefería estar en la tierra con ella Pienso que Maya cree que si muero estaré en el cielo, cuidando de ella desde allí. Sé que me menciona en sus oraciones antes de acostarse, y a veces la he oído sollozar desde la puerta de su habitación. He entrado y la he rodeado con mis brazos para tratar de consolarla. Pero debido a la realidad de mi situación, era cada vez más difícil consolarla de verdad

Russell no comprendía plenamente lo que estaba ocurriendo, pero creo que siempre ha tenido un profundo sentido del problema Creo que mi muerte será terrible para él.

Empecé a ver mi enfermedad como un proceso de limitación de expectativas y posibilidades. En 1983, cuando supe que tenía linfoma no-Hodgkin, esperaba que por lo menos viviría el tiempo medio de supervivencia de ocho años, y, con un poco de suerte, tal vez unos años más. Entonces debía decidir entre seguir un tratamiento o no seguirlo Pero cuando me detectaron la enfermedad de Hodgkin, ya no pude decidir entre seguir un tratamiento o no seguirlo, sino que tuve que decidir qué tratamiento seguir, entre los muchos posibles. Ahora mis posibilidades de decisión se limitaban todavía más

Al principio de septiembre hablé por teléfono con el doctor Nanfro. Dijo que debía seguir tres meses más el tratamiento de quimioterapia con PROMACEMOPP. Esto comportaba riesgos.

En agosto, al final de mis seis primeros meses de quimioterapia, empecé a sentirme terriblemente mal, como si llevara siempre a cuestas un peso de 200 kilos Una mañana me levanté con 39 °C de fiebre y me di cuenta de que tenía una infección, debida probablemente a la escasez de glóbulos blancos en mi sangre. Me dirigí inmediatamente a un hospital, donde me confirmaron que mi número de leucocitos era peligrosamente bajo. Los neutrófilos son leucocitos que combaten las infecciones. Normalmente, el número de neutrófilos por mmc es de 200, pero yo tenía sólo 75 a causa de la quimioterapia. Prácticamente carecía de inmunidad bacteriana

Pasé momentos muy tensos en el hospital. Me sentía atrapado entre las garras de algo sobre lo que no tenía ningún control. En quimioterapia, la línea que separa el tratamiento defectivo del tratamiento excesivo es muy fina. Si la dosis es insuficiente, se corre el riesgo de no destruir las células cancerosas. Si es excesiva, se corre el riesgo de destruir demasiadas células sanguíneas, abriendo las puertas a una infección potencialmente fatal.

Recibí la visita de un amigo que me dijo que no comprendía cómo, con mi temperamento, podía estar confinado todo el día en la habitación de un hospital. Le repliqué que me sentía afortunado por estar todavía en la habitación.

Poco a poco, mi número de células sanguíneas aumentó y la fiebre bajó. Al parecer, tenía un virus de algún tipo. Permanecí nueve días en el hospital y no tuve más complicaciones.

La nueva sesión de quimioterapia atacaría mi sangre ya bastante empobrecida, exponiéndome a un mayor peligro de infección. A mediados de septiembre volví al Hospital Naval de Bethesda para iniciar el nuevo trimestre de quimioterapia con PROMACEMOPP.

Continué informándome sobre mis enfermedades. Sabía que quedaba otra posibilidad de tratamiento: un trasplante de médula ósea. Se trata de un procedimiento experimental en el que se me administrarían altas dosis de quimioterapia para librarme del cáncer. Este tratamiento es tan fuerte que destruye por completo la médula ósea, la sustancia del interior del hueso que produce células sanguíneas. No se puede vivir sin ella, como todos sabemos desde el desastre de Chernobyl.

El doctor Nanfro ya había efectuado trasplantes de médula ósea y me advirtió que se trataba del procedimiento médico más atroz que conocía. "Todo el cuerpo se embrutece por el efecto de los fármacos y la radiación", me dijo. "Si une su polio, su cirugía cardíaca, su experiencia en Vietnam, su cáncer, y su quimioterapia, la médula ósea será una experiencia peor que todas ellas juntas. Es increíblemente difícil y los riesgos son muchos."

El trasplante de médula ósea era el último recurso de la medicina, pero si mis tres próximos meses de quimioterapia no dieran resultado, debería someterme a él.

Un trasplante de médula ósea requería un donante cuyo tejido fuera casi idéntico al mío. En octubre analizaron la sangre de Jim, Ann y Mouzetta para catalogar su tejido. También a mí me extrajeron sangre, y todas las muestras se enviaron al laboratorio de Bethesda para determinar si uno de mis hermanos podía ser mi donante de médula ósea.

Almirante: Casi al mismo tiempo que Elmo inició su segundo tratamiento de quimioterapia, Walter Anderson, el editor de *Parade Magazine*, me llamó para decirme que el Programa de Liderazgo de los excombatientes de Vietnam había votado otorgar a Elmo su primer galardón anual. Me explicó que esta galardón había sido creado para concederlo a aquellos excombatientes en Vietnam que hubieran dado pruebas de valor y de liderazgo no sólo en Vietnam, sino también después. Dijo que habían elegido a Elmo porque querían poner muy alto el listón para años sucesivos. También quería que el premio fuera una sorpresa para Elmo.

Para sorprender a Elmo, le dije que me concedían un premio a mí, y que esperaba que él pudiera asistir a la ceremonia. Dije que también quería que asistiera Kathy. Más tarde llamé a Kathy y le expliqué por qué.

En la ceremonia, Walter fue el primero en hablar. Sonrió a Elmo y dijo que esperaba que perdonaría el ardid que usamos para tenerlo allí, pero que el premio era realmente para él. Elmo miró hacia mí con sus cejas arqueadas y sonrió. Walter dijo que el premio era un símbolo importante para los excombatientes en Vietnam, y que cuando se mencionó el nombre de Elmo como candidato, la propuesta se aceptó por unanimidad. James Webb, un excombatiente muy condecorado que es un secretario adjunto a Defensa, hizo la presentación formal del galardón, y tendió a Elmo un precioso jarrón de cristal sobre un soporte iluminado.

Elmo habló. Dijo que el premio era una sorpresa para él, y que lo aceptaba humildemente. Dijo que lo aceptaba en nombre de todos los excombatientes de Vietnam, con la esperanza de que su servicio al país fuera mayormente reconocido. Elmo estaba genuinamente emocionado y complacido por el galardón y por la seriedad de Walter Anderson y de todos cuantos hablaron.

La inscripción del jarrón decía: "Premio al liderazgo de los excombatientes en Vietnam, 1985. Otorgado por el programa de liderazgo de los excombatientes en Vietnam de Nueva York."

ABAJO: *He aquí los resultados de la guerra química moderna: una tierra baldía y sin nutrientes por años y más años.*

a Elmo R. Zumwalt III por su perseverancia y su valor ante la adversidad: antes y ahora."

Considerábamos la posibilidad de trasplante de médula ósea con prudencia. Quienes conocían el procedimiento nos decían que era muy arriesgado y sólo se intentaba en situaciones terminales. También nos decían que debíamos elegir con sumo cuidado el centro donde iba a efectuarse.

A finales de noviembre recibimos buenas noticias. El tejido celular de Mouzetta era idéntico al de Elmo, de modo que podría ser su donante de médula ósea si fuera necesario. Cuando lo supe, me trasladé inmediatamente 30 años atrás. Dos años después del nacimiento de nuestro tercer hijo, Ann. Mouza tuvo un aborto y sus médicos dudaban que pudiera tener más hijos. Tres años después nació Mouzetta.

Mouzetta Zumwalt Wathers: Yo deseaba secretamente ser elegida, ya que de este modo podría ayudar a Elmo. Yo admiraba a Elmo, y si podía ofrecerle este regalo, él también me admiraría a mí. Creo que era parte del papel de ser su hermana menor, pero era muy importante para mí.

> Elmo había recorrido muchos caminos con su enfermedad, y sabíamos que éste era el último. Esto me daba miedo.

También sabía que si le hacían el trasplante, debería estar dos o tres meses a su lado. No se trataba sólo de donar médula ósea, sino de darle sangre y plaquetas durante todo el proceso. Sabía que esta larga separación sería dura para Ron y para mí. Hacía sólo un año que nos habíamos casado, y acababa de llegar a un punto en que mi trabajo de agente de la propiedad empezaba a cuajar. Pero sabía que este era un problema trivial comparado con lo que a Elmo le pasaba, de modo que no lo consideré un sacrificio.

Elmo empezó a bromear conmigo cuando supo que sería su donante. Me llamó para decirme que condujera con cuidado, porque nuestras dos vidas podían depender de ello. También me dijo que comiera bien y me cuidara, porque en caso de necesitar un trasplante, quería la mejor médula ósea.

Elmo: Menos de dos meses después de mi último tratamiento de quimioterapia, y sólo cinco días antes de volver al Hospital de Bethesda para examinar mis cánceres, estaba duchándome cuando palpé un ganglio inflamado en mi región inguinal izquierda. Era el mismo lugar donde había aparecido la enfermedad de Hodgkin, y tuve la certeza inmediatamente de que volvía a tratarse de la misma enfermedad.

Sentí un nudo en el estómago. Era lo peor que podía ocurrirme. La enfermedad de Hodgkin era el más agresivo de mis dos cánceres y, por esta razón, el primer objetivo de mis médicos. No podía creer que hubiera aparecido tan pronto después de nueve meses de tomar fármacos tan potentes contra el cáncer. Si era la enfermedad de Hodgkin, me quedaba poco tiempo de vida y debía tomar rápidamente decisiones difíciles.

Concerté una cita con Doug Henley para aquella misma mañana. Examinó la región y confirmó que era un ganglio inflamado, de un centímetro de diámetro.

"Estoy seguro de que es la enfermedad de Hodgkin", dije.

Él contestó que no sacara conclusiones tan deprisa; había que efectuar una biopsia.

Llamé al doctor Nanfro aquella misma mañana. "Temo que voy a comunicarle muy malas noticias. Tengo un ganglio de un centímetro en mi ingle izquierda y creo que es Hodgkin."

El doctor Nanfro parecía desconcertado. Tras un breve silencio, dijo que la cosa tenía mal aspecto, pero que si el ganglio era maligno probablemente sería por el linfoma no-Hodgkin, algo más alentador que la enfermedad de Hodgkin.

El doctor Nanfro decía que la enfermedad Hodgkin debería haber remitido tras la quimioterapia por la que había pasado, pero que el linfoma no-Hodgkin era más resistente a la quimioterapia. Según la lógica y la experiencia debía tener razón. Esperaba que la tuviera, pero creía que no.

Cuando el lunes siguiente llegué al Hospital Naval de Bethesda, el Dr. Nanfro me llevó de inmediato a la sala de examen y palpó mi ganglio. Era duro como una piedra, un signo casi seguro de que era maligno. Todavía pensaba que sería linfoma no-Hodgkin, y no enfermedad de Hodgkin. El día siguiente se haría la biopsia.

A la mañana siguiente, papá y yo estábamos solos en la habitación del hospital esperando que me intervinieran para lo que iba a ser mi decimocuarta biopsia. Ni papá ni yo solemos exteriorizar las emociones, pero aquella mañana yo sentía muchas cosas que quería expresar. Le dije que había hecho por mí más

que ningún otro padre por su hijo. Su determinación absoluta y decidida por ayudarme de todo modo posible me había sostenido constantemente. Me había quitado tantos pesos de encima que nunca podía expresarle de manera adecuada mi gratitud.

Le dije que no tenía duda alguna de que cuando me llegara el fin él se ocuparía de que Kathy y mis hijos vivieran bien, y que esta seguridad me tranquilizaba.

Papá me rodeó con sus brazos y me dijo cuán feliz se sentía de ayudarme y cuánto yo significaba para él. Desde entonces, fuimos incapaces de hablar durante un rato.

El miércoles volví a casa, y el jueves el informe patológico sobre mi ganglio linfático estaba listo. Había sucedido lo peor. era la enfermedad de Hodgkin.

Almirante Siempre he querido tener esperanza, pero mi esperanza se tambaleó cuando Elmo me llamó para comunicarme los resultados del informe patológico. Hasta entonces había tratado de que Elmo viera el lado optimista de su situación. Ahora era imposible.

Teníamos, pues, que mobilizarnos rápidamente para investigar la posibilidad de un trasplante de médula ósea, pero esta perspectiva me infundía más miedo que esperanza. Los dos lugares posibles que Elmo quería visitar eran el Instituto del Cáncer Dana Faber de Boston, que es parte de la Universidad de Harvard, y el Centro de Investigación del Cáncer Fred Hutchinson, en Seattle.

ARRIBA: *Un junco que hace las veces de casa Estas embarcaciones surcaban constantemente las aguas del delta del Mekong y el Vietcong las usaba a menudo para transportar armas, municiones y hombres.*

Los días siguientes no podía dejar de pensar en los tres años transcurridos desde que Elmo supo que tenía cáncer Había muchos puntos luminosos entre la oscuridad: el valor de Elmo, el apoyo y el amor de muchos amigos, la intimidad de su hermano y sus hermanas y su voluntad de readaptar sus vidas para ayudar a Elmo. Todo ello me satisfacía profundamente.

Pero no podía evitar la tristeza que sentía ante la perspectiva de vivir sin Elmo. Siempre me he sentido como un padre para Jim, Ann y Mouzetta, pero no había tenido una relación de padre a hijo con Elmo desde que él era un niño Él es más que un hijo para mí: es también mi compañero, mi hermano, alguien en quien tengo una confianza absoluta.

Desde su adolescencia, he consultado con él sobre todos los asuntos de mi vida. Siempre me ha aconsejado bien. Conoce mis debilidades, por ejemplo, mi deseo de confiar demasiado en los demás He llegado a depender de sus consejos. Sé que la vida no sería lo mismo sin él. No tendría el entusiasmo y la alegría que él le infunde.

ARRIBA: *El muchacho de la derecha que está en primer plano tiene 16 años. Como Russell Zumwalt, está preso en una jaula forjada por la acción del agente naranja.*

Elmo es una persona que da, y él me ha dado más de lo que yo le he dado. Es un ejemplo resplandeciente para mí y para mi familia. Es un hombre magnífico

Kathy Counselman Zumwalt: Sabía que tarde o temprano nos encontraríamos ante una encrucijada con la enfermedad de Elmo, pero no pensaba que fuera tan pronto. Cuando Elmo me dijo que el ganglio era enfermedad de Hodgkin, ya sabía lo bastante para darme cuenta de que era lo peor que podía ocurrirle.

Me sobrecogí cuando los médicos me explicaron lo que significaba un trasplante de médula ósea. Elmo estaría hospitalizado durante un mes, sería un paciente externo tres meses más y no podría ocuparse de su bufete de abogado durante un año. Además, con una posibilidad entre cinco de morir durante el tratamiento, me daba cuenta de que no había ninguna garantía de que Elmo se curara, ni siquiera de que saliera con vida.

Elmo había recorrido muchos caminos con su enfermedad, y sabíamos que éste era el último. Esto me daba miedo. Nos encontrábamos en aquel punto en que la vida y la muerte equilibran la balanza.

Elmo, su padre y yo quedamos muy impresionados por el programa de trasplante de médula ósea del Centro de Investigación del Cáncer Fred Hutchinson. Es el centro de trasplante de médula ósea con mayor experiencia de todo el país. Habían realizado 3.000 trasplantes desde los últimos años 60. Además, los médicos con que hablamos nos dieron respuestas minuciosas y francas a nuestras preguntas. Elmo salió convencido de que disponía de toda la información necesaria para tomar una decisión.

Elmo me preguntó qué creía yo que debía hacer, pero no le di mi opinión. A decir verdad, no estaba segura de qué quería que hiciese. Le dije que apoyaría lo que él decidiera, pero no quería interferirme de ningún modo. Su padre le había dado la misma respuesta y por la misma razón. La decisión era tan transcendente que los dos pensamos que si Elmo quería hacerlo, debía decidirlo sólo él.

Elmo Me enfrentaba a la decisión más difícil de mi vida. Conocía los riesgos Tenía una posibilidad entre cinco de morir durante el tratamiento. El ochenta por ciento de los pacientes de trasplantes de médula ósea sobreviven, y de ellos una mitad se curan de la enfermedad. Según éstos porcentajes, tenía una probabilidad del 40 por ciento de curarme. Pero, de hecho, podía ser menos, porque tenía dos cánceres. Nadie estaba seguro de cómo mis dos cánceres afectaban mis posibilidades de curación.

Había otros factores a considerar. Tenía 39 años, una edad que se considera avanzada para trasplantes de médula ósea Además, había también estudios que indicaban la existencia de complicaciones adicionales cuando el donante es del sexo opuesto.

Pero había también puntos a mi favor: gozaba de buena salud y los nueve meses de quimioterapia habían reducido la masa tumoral. Por esta razón, descarté la posibilidad de posponer el trasplante hasta que mi cáncer se encontrara en estado más avanzado.

Si bien la posibilidad de curación total no era muy grande y el proceso de trasplante sería brutalmente difícil, pensé que en aquella situación estaría en mejor forma emocional y psicoló-

gica. Si decidía que sólo me administraran radiación local para ganar tiempo, acabaría perdiendo toda esperanza. Me sentiría más atrapado a medida que pasara el tiempo y lamentaría haber dejado pasar mi única oportunidad de curación. No quería llegar a encontrarme en aquella situación. Sabía que me encontraba entre dos incógnitas, pero estaba dispuesto a arriesgar mi último año de vida si con ello podía esperar vivir dos o tres años más y tal vez incluso curarme.

No podía tomar demasiada morfina, porque esto dañaría sus riñones. Pasó varias noches paseando por la habitación hasta el alba, a causa del dolor.

En última instancia, me decidí por el trasplante de médula ósea porque amo a Kathy, a Maya, a Russell, a mi familia, a mi vida, y quería hacer lo único que me ofrecía la oportunidad de estar con ellos mucho tiempo

Cuando, dos días después de Navidad, comuniqué mi decisión a Kathy y a papá, ambos me dijeron que ya sabían que elegiría el trasplante de médula ósea.

"Estaré allí contigo", dijo mi padre.

Kathy Counselman Zumwalt: Desde que Elmo se decidió por el trasplante de médula, me quedaban unas cinco semanas para prepararme para mi traslado a Seattle Hicimos una lista de las cosas que teníamos que hacer, unas 200, desde cancelar el reparto del periódico hasta empaquetar ropa. El padre de Elmo es un gran organizador, y nos ayudó mucho. Tiene un modo tranquilo y racional de enfocarlo todo, y me tranquilizaba enormemente saber que estaría en Seattle para ayudarnos en los momentos difíciles.

Poco antes de partir para Seattle, tenía la impresión de que nos dirigíamos a un lugar extraño y distante. No sabía si volvería sola de allí. Dije a un amigo que siempre había esperado que Elmo moriría en casa. No quería que muriera en Seattle.

Almirante: La elección del trasplante de médula estaba totalmente de acuerdo con el carácter de Elmo. Dijo que por él solo seguramente no lo haría, pero lo quería hacer por Kathy y por sus hijos. Yo creí que había tomado la mejor decisión y, después de mi desesperación de diciembre, empecé a vislumbrar de nuevo la esperanza.

Llegamos a Seattle el 30 de enero de 1986. Éramos seis: Kathy, Mouzetta, Maya, Russell, Elmo y yo, y nos acomodamos en un pequeño apartamento que estaba a unos pocos minutos a pie del Centro de Investigación del Cáncer Fred Hutchinson, donde Elmo se sometería al trasplante de médula ósea. Mouza no nos acompañó. Los efectos devastadores que el tratamiento ejercería sobre Elmo la hubieran afectado demasiado. Yo hablaría por teléfono con ella cada día.

El 11 de febrero, Elmo se alojó en el hospital. Vivía en un ambiente estéril para reducir sus oportunidades de infección Su espacio vital era un cubículo de 2,5 por 3 metros partido en dos por una cortina de nilón En la cortina había dos brazos de plástico con guantes de goma para poder tocar a Elmo. También había una pequeña abertura por donde los médicos y enfermeras, vestidos con batas, botas, guantes y gorros esterilizados, podían entrar y salir. La presión del aire de su cubículo era superior a la del exterior para impedir que por la abertura entraran organismos infecciosos. En su cubículo entraba constantemente aire esterilizado

Le llevé un calendario para que tachara los días. Pensé que tachar cada día que pasaba le daría cierto empuje moral. Le recordaría el camino ya recorrido. Elmo clavó en la pared fotografías de Kathy, Maya y Russell para poderlos ver desde la cama.

Me dijo: "Quiero tener las fotografías de las personas por las que hago esto siempre ante mis ojos."

El miércoles 12 de febrero fue el día uno, el inicio del proceso de trasplante de médula. A medida que se acercaba el momento, me recordaba la tensión que solía sentir antes del saque inicial cuando jugaba a fútbol en el instituto. Exteriormente, Elmo estaba muy calmado.

"Voy a soportarlo todo y llegar hasta el fin, por duro que se ponga", dijo.

El miércoles y el jueves, los médicos le dieron grandes dosis de quimioterapia, y el miércoles y el viernes le pusieron dos inyecciones espinales, también de quimioterapia. Desde el sábado, le sometieron durante seis días completos a radiación en todo el cuerpo Con estos tratamientos, se esperaba destruir hasta la última célula cancerosa.

Aquella primera semana, Elmo experimentó algo de náuseas y fatiga. Hablaba por teléfono con la familia y los amigos y hacía gala de su natural optimismo cuando le visitábamos. Tenía una bicicleta de ejercicio en su habitación y los médicos le dijeron que pedaleara en ella regularmente. También le dieron un aparato para soplar varias veces al día. Estos dos ejercicios estaban destinados a mejorar su capacidad pulmonar. Elmo pedaleaba en aquella bicicleta el equivalente a unos tres kilómetros al día. Cuando expresamos nuestra sorpresa por el buen aspecto que Elmo presentaba, el doctor Thomas nos advirtió que la radiación y la quimioterapia no habían producido todavía todo su efecto en Elmo.

El jueves 20 de febrero, una semana después del primer tratamiento de Elmo, Mouzetta se hospedó en el hospital y le extrajeron médula ósea.

Mouzetta tuvo complicaciones. Sangró tanto en las punciones para la extracción de médula ósea, que tuvieron que hacerle dos transfusiones de sangre. Y durante por lo menos tres semanas

ABAJO: *El sufrimiento de los pequeños. Este niño autista vietnamita y muchos otros como él representan los frutos podridos del agente naranja.*

TIM PAGE

ARRIBA: *El padre y el abuelo mecen a Russell Zumwalt el día de Acción de Gracias de 1985, dos meses antes de que Elmo iniciara su trasplante de médula ósea.*

parecía tener artritis en las caderas. Caminaba lentamente y con dolor.

Como predijeron los médicos, Elmo fue empeorando día a día. Empezó con dolor y espasmos en el esófago, con hipo casi constante. Su piel estaba tan enrojecida por la radiación que parecía haber pasado un día en la playa. La radiación había afectado a sus glándulas salivares y Elmo tenía un exceso de mucosidad. Sin sistema inmunológico que le protegiera, le salieron llagas en la boca, en la garganta y en el esófago que eran tan vivas que decía que tenía la impresión de que alguien marcaba su interior con un hierro candente.

No podía tomar demasiada morfina, porque esto dañaría sus riñones. Pasó varias noches paseando por la habitación hasta el alba, a causa del dolor. Luego, ni siquiera pudo caminar, porque los fármacos habían sensibilizado tanto las plantas de sus pies que apenas podía tenerse sobre ellos. Su cara se hinchó y en sólo una hora perdió todo el cabello.

A veces era tanto su dolor que nos trataba bruscamente. Luego nos llamaba por teléfono para excusarse por ello. Le decíamos que no tenía que excusarnos, sólo ponerse bien.

Trataba de sentirse bien. Cada día pedaleaba en su bicicleta de ejercicio hasta que estuvo demasiado débil para hacerlo. Pero a pesar de todo, cada día encontró el modo de acercarse tambaleando al calendario y cruzar un día más.

Elmo: Sentía deseo, no terror, de que llegara el día del trasplante. Me decía a mi mismo una y otra vez que lucharía con todas mis fuerzas. Pero cuando los efectos secundarios se apoderaron de mí, comprendí por qué me dijeron que este proceso era el peor tratamiento médico conocido.

> Pensaba en las cosas y en las personas que había querido a lo largo de mi vida. Pensaba en lo que haría cuando saliera del hospital.

Nunca había experimentado una agonía física como aquélla. Me sentía distinto de un minuto a otro. El número de cambios físicos y de síntomas es inimaginable

Durante un tratamiento de trasplante de médula, vomitar es tan común como toser cuando se está resfriado. Tomé cantidades de medicamentos. Una noche, intentando orinar en el bacín, sentí un mareo y me caí, rajándome la cabeza. Al toser, expulsaba sangre de todos los colores, desde rojo cereza a negro. A veces, la piel me picaba tanto que me rascaba hasta sangrar Lo único constante era el dolor.

Psicológicamente, Vietnam era peor, porque uno temía por su vida un mes y otro mes. Pero durante mi estancia en Vietnam, nunca me permití pensar que no sobreviviría. Tampoco me lo permití pensar durante el trasplante de médula ósea Cuando me invadían pensamientos de muerte, o cuando me sentía tan mal que me preguntaba si esto es lo que se siente antes de morir, echaba lejos de mí estos pensamientos.

"Si pienso así es a causa de la morfina", me decía.

Papá venía cada mañana, pero a veces me encontraba tan mal que no le decía ni una palabra. Siempre trataba de animarme y me decía que me quería.

Pensaba en las cosas y en las personas que había querido a lo largo de mi vida: fines de semana en Pinehurst, mi familia. Pensaba en lo que haría cuando saliera del hospital.

Mi hermosa Kathy compartió conmigo la peor parte del trasplante La sentía a mi lado. Podía verla sentir miedo ante mi sufrimiento. Sé que le produjo casi tanto dolor a ella como a mí. Veía cómo se obligaba a no arredrarse, cómo se decía que ella debía formar parte de este trasplante.

Uno empieza a sentirse tan aislado, siente tanto dolor, tanta tensión emocional, que la familia es la única conexión con lo que es real y aquello por lo que vale la pena luchar. Al ver a Kathy, a Maya y a Russell me recordaba a mí mismo que quería vivir.

Almirante El 26 de febrero, dos semanas después de recibir la médula ósea de Mouzetta, los médicos extrajeron médula ósea de Elmo para analizarla. Los resultados del laboratorio indicaron al día siguiente que la médula de Mouzetta producía glóbulos rojos y blancos. Era nuestra primera indicación positiva de que la médula de Mouzetta funcionaba en el cuerpo de Elmo. Estábamos exultantes. Se había superado un obstáculo capital.

Los próximos días, los análisis de sangre diarios de Elmo mostraban un notable aumento de glóbulos blancos y rojos. El nú-

mero de glóbulos blancos era especialmente importante, ya que indicaba que su sistema inmunológico producía células. Un día el número de glóbulos blancos era 300 por mmc, el siguiente 750, y a los 21 días de trasplante alcanzó 3.750. El número normal oscila entre 5.000 y 10.000. Además, los glóbulos blancos responsables de luchar contra las infecciones también aumentaban día a día. El sistema inmunológico de Elmo funcionaba, reduciendo con ello el riesgo de infección. Tres semanas después del trasplante le retiraron todos los antibióticos.

Los cambios físicos de Elmo eran tan notables como los del número de leucocitos. Las llagas bucales que le habían agobiado tanto empezaron a desaparecer Su fiebre persistente bajó y el hipo se hizo menos frecuente. La hinchazón de su cara disminuyó.

El lunes 24 de marzo, Russell tuvo el honor de ser el primero en entrar en la burbuja, hasta entonces sin microbios, de Elmo. Era un símbolo de que el sistema inmunológico de Elmo podía ya tolerar el aire normal y el contacto con otras personas. Aquel mismo día, Elmo pudo dejar el Centro Hutchinson. Fue un momento de gran emoción y júbilo para toda la familia Zumwalt

Las manos me temblaban, y lloré mientras leía lo que debían ser sus últimas palabras a su padre.

Cuando escribo estas últimas palabras, hace tres años y medio que a Elmo le diagnosticaron que tenía cáncer. Recuerdo aquellos días del trasplante de médula ósea, cuando Elmo se encontraba tan mal, con fiebre, con dolor, tan débil que le era incluso difícil levantar la cabeza. Recuerdo el momento en que me dijo susurrando: "Papá, tendré que pasarlo mucho peor que ahora antes de rendirme."

Quiero corregir lo que él dijo. Elmo nunca se rendirá.

Antes de ir a Seattle, Elmo escribió cartas privadas a Kathy, a Maya, a Russell, a su hermano y a sus hermanas, a Mouza y a mí. Dijo que sólo deberían ser abiertas en caso de que muriera. Llamó a los miembros de la tripulación de su lancha y les dijo que si no sobrevivía quería que supieran que él pensaba que eran un grupo de hombres magníficos. Llamó a viejos amigos para decirles lo que su amistad había significado para él.

Elmo me dijo que una ventaja de su situación era que le permitía decir a las personas que quería cuánto se preocupaba por ellas.

Cinco semanas después del trasplante de Elmo, fui incapaz de resistir el deseo de leer la carta que me había escrito. Las manos me temblaban, y lloré mientras leía lo que debían ser sus últimas palabras a su padre.

Querido papá:

Vi las lágrimas en tus ojos cuando leías las cartas que escribí para la familia. Sé que la causa de estas lágrimas no eran tanto mis palabras como la desesperación y la agonía que sentías ante la muerte de una persona querida

También sabía que seguías animándonos con tu coraje para que pudiéramos resistir. Todo ha sido distinto contigo. Has aligerado nuestra carga.

Tanto en Vietnam como con mis dos cánceres, hemos luchado y hemos perdido algunas batallas. Sin embargo, incluso cuando la batalla era desesperada, siempre supimos que nuestro amor no se avenía a condiciones, que a pesar de lo improbable de la victoria éramos incapaces de rendirnos.

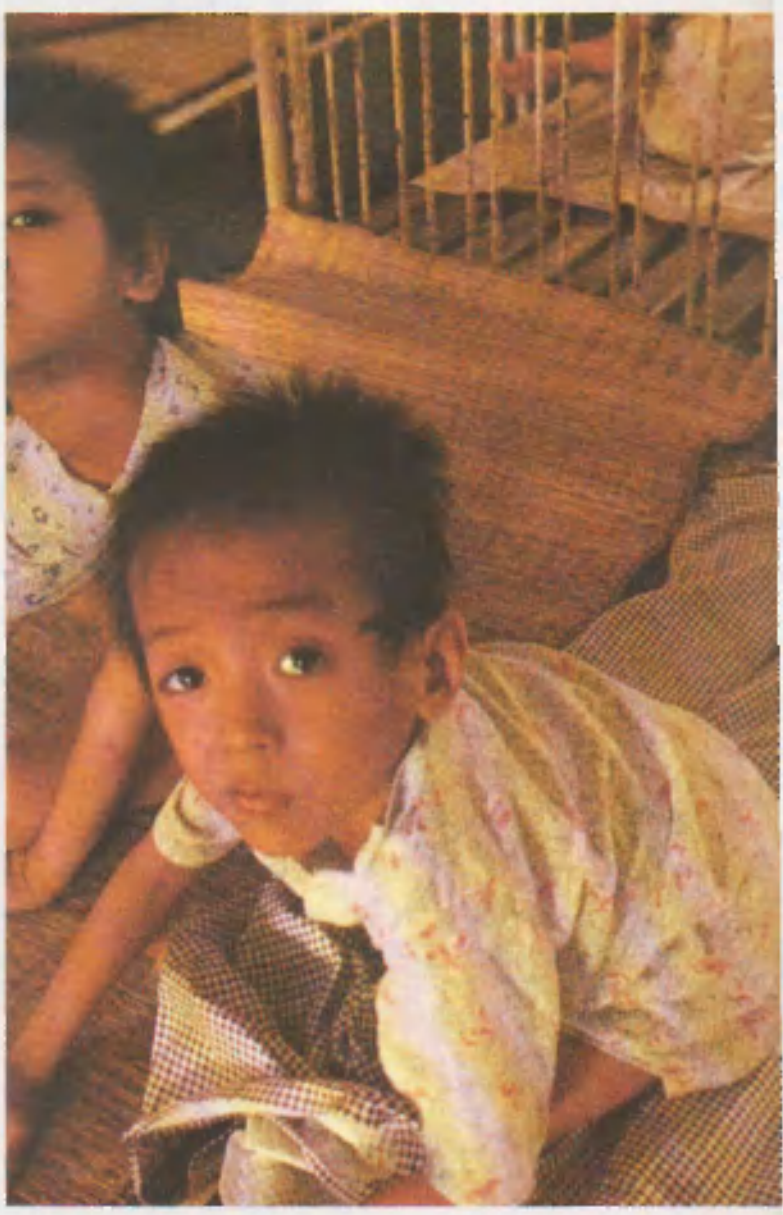
Después de mi muerte, tu ardiente antorcha de amor, que sólo la muerte ha extinguido de mi ser, iluminará a Maya, a Russell y a Kathy Entonces, una vez más, mi mejor cualidad, la esencia de mi amor y su incapacidad de ceder, revivirá en la familia que he dejado.

Cómo te he querido. Cómo te hubiera querido de haber seguido luchando a tu lado. Contigo, todo ha sido siempre distinto. Tú has hecho que mi última batalla, el viaje hacia la muerte, sea más apacible, más humana

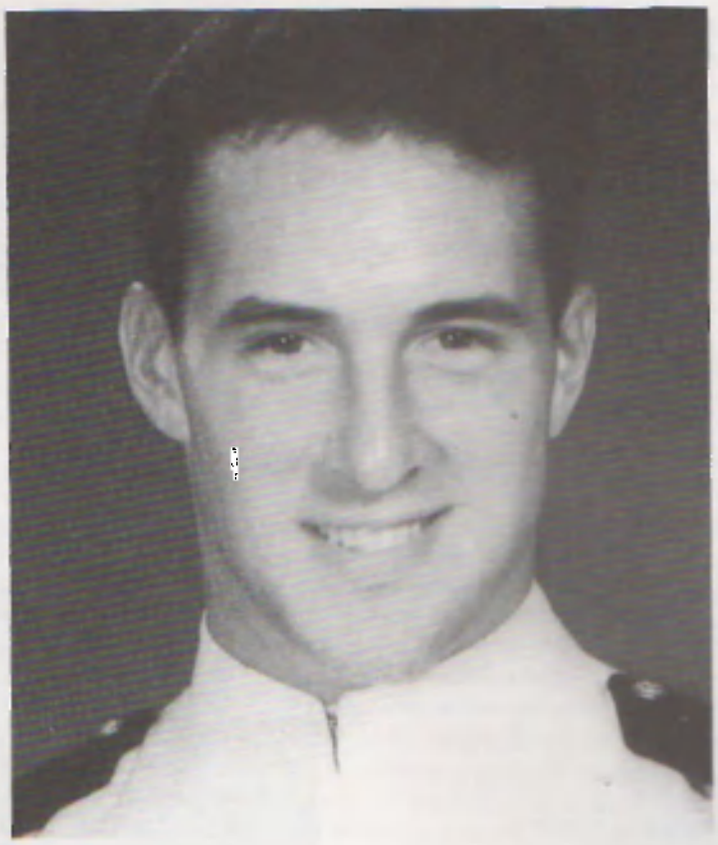
Te quiero,

Elmo.

ABAJO: *Dondequiera que cayó el agente naranja, los cultivos se marchitaron y murieron, salieron monstruos de los vientres de las madres, y la locura clavó sus garras en las mentes de los niños.*



TIM PAGE



TENIENTE ELMO ZUMWALT III

NACIDO: 30 JULIO 1946

VIETNAM: AGOSTO 1968-JUNIO 1969

MUERTO: 13 AGOSTO 1988

Trágicamente, en febrero de 1987 el linfoma de Elmo volvió. De nuevo se embarcó en una tercera forma de quimioterapia durante los siete meses siguientes. Se fijó el objetivo de vivir hasta el 11 de julio de 1988, el 18.° aniversario de su matrimonio con Kathy. Alcanzó este objetivo, e incluso celebró su 42.° cumpleaños el 30 de julio. Murió pacíficamente mientras dormía el 13 de agosto de 1988. Se mantuvo lúcido, claro y valeroso hasta sus últimos momentos. Los centenares de cartas a su familia procedentes de todo el mundo atestiguan la leyenda en que se había convertido.

Almirante Elmo Zumwalt, Jr., octubre de 1988.